Poiéjali



Poiéjali | Víctor Olaya

2020

Poiéjali.
Víctor Olaya.

Copyright ©Víctor Olaya, 2020.

I

¡Poiéjali!
—Yuri Gagarin

A Yuri Gagarin le bastaron algo menos de dos horas para cambiar para siempre la historia moderna tal como hoy la conocemos. Exactamente, una hora y cuarenta y ocho minutos. Ese fue el tiempo que aquella nave suya de aspecto poco futurista y nombre Vostok I tardó en despegar, orbitar la Tierra y volver de nuevo a posarse en ella después de haber puesto por primera vez en el espacio a un hombre.

Gagarin tardaría unos diez minutos más en tomar tierra, descendiendo por separado con su paracaídas y observando bajo sus pies las fértiles extensiones alrededor del Volga sin probablemente intuir hasta qué punto aquello que observaba era ya distinto, cambiado por completo por una gesta, la suya, que habría de marcar la historia del mundo y la de su propia vida.

A cambio de aquella proeza, obtuvo un lugar destacado en los anales de la historia, un reconocimiento internacional sin parangón y una fama difícil de soportar a la que solo pudo hacer frente refugiándose en la bebida. Según las teorías

más conspiranoicas hoy ya poco creíbles, esa misma fama acabaría poco después con su propia vida, supuestamente asesinado cuando su renombre comenzaba a eclipsar el del propio Brezhnev, por entonces máximo representante del poder político soviético.

Mucho más tangibles y perdurables que las conspiraciones en su contra, otros de los reconocimientos que recibió siguen hoy presentes en la Rusia cotidiana, como las estatuas y monumentos que desde entonces florecieron por doquier en todas las ciudades, o las calles con su nombre presentes en toda la geografía del país, desde callejones a grandes avenidas que recuerdan su persona y conforman una curiosa constante para el viajero, que las encuentra ciudad tras ciudad, a miles de kilómetros unas de otras, en lugares tan diferentes que parecen pertenecer incluso a países distintos. Y todo aquello por un viaje de ni tan siquiera dos horas.

No deja de resultar curioso que la hazaña de Gagarin tuviera lugar en Rusia, un país de grandes números y enormes distancias donde ese breve tiempo difícilmente puede conformar nada similar a un viaje, a lo sumo una pequeña excursión, un recorrido intrascendente al que le queda mucho aún para adquirir relevancia más allá del instante en que sucede. Porque las cosas importantes requieren su tiempo en Rusia más aún que en otros lugares, supeditadas a una vida lenta, a un discurrir pausado como el de un tren ruso: sin prisa pero seguro, puntual pero no eficiente.

En una hora y cuarenta y ocho minutos, el tren más famoso de la red ferroviaria rusa, el *Rossiya*, el mejor y más legendario de cuantos hacen la ruta transiberiana hasta Vladivostok, ni siquiera alcanza su primera parada en Vladimir, una pequeña ciudad en el Anillo de Oro moscovita, a poco más de doscientos kilómetros de la capital. Quedan por delante más de nueve mil kilómetros de un paisaje que cambia lentamente tras el cristal y de un panorama humano mucho más cambiante, más rico, que vira de un color a otro según uno cruza los Urales, Siberia y el lejano oeste ruso, y todo sin dejar de guardar una identidad propia por sí misma fascinante.

Yo había aterrizado en Moscú a principios de enero con algo más de tiempo que Gagarin y un objetivo en cierto modo similar: observar algo que ya conocía pero desde un punto de vista distinto. Era mi primer viaje invernal a un país que había recorrido en varias ocasiones durante otras épocas del año y que creía conocer bastante bien, si es que alguien puede decir eso de una realidad como la rusa. El país entero era entonces un mundo bloqueado por el inicio del año, donde el porcentaje de negocios que funcionaban era tan bajo como elevado el de trabajadores que aprovechaban los primeros días de enero para hartarse a vodka en lugar de mantenerse en el estrato productivo.

Rusia adoptó el calendario gregoriano tarde, en febrero de 1918, solo cuando la revolución había ya triunfado. Hasta entonces, se rigió por el calendario juliano, abandonado

mucho antes por otros países. Las huellas de aquel cambio pueden encontrarse hoy en día en las fechas festivas, algunas de las cuales han sido trasladadas, otras se celebran en sus días originales, y otras, salomónicamente, se celebran en ambas, aprovechando con astucia la posibilidad que la historia ofrece de disfrutar de algo más de descanso y diversión. El año nuevo es una de ellas, y se festeja tanto el 1 de enero como el 14, que corresponde al antiguo 1 de enero del calendario juliano. Las dos semanas que median entre esos días son un periodo donde buena parte de los negocios no abren y donde la burocracia rusa, lenta y tediosa en condiciones normales, sencillamente no funciona.

Tenía dos opciones: esperar a que la ciudad recobrara la normalidad y cumplir con el forzoso registro de mi pasaporte, u olvidarme de él y partir hacia Siberia esperando poder hacerlo más adelante y sin tener que sobornar en exceso a la *militsia* si me pedían mis papeles. Decidí mantenerme en el lado de la legalidad y hacer lo primero. Pasé algunos días visitando a amigos y curioseando en algunos lugares que ya conocía para buscar la huella del invierno. Después presenté mis respetos a la burocracia rusa y compré un billete para Barnaul, a casi tres días de viaje.

La estación estaba llena de miembros de la *militsia*. El parón navideño había pasado, pero parecían seguir todavía ausentes, y ponían tan poco interés en su trabajo que podía pasear entre ellos con la seguridad de que no me pedirían mi pasaporte. En verano, aquello habría sido poco menos

que imposible, y a buen seguro habrían intentado sacarme algunos rublos diciéndome que mis documentos no estaban en orden, incluso si todo estuviera correctamente registrado. Lejos de ser una dificultad, por ahora el invierno me ponía las cosas más fáciles.

* * *

Como sucede en ocasiones, la de Gagarin fue una hazaña representativa no por reflejar fielmente los caracteres de una sociedad, sino por mero antagonismo, por poner de manifiesto contrastes y carencias, siendo tal vez más fácil identificarse con algo cuando existe un breve punto de dolor y no solo un total acuerdo. Los ídolos suelen tener aquello que nos falta y una gran parte de lo que sabemos que nunca podremos tener.

Cuando Gagarin subió en aquella nave, se convirtió en el primero en observar la Tierra en toda su extensión, en alcanzar ese punto donde el horizonte se curva y uno advierte el verdadero lugar que el mundo ocupa. En ver esa imagen hoy en día universal de un planeta azul, un globo perfecto sobre fondo negro harto repetida en fotografías y dibujos. Una imagen que, paradójicamente, aun conocida por todos como un cliché del planeta que habitamos, ni siquiera medio millar de personas han visto con sus propios ojos. Y Gagarin fue la primera de ellas.

Sin embargo, mientras él se convertía en el primer hombre que abandonaba el planeta, sus compatriotas ni siquiera podían soñar con abandonar su propio país, encerrados dentro de unas fronteras impenetrables por igual a personas e ideas. Para las almas intrépidas con deseos viajeros quedaba tal vez el consuelo de habitar un país del tamaño de un continente en que uno podía viajar casi infinitamente, pero lo cierto es que los limites impuestos por el hombre son siempre más hirientes que los naturales, y las pocas pasiones exploradoras que albergaba el ruso medio se veían sobrepasadas por las restricciones políticas y el sufrir de un día a día en el que no quedaba lugar para más aventuras. En todo caso, moverse no era explorar, tampoco descubrir, sino simplemente desplazarse de un lugar a otro sin abandonar en ningún momento la esencia del punto de partida.

Gagarin, el primer cosmonauta —porque en Rusia los exploradores del espacio son cosmonautas, y decir *astronauta* es poco menos que una herejía patrio–lingüística—, el primer observador global de nuestro planeta, fue el héroe de un país donde lo local y lo global quedan separados por una línea demasiado difusa, donde un hombre puede no viajar jamás, ni siquiera en su mente, más allá de donde su vista alcanza, o bien coger un tren y viajar un día entero tan solo para tomar una botella de vodka con un amigo, y al hacerlo no sentir que llega a un lugar distinto o tan siquiera distante. Aunque enorme por definición, Rusia no es solo el país de las grandes magnitudes, sino el de las escalas, donde

cohabitan lo descomunal y lo minúsculo, lo extraordinario y lo cotidiano, y donde la percepción de las cosas cambia como lo hace su propia forma en los mapas, tan enorme que se desdibuja de unos a otros al cambiar la proyección, como si toda esa vasta extensión se resistiera a ser recogida en un perfil único e inamovible.

Planificar un viaje a Rusia sobre un mapa es chocar de inmediato con una enorme mancha de un único color ante la que la imaginación del viajero se hace insuficiente y se es más propenso a la congoja que al entusiasmo. Cuántos viajes no habrán nacido de esa desmesurada dimensión cartográfica, de esa gran mancha que es Rusia sobre el papel, tan llamativa y dispuesta a crear obsesiones y sueños. Del deseo de ir allí para comprobar si la realidad ha de ser tan magnánima como su espacio en el mapa.

Lo que no se dice tan a menudo es que si Rusia puede ser la tierra de lo grandioso, también lo es de lo ínfimo, y la verdadera grandeza no está en la dimensión de cuanto se contiene, sino en el rango que se abarca, desde lo más diminuto y sencillo hasta la enormidad opuesta pero paradójicamente complementaria.

No es una cuestión de talla, sino de saber medir cada cosa con la vara adecuada, de aprender a apreciar todo en su justa dimensión y descubrir que en un mundo así caben lo grande y lo pequeño, y la posibilidad de admirar ambos por igual. Rusia es un país donde uno realmente comprende la noción de escala, de saber mirar a las cosas a la distancia exacta

que estas demandan. Un país donde ciento ocho minutos pueden ser la eternidad, un breve rato, o sencillamente nada.

Las palabras mismas de Gagarin son un buen ejemplo del errático concepto de grandeza en un país de la dimensión física y humana de Rusia. Al igual que Neil Armstrong, el equivalente histórico de Gagarin al otro lado del Atlántico, este último también acompañó su hazaña con frases que quedarán por siempre en la cultura popular. Algunas de ellas pasaron a la historia incluso aunque luego se descubriera que Gagarin realmente no las había pronunciado. La propaganda soviética le adjudicó falsamente la ya famosa cita «he estado allí, pero no he visto ningún Dios», tratando de sacar todo el rédito posible de ese viaje espacial ya de por sí rentable para la causa comunista de aquel entonces. Pero Gagarin, aun fiel a una ideología de la que estaba por completo convencido, probablemente tenía mejores cosas en que pensar allá arriba que en confirmar su supuesta falta de creencias.

De entre todas esas citas hay, no obstante, una mucho más intemporal que solo ha quedado grabada en la cultura popular de Rusia y su lenguaje, y que allí representa el principal legado de Gagarin al habla cotidiana del país. Cuando la base le comunicó que todo estaba listo para el despegue, él se limitó a responder exclamando «¡Poiéjali!», que en ruso quiere decir algo así como «¡Vamos!» o «¡Adelante!», y que hoy como entonces resulta una consigna más que habitual a la hora de emprender cualquier empresa, grande o pequeña,

pero que ahora recuerda el modo en que aquella misión al espacio dio comienzo.

Mientras que la cita de Armstrong («Este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad») es una poética frase bien elaborada, la de Gagarin es fruto de la mera improvisación, de la espontaneidad y naturalidad de un personaje que en eso sí que representa una clásica actitud rusa. En un país de poetas, había sido sin embargo la frase más simple de aquel viaje, una casi vulgar interjección, la que había encontrado un camino hacia la eternidad, la que se redefinía para tener un nuevo significado.

Miré por la ventana. Estábamos en una estación poco importante, a unas cinco horas de Moscú. Gagarin ya estaría hacía tiempo sobre tierra firme, habría recogido su paracaídas y, tal y como estaba planificado, habría buscado un teléfono en la población más cercana para llamar e informar de su aterrizaje y dar la noticia del éxito de la misión. Los mandos soviéticos estarían a estas alturas celebrando su triunfo desde hacía algunas horas. Pero yo tan solo estaba en el principio de un viaje, con muchas horas por delante en aquel trayecto individual, que a su vez no era apenas nada en toda esa aventura.

Nadie subió ni bajó del vagón. El tren no se detuvo más de un par de minutos, como correspondía a una parada secundaria. Pasado ese tiempo, se puso en marcha con un golpe brusco, avanzando después muy lento, como si no quisiera dejar atrás el lugar. Enfrente de mí había un hombre que

miraba desganado el entorno vacío de la estación. Retiró la mirada del exterior y miró hacia donde yo estaba. Yo hice lo mismo y nuestras miradas se cruzaron por un instante.

—Poiéjali —dije intentando parecer simpático, con un gesto algo forzado.

—Poiéjali —respondió él abriendo los ojos y asintiendo con la cabeza lentamente.

Poco después de aquello, me sirvió el primer vaso de vodka de aquel viaje.

2

Regresé a mi ciudad, conocida hasta las lágrimas,
hasta las venas, hasta las inflamadas glándulas de la infancia.
—Osip Mandelshtam

La estación era pequeña, sin apenas luz, y no había nadie esperando. A decir verdad, parecía que nadie había esperado en ella desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, guardaba ese extraño candor de los lugares donde uno sabe que las cosas son más propicias a ocurrir, donde quizás no muy a menudo pero sí en ciertas ocasiones alguien había aguardado un regreso y la entrada de un tren como este no resultaba en absoluto tan indiferente como ahora. El encanto de esos lugares que no son atractivos pero pudieran ser importantes, referencia de algo o alguien que no conocemos.

Era el final de trayecto para mi compañero de la litera de enfrente, que terminaba de recoger sus bolsas a medida que el tren se iba deteniendo, echándose a la espalda una vieja mochila ante la atenta mirada de los otros pasajeros que a aquella hora de la tarde no encontraban mejor pasatiempo que verle partir sin decir nada. A juzgar por el desangelado aspecto del andén, era probable que nadie viniera a ocupar

su lugar hasta al menos la siguiente parada, aunque lo más seguro era que aquella plaza quedara ya desierta hasta el final del recorrido.

En el invierno los trenes van mucho más vacíos que en otras épocas, algo de agradecer en unos viajes en los que el valor de un poco más de espacio resulta incalculable, en especial si uno viaja en tercera clase, donde los vagones son abiertos y no existe intimidad alguna. Aquel debía tener ocupadas solo la mitad de sus plazas, y podía pasearse por él sin la sensación de estar robando un espacio que todos ansiaban, sin la angustia de una estancia poblada en exceso. Las ventanas, viejas y con un marco de madera cubierto de una pátina mugrienta, estaban condenadas para que no pudieran abrirse, y selladas para que el frío no entrara por sus gastadas y poco eficaces junturas. Con esa falta de ventilación, el aire estaría enrarecido apenas unas horas después de partir si el tren estuviera lleno como sucedía casi siempre en el verano. Ahora, sin embargo, días después de haber salido de Moscú, el ambiente no estaba demasiado cargado, y se agradecía el espacio y la tranquilidad de un vagón a media carga.

Conforme se acercaba a su destino, el tren se iba vaciando, perdiendo más gente de la que ganaba, y ahora al mirar hacia el frente veía la litera vacía, sin nadie a quién enfrentar la vista cuando no observaba el paisaje. Quedaban aún las dos mujeres al otro lado del pasillo , y otra más, también mayor, que dormía encima de mí. Le costaba subirse a su litera, y por eso solo lo hacía cuando se iba a dormir, y pasaba el resto

del tiempo sentada a los pies de la mía, retirando un poco el colchón y más cerca del pasillo, donde conversaba con las otras dos mujeres. Pensé en ofrecerle un cambio de litera, pero quizás podría sentirse ofendida, así que me limité a cumplir el papel que me correspondía como ocupante de la litera inferior, siguiendo la etiqueta del tren y dejando que se sentara junto a mí y utilizara la mesa de la cabecera cuando lo necesitase. Ahora estaba callada al igual que las otras dos, y todas ellas parecían esperar la llegada de un nuevo inquilino para llenar las horas restantes, bien fuera charlando con él o, mejor aún, escuchando indiscretamente sus palabras con otro viajero como habían hecho hasta ahora. La más simple curiosidad era un entretenimiento inmejorable para pasar las horas en el tren.

Siguiendo el ejemplo de los demás, le eché una última mirada al hombre mientras hacía un rápido movimiento con los hombros para asentar mejor la mochila. Se llamaba Alexandr, aparentaba unos cincuenta años y habíamos pasado casi dos días juntos charlando sobre cosas en su mayoría irrelevantes, bebiendo vodka de su bien nutrida reserva de botellas y comiendo algunos embutidos que yo había traído de casa y reservaba para los largos viajes en tren, no solo como mero alimento, sino como forma excelente de hacer amistades si se usaba a modo de excusa para romper el hielo con los compañeros de litera.

Era un hombre sencillo, de esos que saben contar historias cotidianas sin pretensión alguna y las convierten así sin

quererlo en relatos cautivadores. Me habló de su familia, de cómo era y es la vida en Siberia, de algún que otro sueño que guardaba y alguna tragedia que había vivido. Yo le daba la réplica contándole cosas similares, y él escuchaba con atención, demostrando que eran aquellos pequeños detalles los que en realidad le interesaban.

Como muchos otros siberianos, Alexandr no sentía un especial aprecio por Moscú y, al igual que yo, y aunque por razones distintas, tomaba con gusto aquel tren que lo llevaba lejos de la capital hacía el paradójicamente cálido refugio de su Siberia. Se apresuró a darme aquel dato poco después de que iniciáramos nuestra primera conversación y dejáramos atrás el primer trago de vodka. Sacó la botella y el vaso, sirvió un trago largo, y mientras lo empujaba hacia mí instándome con gestos nerviosos a beberlo, cortaba y echaba sal a un pepino con el que luego mitigar el sabor amargo de la bebida. Después sería su turno de seguir ese mismo ritual, y entre un vaso y otro comenzar a relatar el estrés que le causaba la centralizada burocracia rusa y los viajes hacia la capital para solucionar un papeleo tras otro, renegar del espíritu materialista de las grandes ciudades, alabar la dulzura de lo inhóspito, de su pequeña ciudad siberiana frente al aburrido e impersonal espíritu que moldeaba a esos moscovitas frívolos a los que él no acertaba bien a entender.

Ahora había más de tres mil kilómetros entre Moscú y esa estación mal iluminada, señalados todos ellos con milimétrica precisión por mojones que podían ir siguiéndo-

se fácilmente, recordándole a uno el lento pero inexorable alejamiento de ese Moscú al que todo se referenciaba: las distancias, las horas, los ritmos.

Me levanté para acompañarle hasta la salida del vagón y me ofrecí a llevar una de sus bolsas de mano. Dijo que no era necesario, y sin quitarse la mochila me dio un abrazo de despedida. Olía a alcohol y al sudor de un par de días de parca higiene en un tren lleno de gente. Supongo que mi aroma no sería muy distinto. Después me estrechó la mano y una vez más me invitó a parar allí en mi viaje de vuelta y hacerle una visita. Asentí intentando mostrar cierto convencimiento, aunque sabía bien que aquello era poco probable que sucediera.

Con el tren aún moviéndose lentamente, me pidió un bolígrafo y una hoja de papel, señalando a mi libreta y haciendo el gesto de arrancar una página. Me apresuré a darle otro papel antes de que pudiera alcanzarla por sí mismo y servirse a su gusto. Escribió su dirección y número de teléfono, y me dijo que si no podía ir a verle, al menos le escribiera una carta, que le gustaría saber cómo continuaba mi viaje. Al contrario que antes, ambos sabíamos que aquello sí ocurriría.

Doblé el papel y lo guardé en el bolsillo. En una época de correos electrónicos y mensajería instantánea, una dirección postal es un extraño tesoro que uno no sabe bien cómo preservar para después dar uso.

Lo cierto es que yo nunca había sido demasiado amigo de enviar cartas. De hecho, solo recordaba haberme carteado

con alguien en una ocasión, y el número de misivas no fue especialmente elevado. Fue también en Rusia, hacía entonces cuatro años. En mi viaje entre Krasnoyarsk y Ekaterimburgo compartí litera con una mujer mayor que regresaba a Tyumen después de haber visitado a su nieta en un hospital de Krasnoyarsk. Le hice unas fotos y al regresar a casa las imprimí y se las mande a la dirección que, al igual que ahora, me había anotado antes de separarnos.

Un par de meses después, recibí una carta escrita en una hoja cuadriculada de cuaderno con esa clase de caligrafía temblorosa que inequívocamente se delata surgida de un pulso anciano. La carta era breve pero emotiva, y se acompañaba de cuatro fotos, cada una de un tamaño distinto, en las que aparecían la mujer en cuestión, sus dos hijos con sus respectivas parejas y dos de sus nietas. Las fotos venían anotadas por el reverso explicando quién era quién, y con una caligrafía distinta que hacía pensar que no había sido ella, sino alguno de los otros fotografiados, quien había preparado aquel pequeño reportaje gráfico.

Respondí con una carta de agradecimiento y mandé un ramo de flores a la misma dirección. La carta y las fotos las guardé en un cajón junto a otros recuerdos rusos, en una colección significativa que ha ido creciendo con el paso de los años. Después de aquello, no obtuve más respuesta.

Saludé a Alexandr por la ventanilla antes de que el tren volviera a ponerse en marcha, y mientras lo hacía me di cuenta de que aquel mismo tren había pasado por Tyumen hacía

algunas horas. Quizás a la vuelta podría hacer una parada, pensé. Quizás saber qué había sido de aquella mujer, de sus hijos, de esa nieta a la que fue a visitar. Bastaría llamar a casa y hacer que alguien desempolvara la carta del cajón e intentara descifrar la dirección del remite.

Dicen que hay trenes que solo pasan una vez en la vida. Afortunadamente, aquel transiberiano no era uno de ellos.

* * *

Lo más hermoso de cruzar Siberia es observar las llanuras, las planicies en las que la nieve descansa y el viento pule día tras día. Cuando los árboles que flanquean la vía dejan un hueco, se abre una pequeña ventana por la que contemplar un río helado, una vasta llanura que se pierde a lo lejos o un pequeño prado, y entonces uno comprende que es allí, lejos de todo relieve, donde la nieve luce todo su esplendor.

A veces puede verse una explanada a través de los árboles si estos forman una cortina poco densa, y si hay casas el humo surge lento de las chimeneas y sube casi vertical porque el viento es normalmente escaso, y así conforma otro relieve sobre el paisaje de fondo de una planicie que se pierde.

A lo largo, sin embargo, de horas y horas tras el cristal, la imagen de esa Siberia bucólica de nieves resplandecientes no existe como algo continuo, sino más bien como una sucesión de escenas que avanzan sin apenas velocidad, y la belleza se aprecia puntualmente, en las transiciones y en ciertos momentos señalados donde no queda sino asombrarse y

admirar. El resto acaba siendo paisaje tedioso, una rutina de franjas de nieve y vegetación donde a lo más que uno puede aspirar es a una fugaz imagen esperanzadora cada muchos kilómetros, doblar una curva y apreciar algún cambio que dura apenas unos instantes antes de hacerse monótono y de nuevo pesado de observar.

En invierno además los días duran poco, a eso de las cuatro de la tarde la noche ya es oscura y no amanece antes de las nueve. Las horas de luz son muchas veces grises, de cielos pesados, y encadenar un par de horas de sol brillante es un magno regalo del azar para quienes equivocadamente presuponen que cruzar Siberia en un tren como este puede justificarse por el deleite que ofrece el contemplar el moroso tránsito de la realidad al otro lado del cristal. Pero no existe tal deleite, sino más bien otros muy distintos, y es ese un detalle que, si uno no intuía de antemano, descubre poco después de ocupar su asiento y cubrir los primeros kilómetros pegado al cristal y en silencio, antes de que la curiosidad de un vecino de asiento desencadene los primeros diálogos del trayecto.

Sentado tratando de observar el discurrir de esta Siberia, las ventanas son como lentes malas a través de las que uno viera desenfocados los fotogramas de una película triste, ocultando los detalles sutiles del paisaje. Sus cristales dobles están a veces arañados por dentro, habitualmente sucios por fuera y en ocasiones incluso llenos de hielo y escarcha en el espacio que media entre ambos, en un rango que va desde ser una

pequeña pero fácilmente ignorable molestia para el viajero, hasta convertir la ventana en un borroso caleidoscopio de imágenes donde uno no sería capaz de distinguir a la persona de la que se está despidiendo en el mismo andén.

Pero si hay suerte y el vidrio permite observar, los ojos se acostumbran pronto a una sensación como de película antigua, en blanco y negro, muda, donde la lenta velocidad del tren confiere a las cosas un movimiento algo acelerado pero no rápido, exactamente como en una de esas viejas películas, un ritmo que pareciera pedir de fondo el sonido de la pianola y una imagen de vez en cuando con algún breve dialogo explicando la trama. Es un espectáculo lleno de nostalgia, sabor añejo y recuerdos; de recuerdos de lugares por los que uno no pasó antes pero aun así los recuerda, y no los contempla ni los descubre, sino directamente los añora.

Hacía ya tiempo que el sol se había ocultado y todo aquello no podía verse, solo intuirse en las sombras que iban pasando. Yo pensaba en ello y empezaba a imaginar cómo sería estar ahí fuera, pasear por algunos de esos bosques helados cuando la luz volviera, para poder empezar a decir que había conquistado mi pequeña parte de Siberia. Me conformaba hasta entonces con anticipar cómo debía ser aquello, y buscaba en mis recuerdos las experiencias de otros años viajando por la región y las unía con lo poco que había visto en Moscú, una ciudad que por el momento recogía bien la imagen que esperaba de la Rusia invernal, pero que sin duda, al igual que sucedía en el verano, distaba mucho de la

realidad siberiana. Y lo más probable era que el invierno no suavizara esas diferencias, sino que las acentuase.

El día antes de tomar aquel tren lo había pasando recorriendo el parque Izmailovski, un reducto no lejos del centro de la ciudad. Uno de los pulmones verdes de Moscú durante el verano, en el invierno es el pulmón blanco de una ciudad de humo y nieve sucia, una suerte de prístina isla en un mar contaminado. Había otros parques además de aquel, como Tsaritsino, con su lago helado sobre el que se deslizaban los esquiadores de fondo, y alrededor del cual di una lenta vuelta casi a solas; o Kolomenskoe, antigua residencia de zares y hoy un museo al aire libre de arquitectura clásica rusa, con un largo paseo a la orilla del río Moskva. Izmailovski era sin embargo el más agreste, y aunque lejos de ser comparable a un paseo por alguno de los bosques de taiga por los que ahora discurría, aquello había sido lo más parecido hasta entonces, una breve experiencia que había abierto mi apetito de alcanzar Siberia lo antes posible.

Con el termómetro rondando los veinte grados bajo cero y un viento insistente que envenenaba el caer dulce de los copos de nieve, no había mucha gente paseando entonces, un agradable alivio frente al estrés de las calles de Moscú, siempre abarrotadas de gente no importa qué tiempo haga. Me encontré sobre todo con ancianos solitarios o en pequeños grupos, algunos de ellos empujando carritos de bebé en los que paseaban a sus nietos pese al frío intenso, y parejas de abuelas que se agarraban del brazo y apoyadas la una en

la otra recorrían una de las sendas principales sin dejar de hablar ni un momento. A ratos los encontraba avanzando en mi misma dirección y me acomodaba durante unos minutos a su paso quejumbroso, manteniéndome a una distancia prudencial y saludando con la cabeza al adelantarlas si es que se giraban para mirarme en ese instante.

No vi apenas gente joven ni tampoco parejas como las que seguramente podrían encontrarse en aquellos mismos rincones en la primavera o el verano. Extrañamente para una ciudad plagada de visitantes extranjeros y expatriados de origen vario, tampoco había turistas, y tal vez fuera por eso que a veces me miraran con peculiar interés, reconociendo fácilmente que yo no era un habitual allí como ellos.

La juventud se agrupaba a la entrada del Metro, junto al extremo del parque. Sin alejarse demasiado, sin adentrarse entre los árboles, aprovechando las bocanadas de aire cálido y olor a máquina que salían cada vez que alguien abría las puertas. Me miraron cuando entré en la estación mientras me desabrochaba el abrigo y me quitaba mi gorro pasado de moda. También aquel gesto me delataba. Un ruso no habría hecho nada de aquello, sino que habría entrado con el gorro puesto y sin soltar un solo botón, con una actitud indiferente, sin importar si era sudor o frío lo que había de venir. Los vagones estaban llenos de gente con chaquetones cerrados, de mujeres que asomaban de capuchas de piel que no se retiraban ni en la asfixiante atmósfera de la hora punta, todos ellos sin variar ni un ápice su atuendo al entrar, como si

la temperatura no cambiase en absoluto. Podría ser desidia o mera economía de movimientos, o sencillamente el resultado de la experiencia y la costumbre.

En los trenes, en cambio, todo era distinto. El tren era más un hogar que un medio de transporte, y al entrar todo el mundo se apresuraba a desvestirse, ponerse ropa cómoda y otro calzado, y solo al final del viaje volvían a transformarse en esas personas impasibles que no desabrocharían un botón hasta llegar de nuevo a un lugar donde hubieran de quedarse.

El Alexandr que había abandonado el tren hacía un rato era un hombre distinto a aquel con el que había pasado el trayecto conversando. Había guardado su camiseta raída, su pantalón de chándal y sus sandalias de goma, y volvía a vestir un pantalón liso negro, una camisa y unos zapatos que le daban un aire de ocasión especial, en contraste con su aspecto cotidiano de unos minutos atrás. Encima de aquello, un abrigo pesado que revelaba por su desgaste muchos años de uso, y una gorra de cuero que se había calado no sin antes atusarse levemente el pelo con un pequeño peine. Era ya un hombre que no pertenecía a aquel tren sino al exterior, al aire libre de aquella estación donde lo había abandonado.

Se trataba sobre todo de una cuestión de actitud, de definir el momento con una u otra vestimenta. Simplemente, de tomar al asalto el tren y dejar la ropa de calle como un símbolo, como una bandera clavada en un territorio recién conquistado.

Con las mujeres mayores el cambio era aún más notable, pues uno no veía el proceso sino solo el resultado. Las *babushkas* pedían ayuda a alguna otra mujer cercana para que sujetara una sábana y así esconderse tras un improvisado biombo y cambiarse lejos de las miradas de los hombres del vagón. Cuando retiraban la sábana era como el alzado de un telón que dejaba al descubierto la transformación, entrañables ancianas que ponían todo su empeño en arreglarse y emergían con sus mejores galas, con esa vieja elegancia humilde pero poderosa.

Desde mi sitio se veían las literas del bloque contiguo que quedaban al otro lado del pasillo. En la de abajo había una chica alta, atractiva, que al llegar iba vestida con unos vaqueros ajustados y unas botas altas con tacones forradas de piel por dentro. Pero poco después de haber arrancado el tren, había desaparecido unos minutos en el baño y había vuelto con un chándal rosa descolorido y unas zapatillas gastadas, y su melena castaña larga, sensualmente suelta antes, estaba ahora recogida en un moño práctico pero poco favorecedor. Forzada como el resto a convivir y compartir un espacio durante muchas horas, asumía la particularidad falta de privacidad del tren sin mayor problema y se dejaba ver así, con su atuendo casero, lejos de la otra cara sofisticada que lucía en la calle.

Saqué unos trozos de pan y algo de queso para comer mientras seguía imaginando el paisaje nocturno al otro lado del cristal. Era un buen momento para los últimos bocados

del día, aunque a medida que se acumulaban las horas de viaje dormir y alimentarse iban dejando de ser actividades limitadas a unas horas fijas, para depender tan solo de uno mismo en cada momento. Al verme, la mujer de mi lado sacó algunos dulces y un par de tazas, dejó los dulces en la mesa y se levantó a llenar las tazas en el *samovar* a la entrada del vagón. Cuando regresó, metió una bolsita de té en una de ellas y en la otra vertió el contenido de un sobre de sopa plateado. Después tomo la taza de té para ella y me ofreció la sopa, diciéndome que yo estaba muy delgado y necesitaba fuerzas para el frío que nos esperaba a la llegada.

Ahora que me había quedado sin compañero, y aunque no habíamos hablado antes, aquella mujer parecía decidida a convertirse en mi anfitriona durante lo que quedaba de viaje. Y qué mejor manera de hacerlo que con algo de comida. Pese a que dudaba que aquella sopa pudiera aportarme muchas calorías o darme algo de grasa con que aislarme del frío siberiano, la acepte gustoso y la tomé, levantando la taza a su salud como en un brindis, y le ofrecí algo de chocolate que tenía a mano para corresponderla.

Comer es otra de esas actividades imprescindibles en un tren ruso. Comer y, especialmente, compartir comida con otros viajeros. No importa la longitud del trayecto, uno debe al menos beber un vaso de té o tomar algo ligero para sentirse parte de esa gran familia del tren, y al hacerlo ha de esperar que otros le acompañen y le ofrezcan parte de lo suyo, o al menos inicien alguna conversación en ese momento, como

queriendo evitar que el de alimentarse sea un acto solitario e individual. Hay un protocolo no escrito que dicta que los momentos de comida han de ser eventos sociales donde ha de exhibirse lo que cada uno porta y ofrecerlo sin limite al resto de compañeros, y este es uno de los cimientos de la pequeña sociedad que el tren conforma.

La dieta básica del tren es sencilla y en cierto modo aburrida, y todo el mundo parece limitar su elección a un rango de productos comunes que probablemente también se incluyan entre los escogidos por otros compañeros de viaje. De este modo, la puesta en común de alimentos y bebidas es un acto equilibrado y realmente no necesario como gesto de hospitalidad, y constituye más bien una especie de rito de paso para incorporarse a la dinámica de la vida en el tren.

En esta ocasión eramos solo dos en nuestro pequeño banquete, que más que eso era un rápido aperitivo de cosas frías, pero a esas alturas de viaje seguía sirviendo como punto de encuentro. Terminé la sopa y comí algún dulce, y la mujer me quiso ofrecer té, pero le dije que no era necesario. Después de aquello no dijo ni una palabra. Pero parecía tranquila, y pensaba con la mirada perdida mientras daba sorbos a una segunda taza de té. Cuando decidió dormirse, yo esperé algunos minutos y después hice lo propio, aunque en el vagón aún podían oírse voces, y las luces siguieron todavía un tiempo encendidas.

Una hora antes de llegar a Barnaul, la *provodnitsa*, la mujer responsable del vagón, lo recorrió despertando al personal.

Comenzó entonces el ritual de los cambios de ropa precedido de rápidos desayunos y visitas al baño para asearse un poco antes de arreglarse. La familia del tren cumplía su rito de despedida, y cuando en los últimos minutos cada uno ocupaba su asiento con la ropa de calle y la maleta en la mano, el tren se convertía en una mera colección de individuos desligados cuyas mentes pensaban ya en lo que sucedía fuera y no en lo que tenía lugar allí dentro.

Mientras me vestía, las mujeres de mi alrededor observaban cada capa de ropa que me ponía, como queriendo comprobar que me preparaba efectivamente para el frío del exterior.

—Fuera hay treinta bajo cero —dijo una de ellas haciendo un gesto para indicarme que me calara bien el gorro.

Otra tiró de la parte baja de mi abrigo para asentarlo.

Al salir, vi la puerta completamente congelada, con una capa de hielo llena de formas curiosas que se asemejaban a la huella de extrañas hojas. Me quedé un instante mirando, preguntándome cómo se formarían aquellos dibujos.

—Es el arte siberiano. Nunca verás dos iguales —dijo alguien detrás de mí riéndose.

Eché un último vistazo y salí del vagón.

—Hasta la vista —dije.

—Hasta la vista —me respondieron.

3

Ventana. Pasos. Mejillas arreboladas.
Gorro de piel. ¡Qué frío hace!
—Vladimir Lugovskoi

Rusia es un país de grandes ríos, de aguas y hielos encauzados sin los que mucho de cuanto hoy es sería muy distinto. De norte a sur, ríos como el Volga en la parte europea o el Yenisei en la parte asiática atraviesan enormes distancias arrastrando por igual caudales de líquido e historia, y resulta fácil subestimar la importancia que han tenido en una civilización como esta.

Aunque de otro modo, los ríos siguen recogiendo buena parte de la vida de los lugares en el invierno, cuando se convierten en superficies heladas tan calmas que resulta difícil imaginar que bajo ellas el agua sigue discurriendo a su ritmo habitual. En muchos casos, la vida se instala directamente sobre los cauces, que son ahora prolongaciones de las orillas, y a veces no es posible distinguir dónde empieza uno y acaba la otra. La estampa de los pescadores en la orilla, erguidos y con sus largas cañas, se sustituye por la de hombres encorvados que esperan sobre el hielo, atentos a lo que sucede a

través de un pequeño agujero, aguardando más de cerca a las presas directamente en su propio elemento.

Las barcazas que unen en algunos lugares las dos orillas dejan de navegar y dan paso a carreteras sobre el hielo, más eficaces, puentes naturales con un tiempo de vida limitado. Algunas son meros cruces de algunos cientos de metros; otras, sin embargo, largas rutas que unen puntos distantes en ocasiones desconectados durante el resto del año, y que solo cuando el agua se hiela encuentran la manera de conectarse. La importancia de estas vías es a veces dramática. Durante el sitio de Leningrado —la actual San Petersburgo—, entre septiembre de 1941 y el final de enero de 1944, la carretera helada a través del lago Ladoga constituía la única forma de hacer llegar víveres en el invierno y de evacuar a la población. Más de un millón de personas lograron abandonar la ciudad por esa carretera, fuertemente vigilada pero sometida a los continuos ataques del ejército alemán, escapando sobre todo a pie a través del hielo. El vital papel de la ruta le valió ser conocida como *Doroga Zhizni*, «la Carretera de la Vida».

Barnaul no tiene ningún lago surcado por pistas heladas, pero sí uno de esos ríos de enormes dimensiones que cruzan el país de arriba abajo y se ven con trazo grueso en los mapas: el Obi. A miles de kilómetros de allí, el Obi desemboca en el golfo del mismo nombre, habiendo contribuido a su paso al desarrollo de ciudades como Novosibirsk, la capital misma de Siberia, o Salejard, que presume de ser la única ciudad

del mundo situada exactamente sobre la latitud del circulo polar ártico.

A media mañana, atravesé la ciudad hacia la orilla del Obi recorriendo Prospekt Lenina, una de sus arterias principales. Había mucha nieve en las calles, probablemente de una nevada reciente, y por todas partes hombres con enormes palas anchas se afanaban en retirarla, limpiando las aceras, las plazas o el entorno de algunos monumentos que quedaban despejados y peligrosamente resbaladizos. La nieve acumulada a ambos lados de los paseos formaba una especie de canales por los que la gente discurría, y al llegar a la altura de un semáforo o un portal una pequeña brecha permitía escapar de ellos en otra dirección.

Al final de Prospekt Lenina encontré el puerto, aparentemente sin actividad alguna, forzado a hibernar en una época en la que los barcos no hacen otra cosa que acumular nieve a la espera del buen tiempo. En aquel extremo de la ciudad había ya poca gente caminando, sin apenas nada de interés para el quehacer diario. Cruzando el río, la carretera llevaba a algunos barrios dormitorio algo alejados, muy distinto del paisaje a este lado. Barnaul es una ciudad construida en una única orilla del Obi, en la margen izquierda, sin que el río parezca una parte vital de su estructura, sino solo un elemento limítrofe.

El río en sí estaba desierto, de un blanco inmaculado y sin huella alguna. Cerca del puente que prolonga Prospekt Lenina por encima del cauce, había unas grandes letras de

estilo Hollywood que daban la bienvenida a la ciudad, pero que allí y en aquel momento parecían solitarias, como presentando una población que ya no existía.

Fui caminando siguiendo el río, a ratos perdiéndolo de vista y solo intuyendo su dirección para volver a encontrarlo poco después. Al cabo de un rato comenzaron a aparecer huellas en el cauce y puntos en la distancia esparcidos e inmóviles. Eran los pescadores que a aquella hora ya habían ocupado su lugar sobre el hielo y se congregaban en aquella parte del río a ejercitar su paciencia.

Yo no sabía mucho de pesca, ni de aquella ni de la que se practica cuando el agua corre, pero a mis ojos profanos esa pesca invernal parecía todavía más introspectiva, con tal vez una necesidad mayor de reflexión para hacer el tiempo entretenido.

Desde cada pescador salía un camino de huellas que llegaba hasta algún punto de la orilla, y que parecía unirlo a ella. Las huellas rara vez se cruzaban entre sí, como queriendo indicar que pese al número de hombres que allí se encontraban, aquella seguía siendo una actividad solitaria, de individuos aislados que a lo sumo forman pequeños grupos para intercambiar de vez en cuando algunas palabras a lo largo del día.

Avancé un poco más hasta dejar atrás a algunos de los primeros pescadores, y fui buscando un lugar en el que pasar desde el camino hasta la superficie helada del río. A unos cien metros por delante de mí, un pescador que terminaba

su jornada volvió a la senda por la que yo iba. Miré las huellas que le habían conducido hasta la orilla, una línea algo serpenteante de pasos que tampoco cortaba las trazadas por otros. Al cruzarme con él, le observé mientras le saludaba con un gesto que él no me devolvió. Llevaba un mono grueso de camuflaje, unas botas a juego y unas manoplas de lana. En la mano derecha sujetaba una especie de enorme sacacorchos con el que horadar el hielo.

Decidí seguir sus huellas sobre el hielo hasta alcanzar su sitio de pesca, y después quizás deambular a lo largo del río. Yo nunca había caminado por un río helado. Algunas huellas se desviaban de pronto sin que yo pudiera encontrar una razón aparente, como rodeando objetos invisibles.

Llegué hasta el lugar que había ocupado el pescador de antes. Era un espacio de unos dos por dos metros en el que la nieve había sido cuidadosamente retirada y podía verse el hielo desnudo. En el centro había un agujero pequeño, con agua inmóvil cuya superficie comenzaba a helarse. Le di un ligero golpe con el pie y el hielo incipiente, formado en el breve tiempo desde que el hombre había abandonado el lugar y delgado como una hoja de papel, se rompió sin apenas hacer ruido.

Estaba más o menos en el centro del cauce. Desde allí no había más huellas que seguir, así que comencé a caminar en la propia dirección del río, abriendo mi huella en la nieve, que me llegaba casi hasta la rodilla. Caminaba alejado de los pescadores, ocupando el espacio entre ellos sin acercarme

demasiado, y de vez en cuando encontraba alguna huella en mi camino o algún signo de presencia anterior.

Alcancé un grupo de cuatro agujeros en el hielo muy cercanos entre sí. Formaban un cuadrado casi perfecto, de unos quince metros de lado, sin duda los restos de un grupo de compañeros de pesca dispuestos del modo ideal y a la distancia perfecta para poder intercambiar impresiones, pero también para que cada uno de ellos tuviera su propio territorio. Y también, probablemente, para que dos hombres no se situaran demasiado próximos sobre el hielo, evitando así riesgos innecesarios. No lejos de allí, asomaba entre la nieve una botella vacía de vodka, clavada casi en vertical sobre la nieve.

El espacio ocupado por los pescadores era de algo más que un kilómetro y medio. Más allá del último, la nieve era completamente virgen, sin huella alguna, y el río se perdía en la distancia. Llegué a la altura del último pescador y después continué andando algo más de un cuarto de hora. Al mirar atrás, mis pasos eran los únicos que podían verse, un recorrido todavía de un único sentido que alcanzaba hasta donde yo estaba, hasta una peculiar nada en mitad del río. A lo lejos, los pescadores eran otra vez puntos sin significado, dispersos, esperando con la misma filosofía que cuando había pasado a través de ellos.

Deshice todo mi camino hasta la orilla y me quedé allí algunos minutos observando ese paisaje, poniendo a prueba mi paciencia y dejando la mente perdida cual un pescador

más, disfrutando como ellos de mi soledad por unos instantes. A falta de mi propio equipo de pesca, barría con la mirada el río esperando ver algún movimiento que pudiera indicar una captura. Pero todos permanecieron quietos, a lo sumo agitando imperceptiblemente las cañas, finas y cortas, como varitas que movían casi a ras de suelo.

Eché un último vistazo en el camino de vuelta, pero ya no se podía distinguir nada. El río volvía a ser una lámina blanca y uniforme solo alterada a veces por algo de vapor y niebla.

De vuelta al centro, los hombres con palas seguían en las aceras retirando nieve, limpiando las puertas de los comercios y parte de los paseos, que ahora se podían recorrer sin dificultades sin más que un poco de precaución para no escurrirse. En las calles, los coches circulaban por una capa de nieve sucia, bacheada, y algunos aparcados desde hacía días estaban casi cubiertos por completo y bloqueados por montones blancos.

Entré a comer en una *stolovaya*, un comedor básico donde servían rancho sencillo a precios asequibles para el bolsillo ruso. El lugar tenía un aspecto viejo, gastado por el tiempo, y además del olor de la comida tenía un aroma extraño que también evocaba otros tiempos. La puerta, de madera pintada de azul, se cerró de un golpe tras de mí, empujada por un muelle oxidado clavado por el interior.

Había unas diez personas, todos hombres, comiendo apresuradamente y sin apenas hablar. La mayoría de ellos mante-

nían aún sus *shapkas* en la cabeza y los abrigos puestos pese al calor. Seguí el ejemplo de los que acababan de llegar y me lavé las manos en un extremo de la habitación, donde había una pila y sobre esta una especie de bacía metálica con un saliente en su parte baja que al pulsarlo dejaba caer un hilo de agua muy fría. Después me acerque hacia el mostrador donde una mujer servía mecánicamente los pocos platos del menú.

En la pared había una lista que nadie miraba. Tenía la clásica lista de platos acompañada de dos columnas de cifras: una con el precio y otra con los pesos exactos de los ingredientes. Todo está escrupulosamente medido en los menús rusos, al menos en la teoría, y uno no encuentra cosas como «Arroz con verduras», sino más bien «Arroz con verduras – 150», indicando que una ración contiene 150 gramos, o incluso «Arroz con verduras – 100/50», detallando por separado el peso del arroz y el de las verduras que lo acompañan. Me resultaba divertido intentar descifrar algunas de aquellas cifras, a veces con más números que ingredientes podían esperarse en el plato en cuestión.

Miré el menú desde lejos, más por mera curiosidad que por algo práctico. La mujer que servía las raciones me miraba con un ligero gesto de desesperación, como queriendo decirme que no tenía mucho sentido mirar aquel papel, y que lo mejor que podía hacer era preguntarle a ella qué tenían o simplemente echar un vistazo a las cazuelas y elegir. Cogí una bandeja de plástico y un tenedor de aluminio desgastado, y le

pedí un filete ruso con puré de patatas y una ensaladilla. Me sirvió los dos platos sin demasiado entusiasmo y en silencio.

—¿Pan? —preguntó.

—Dos trozos —dije, y ella levantó un trapo bajo el que había una pieza de pan cortada en trozos más pequeños, para que pudiera servirme.

—¿Té? ¿Café?

—Nada, gracias.

—¿Nada? —protestó. Parecía resultarle extraño que no quisiera beber nada caliente.

—Un café. Solo —dije por no enfrentarme a la especie de mirada acusatoria que me lanzaba.

Me sirvió un café de puchero de color muy negro en un vaso de plástico, y después se acercó hacía una mesa para hacer las cuentas. Sobre la mesa había un ábaco ruso grande con cuentas de madera de distintas tonalidades, cubiertas de grasa por el uso, y junto a ella una calculadora. El uso del ábaco en muchos lugares como aquel ponía de manifiesto el arraigo todavía intenso de un artilugio que se resistía a ceder de forma completa el relevo a las tecnologías actuales. Las camareras de cierta edad como aquella, con toda una vida calculando mediante ábacos el precio de una comida, no se desprendían de él y lo utilizaban conjuntamente con la calculadora, más cómoda, aunque quizás siempre eran las cuentas de madera las que tenían la última palabra.

Ocupé un asiento en el extremo de una mesa, aunque nadie vino a sentarse a mi lado. Era un comedor pequeño,

pero la mayoría de la gente venía en grupo o al menos en pareja, y se sentaban todos juntos a una mesa. Junto al lavamanos había una pequeña repisa a modo de barra, y algunos se situaban allí, generalmente con comidas sencillas de las que daban cuenta rápidamente.

Un hombre se levantó de la mesa junto a la mía y se acercó a pedir algo. Escuché su voz apagada, como con desgana, mientras pedía 100 gramos de vodka. Regresó a la mesa junto a su compañero y bebió en silencio con la mirada perdida. Yo me levanté y dejé mi bandeja en una mesa en una esquina, a la que rápidamente se acercó otra mujer para recoger la vajilla. Al salir por la puerta, escuché tras de mí el golpe seco de esta al cerrarse, cerrada violentamente por aquel tosco muelle igual que al entrar.

El día se hizo gris antes de que la noche comenzará a entrar. Caminé por la ciudad, llena de todas esas calles con nombres predecibles que surgían por oleadas y delataban las tendencias de los urbanistas de cada época a la hora de elegir su toponimia. En las décadas de los 50 y los 60, aún con la resaca emocional y política de la II Guerra Mundial, proliferaron las calles con nombres de personajes heroicos cuya labor en el frente les había hecho valedores de alguna alta condecoración militar. En décadas posteriores, cuando la Unión Soviética entraba ya en una edad madura, se popularizaron las calles que celebraban fechas relacionadas con su historia (40 años de la Revolución de Octubre, 50 años de la Unión Soviética) o elementos de la retórica comunista

(Calle Socialismo, Avenida del Komsomol). Otras, menos rebuscadas, estaban dedicadas simplemente a importantes artistas rusos. Encontrar una calle cuyo nombre no obedeciera a alguno de aquellos esquemas era, como en la mayoría de las ciudades rusas, la excepción en lugar de la norma.

Curiosamente —o tal vez no—, no hay una calle dedicada a Gagarin en Barnaul, pero sí una en honor a Guerman Titov, el segundo cosmonauta ruso en salir al espacio exterior, quien nació no lejos de allí, en el cercano pueblo de Verj–Zhilino. Titov fue, junto a Gagarin, uno de los candidatos a convertirse en protagonista de aquella histórica primera misión al cosmos, pero al final fue este último quien resultó elegido por el gobierno ruso, que consideró que representaba mejor el perfil buscado, no solo en el aspecto técnico, sino especialmente en el político. Con un nombre de origen alemán y procediendo de una familia de comerciantes, Titov no encajaba en el perfil del héroe soviético de la misma forma que Gagarin, con un nombre claramente ruso y unos padres de clase obrera.

Aunque no se convirtiera en el primer cosmonauta de la historia, Titov solo tuvo que esperar cuatro meses más para hacer su sueño realidad, y el 6 de agosto de 1961 orbitó la tierra 17 veces a lo largo de un día completo, una hazaña casi comparable a la de su predecesor, y que volvió a suponer un golpe de efecto en la carrera espacial que Estados Unidos y la Unión Soviética libraban. En palabras de los mandos soviéticos de entonces, «si Gagarin fue el primer hombre

en viajar al espacio, Titov fue el primero en vivir allí». Los ciento ocho minutos de Gagarin se habían quedado cortos, y Titov fue el encargado de hacer ver al resto del mundo que Moscú disponía de capacidad para agrandar aquellas cifras hasta unos valores acordes con la enorme magnitud del país.

Me separé de Prospekt Lenina por algunas calles secundarias, entre ellas la calle de Titov. Alcancé poco después la plaza de la estación de tren y seguí algo más allá. Había mucha gente en la calle. El sol brillaba y todos parecían ignorar el frío intenso. Los hombres llevaban muchos sus clásicas *shapkas* rusas en la cabeza, que allí parecían estar más de moda que en Moscú, aunque la forma de vestirlas era curiosa, tan solo apoyadas, apenas caladas y sin tapar las orejas. Un hombre se detuvo en un kiosco de helados y compró uno. Se quitó un guante, retiró el envoltorio con la mano desnuda, volvió a ponerse el guante y se alejó comiendo a paso tranquilo. El termómetro más cercano marcaba 24 grados bajo cero. Definitivamente, había llegado a Siberia.

4

Nosotros, criaturas de los años terribles de Rusia,
nada podemos olvidar.
—Alexandr Blok

Cualquiera que sea el tema de la conversación,
un viejo soldado hablará siempre de guerra
—Antón Chejov

Sin posibilidad alguna de competir con sus hermanas de trenes, las estaciones de autobuses rusas suelen ser feas, desordenadas e incómodas, frecuentemente viejas y sin encanto alguno. En un país donde el transporte ferroviario no tiene rival, parecen haber dado por perdida toda batalla y se limitan a ser un punto de partida sin ningún significado, donde el placer de viajar raramente encuentra lugar.

Pocas veces un viaje en autobús puede superar la experiencia de un viaje en tren. El encanto romántico de los trenes queda lejos del alcance de otros medios de transporte, y más aún en Rusia, donde la red ferroviaria es el verdadero esqueleto de sus comunicaciones. Pero si Rusia está a la cabeza en lo que al encanto de viajar en tren se refiere, se sitúa sin duda

a la cola cuando se trata de autobuses, no por cuanto la calidad del servicio o de las estaciones puedan dejar que desear, sino porque la actitud a bordo es pobre, sin entusiasmos. Fervientes admiradores de su sistema ferroviario, los rusos son malos viajeros en autobús, aparentemente con un convencimiento casi categórico de que ese medio de transporte no puede proporcionarles placer alguno.

La estación de autobuses de Barnaul no era una excepción a todo aquello. Situada en la misma plaza que la estación de trenes, era un edificio triste en el que la gente se agolpaba sin convicción alguna, y en el que pasar demasiado tiempo podía acabar matando todo deseo de viaje.

Compré un billete para el único autobús diario a Artibash, que salía en algo menos de una hora. Por suerte, era poco tiempo de espera. El autobús era relativamente nuevo, un poco fuera de lugar si se comparaba con los viejos modelos soviéticos que poblaban las dársenas, cortos y con ruedas más pequeñas, tullidos por los años y los kilómetros en carreteras difíciles. Era un vehículo de segunda mano comprado a una compañía coreana, que disfrutaba de una segunda vida en Siberia sin que le hubieran hecho ni el más mínimo retoque. Por fuera, lucía aún las grafías coreanas y algunas pegatinas con homologaciones parcialmente despegadas. Por dentro, unos visillos con motivos orientales daban un extraño toque *kitsch*. Cerca del conductor, oscilando con el movimiento del autobús, unos peluches de rasgos asiáticos y vivos colores daban testimonio fehaciente de que nadie se había molestado

en modificar nada aquel vehículo, que podría hoy mismo volver a su ruta original tal y como la había abandonado entonces.

Siberia está llena de vehículos así, tanto más cuanto más se aproxima uno hacia el oriente. Los coches japoneses usados son tan frecuentes como los rusos o europeos de primera mano, y una buena parte de la población conduce con el volante en el lado derecho. Turismos que para el japonés medio son máquinas de mecánica ya obsoleta que requieren demasiada puesta a punto, en manos de un ruso son piezas casi nuevas que pueden usarse de inmediato sin preocupaciones. Y más adelante, cuando comiencen a fallar, pasarán a ese ciclo de mecánica de supervivencia y chapuza artística que todo ruso conoce, siendo capaz de repararlo sin apenas nada.

Con los autobuses, la ley, aunque tan laxa en muchas ocasiones como con otros aspectos, prohíbe el uso de vehículos con el volante a la derecha, y Corea sustituye a Japón como proveedor principal. Desde pequeños microbuses a autocares de grandes líneas, Siberia y el oriente ruso reciclan las flotas de aquel país, poniéndolas en uso desde el momento mismo en que son recibidas.

Antaño eran los transportes alemanes los que alimentaban este mercado, muchos de los cuales aún pueden verse en las líneas interurbanas de las ciudades y reconocerse fácilmente gracias a los letreros y advertencias que todavía lucen en el interior, o incluso los luminosos de cabecera con el nú-

mero y descripción de la ruta, que en lugar de ser sustituidos conviven pintorescamente con los actuales rusos. Según pasan los años, estos vehículos acumulan no solo la historia de su ciudad actual, sino también la de su vida pasada, y ni un solo elemento, ya sea una pequeña pegatina o una enorme pieza, es alterada si no resulta estrictamente necesario.

En aquel autobús que me llevaba a Artibash, la única pieza añadida eran un par de altavoces de marca rusa por los cuales sonaba sin cesar rancia música disco de los ochenta, por alguna razón muy popular hoy día en el país, y algunos interpretes rusos que, si bien algo más recientes, cultivaban un género similar, para bien o para mal. Excepto aquello, todo lo demás estaba intacto, y si uno miraba hacia atrás en el habitáculo, la imagen conjunta de los caracteres coreanos en las ventanas, los visillos, el pasaje ruso con sus gorros de piel y las cabañas de madera cubiertas de nieve en el exterior formaban una anodina realidad que casi despertaba la risa.

Por el camino, el autobús se iba deteniendo en lugares a veces perdidos, en mitad de una carretera donde lo único que parecía haber era bosque y nieve, y alguien subía o bajaba sin que fuera fácil adivinar de dónde o a dónde se dirigía. Los que subían, pagaban al conductor bajo el vaivén de los peluches, y este metía el dinero en una maleta que llevaba apoyada en el salpicadero, y que hacía las veces de caja registradora.

Había una parada más larga en Gorno–Altaisk, la capital de la república de Altai. A partir de ahí se apreciaba claramente un cambio en el aspecto de la gente, con los rasgos

orientales y los rostros redondeados, similares a la apariencia de los nativos de Mongolia, hacia donde nos acercábamos, y distinto del perfil aún predominantemente caucásico de la mayoría de cuantos había visto en Barnaul. Avanzábamos hacia la cordillera de Altai y nos adentrábamos en una zona más montañosa, aislada, de poblaciones más pequeñas y zonas rurales, y también eso se notaba en la apariencia de las gentes. Aquellos lugares, lindando con Kazajstán, China y Mongolia, tal vez no eran la Siberia más prototípica y sí un reducto particular en una región física, la de los montes Altai, que compartía unos caracteres comunes en todos esos países, pero eran sin duda enclaves rusos como los que más. Bastaba mirar a aquellas gentes con algo más de detalle, sin quedarse en la apariencia más inmediata. O mirar aquel autobús, nacido lejos de allí pero empapado ahora del carácter ruso más clásico.

Ni siquiera me bajé en la parada. Preferí quedarme dentro y observar cómo aprovechaban para fumar un cigarro o dar un paseo alrededor sin alejarse demasiado. Muchos de los que venían se quedaron allí y fueron sustituidos por otros, y al reanudar la marcha volvió también el ir y venir de gentes en mitad de la nada, subiendo y bajando cada vez en lugares más perdidos, inesperados en mitad de una carretera llena de nieve que se iba apagando a medida que anochecía. Aunque daba la impresión de que entraban tantos como salían, en realidad el autobús iba lentamente vaciándose, y al llegar a Artibash yo era el único pasajero. El conductor miró por el

espejo y me dio una voz para preguntarme dónde quería que me dejara.

—No lo sé. Nunca he estado aquí —respondí.

Me dejó en lo que parecía la parada habitual, aunque sin señal alguna, justo al final del puente que une ambas orillas del río Biya y conecta los pueblos de estas. Artibash es el de la margen derecha. Iogach es el de la izquierda.

Cerca de donde se detuvo el autobús, había un hombre esperando en un viejo Volga. Las luces del coche iluminaban más que todas las del pueblo, que era una sola calle oscura y llena de nieve. El hombre abrió el coche y el conductor del autobús le dio dos cajas de cartón que traía en el maletero junto a mi mochila. Después se fue de vuelta por el puente y dejó el lugar aún más oscuro, sin que apenas pudiera distinguirse el humo de las casas más cercanas.

Yo no sabía a dónde ir. El pueblo era muy pequeño y podía recorrerlo en pocos minutos, pero no parecía tener nada que ofrecer para alguien que buscaba un lugar donde dormir en mitad de la noche. Estaba algo destemplado y en la calle hacía bastante frío, así que era mejor encontrar algo rápido. Le pregunté al hombre del coche y no supo bien qué decirme, como si le hubiera planteado una cuestión que debía reflexionar antes de responder.

—Sube, te llevo —dijo al final—. Ahora es invierno y casi nada funciona.

Me dejó a la altura de una cabaña grande donde alquilaban camas en habitaciones compartidas, el único sitio abierto a

aquel lado del río. Le di las gracias y él se limitó a cerrar tras de mí la puerta del coche y continuar su camino.

Hay un umbral de tiempo y dedicación en la hospitalidad rusa a partir del cual ambas partes establecen ciertamente un vínculo, pero por debajo de este los gestos tales como un mero agradecimiento parecen estar fuera de lugar, como si la amabilidad debiera reservarse para las grandes ocasiones cuando en efecto se produce un encuentro con significado. Como si aquel favor irrelevante no fuera una excusa suficiente para malgastar una sonrisa o una palabra cordial. En Rusia, uno debe prepararse por igual para las grandes muestras de hospitalidad y para las pequeñas, y quizás más para estas últimas, para hacer el esfuerzo de entenderlas correctamente y no malinterpretarlas.

La casa tenía un rellano algo más cálido que el exterior pero aun así frío, muchos grados por debajo de cero, en el que había unas estanterías vacías y una mesa. En el interior me recibió una mujer que acudió al oír el sonido de la puerta, una hoja grande de madera sin cierre alguno, que encajaba por mera presión. Una toalla fina sobre la misma aportaba esos milímetros de más que hacían que quedara encajada.

—Buenas noches, ¿tienen sitio?.

La mujer sonrió alegremente.

—Sitio hay, por supuesto. Lo que no hay es gente —dijo riéndose—. Es usted el único —añadió después en voz más alta.

Debió notar mi cara de alivio y la tomó como una confirmación de que iba a quedarme allí aquella noche.

—Son 300 rublos —dijo mientras me guiaba por el pasillo hacia la habitación y me enseñaba de camino un baño compartido aparentemente nuevo—. No hay nadie más, así que tiene toda la habitación para usted —añadió de nuevo bromeando.

La habitación tenía el espacio justo para cuatro camas y una mesita, pero estaba limpia y no parecía demasiado vieja. Había otras tres más en la casa, todas iguales a aquella.

Dejé mis cosas y volví con ella hacia la entrada, a una sala común pequeña y más gastada en la que había una cocina, una mesa y un televisor. Le pagué un par de noches y me preparó una taza de café mientras me invitaba a sentarme a la mesa. Solo después de asegurarse de que yo estaba sentado tomó ella asiento y esperó conmigo a que el agua hirviera. Parecía contenta de tener un huésped. Me contó que en verano siempre estaba lleno y faltaba espacio, y los turistas venían de todas partes, no solo de Rusia. En el invierno, sin embargo, paraban a lo sumo gentes de paso, alguien que venía a hacer algo en un lugar cercano, o quizás algún viajero que otro, desde la zona de Moscú sobre todo.

Tenía hambre pero allí no había forma de comer salvo cocinando yo mismo, y no tenía más ingredientes que un poco de pan en la mochila. La mujer me ofreció unas galletas grandes con forma de *matrioshka* y se sentó a ver la televisión.

—Coma, no tenga vergüenza—. Miraba atentamente al televisor, sin quitarle ojo.

Comí un par de galletas y después decidí que era hora de irse a dormir. Me despedí de ella, que seguía absorta en una serie rusa. Cuando me devolvió las buenas noches yo ya estaba lejos en el pasillo, abriendo la puerta de la habitación.

* * *

Por la mañana la temperatura seguía cerca de los treinta grados bajo cero, pero el viento no soplaba y en el cielo no había ni una sola nube. Me esperaba una nueva taza de café y otro par de galletas, aunque en esta ocasión la compañía fue breve y me quedé pronto solo.

En la calle apenas había nadie, y el pueblo era completamente distinto ahora, lleno de luz y mucho más amistoso. La nieve parecía fresca, caída quizás un par de días atrás, y en algunas cabañas había gruesas capas en un equilibrio casi milagroso sobre aleros y salientes. Sobre los arboles o sobre algunas señales, apenas quedaban algunos centímetros que los cubrían de blanco, pero de vez en cuando alguna pequeña rama rebelde retenía un montículo luminoso y redondeado, inexplicablemente sujeto a ella.

Me abrigué bien y salí a pasear, siguiendo en la misma dirección por la que había llegado en coche la noche anterior. El pueblo se acababa poco más allá, donde las últimas casas en el lado del río daban paso a un pequeño embarcadero. La zona estaba llena de carteles que anunciaban paseos en

barco y excursiones de todo tipo, con flechas que apuntaban a cabañas de las que no salía humo o a puertas bloqueadas por una nieve que no había sido retirada desde hacía tiempo. En el verano, los barcos partían de allí sin descanso a recorrer el lago Teletskoe y los turistas se agolpaban en las orillas, descansando en muchos de los pequeños albergues como aquel donde yo estaba o en las casas hoy dormidas, y rompían seguramente el silencio de un lugar en el que ahora apenas podía oírse nada. Pero en el invierno esos mismos barcos eran piezas extrañas allí, dejadas sin uso en un lugar que no parecía corresponderles.

Había tres barcos amarrados en la misma orilla. Un poco más lejos, se veía otro que debía estar junto a un muelle también cubierto por la nieve, y que parecía varado en mitad de una nada a la que no se sabía bien cómo había llegado. Recordaba a esas imágenes donde aparece el casco de un barco en mitad del desierto, el esqueleto de madera carcomida de un navío destrozado sobre un suelo seco, y uno solo puede preguntarse si de verdad es cierta esa estampa.

Desde la orilla partían unas huellas que cruzaban hasta el otro lado, pero era solo una línea fina y solitaria, tan abandonada como los propios barcos. El resto del río estaba intacto, con la nieve perfectamente lisa, y al llegar a la altura del puente el hielo se derretía y del agua salía un vapor denso.

Volví hacia atrás para cruzar el puente. En el lugar donde me había dejado el autobús había un café en el que intenté comer algo, pero estaba cerrado. Al otro lado había más

signos de actividad turística, pero todos ellos igualmente inútiles en esta época del año. Se anunciaban excursiones, paseos en barco, pesca, pero los lugares donde todo aquello podía obtenerse estaban cerrados, como si el atractivo de la zona sobre el que se construían todos esos servicios hubiera desaparecido. En el borde de la carretera, unos sencillos tenderetes de madera con un mostrador a modo de barra anunciaban *souvenirs*, escrito también en letras latinas para la concurrencia internacional que seguro habría de poblar el lugar cuando el clima era más benigno. La nieve que se acumulaba sobre la barra era el único recuerdo que uno podía llevarse ahora.

Probé suerte con otro café, pero también estaba cerrado. Dejé de ir buscando un lugar donde tomar algo caliente y acabé comprando chocolate y un kilo de plátanos en un ultramarinos que proclamaba en su cartel estar abierto las veinticuatro horas del día. Incluso en aquel lugar y en mitad del invierno, ciertas cosas no pueden faltar en ningún lugar de Rusia, y quizás la más importante de ellas sea una tienda de *produkty* donde a cualquier hora del día o de la noche poder comprar un poco de pan, algo de fruta o, especialmente, una cerveza o una botella de vodka.

A medida que va creciendo el número de habitantes, necesidades no tan básicas se van cubriendo de igual modo de sol a sol y sin descanso, y en las ciudades importantes puede hacerse casi todo a casi cualquier hora. Quizás sea solo una publicidad engañosa hecha con el convencimiento de que

nadie solicitará el servicio a ciertas horas, pero lo cierto es que los reclamos están ahí y, atendiendo a ellos, uno puede de madrugada cambiar los neumáticos del coche, conducir con él hasta el dentista a sacarse una muela y a esa misma hora pedir un crédito para pagar lo anterior. Rusia es un país que funciona las veinticuatro horas del día o, al menos, dice hacerlo.

Tal vez todo esto no sea sino una respuesta a la realidad de los tiempos soviéticos, cuando no solo no se podían comprar esos mismos bienes a cualquier hora, sino que simplemente no podían comprarse, o al menos no cuando uno quisiera, sino cuando las leyes misteriosas del mercado así lo dispusiesen. Sin interés alguno en aumentar el volumen de negocio, los vendedores trabajaban con desgana descansando cuando les apetecía, y cuando estaban en sus puestos era probable que no tuvieran mercancía alguna que ofrecer.

Este pasado explica también quizás la actitud arrogante de los dependientes de entonces y de hoy, que suman a la clásica frialdad inicial del ruso un desaire de prepotencia. Lo que hoy es un trabajo de clase baja era en esos días un oficio privilegiado que justificaba todo aire de superioridad, el regalo de un poder fáctico sin igual en una sociedad necesitada de productos básicos. Toda la riqueza de la que el pueblo dependía pasaba por sus manos, que la repartían a voluntad en tiendas que eran mucho más que meros negocios. Quien tenía un amigo vendedor tenía, efectivamente, un tesoro, ya que muchos productos se repartían a deseo de este, que con-

cedía el privilegio de poder comprarlos a aquellos a quienes su voluntad dictase.

Los miembros de la clase política arengaban a las masas y lograban congregar a un pueblo desmotivado para que demostrara su fidelidad a la causa. Pero los verdaderos movilizadores de la población eran los vendedores, que no tenían más que poner a la venta un lote de cualquier cosa para formar frente a sus tiendas enormes colas de devotos compradores que esperaban horas para llevarse lo que hubiera, fuera útil o no.

Así el pueblo ruso aprendió a esperar colas enormes sin saber siquiera lo que había al final de estas, y a caminar siempre con algunas bolsas en el bolsillo por si la suerte le sonreía de camino hacia algún lugar y podía comprarse algo, lo que fuera, en uno de aquellos pocos días en que el azar lo hacía posible. Los relatos de los mayores ante la nueva realidad comercial de Rusia suelen recalcar siempre aquello, recordando que entonces comprar era una compleja aventura no siempre exitosa.

Encontré otras dos tiendas más, la ultima de ellas bastante más grande, aunque con un horario limitado. Poco después de esta, las casas se terminaban, pero la carretera seguía más allá, discurriendo paralela al río, que se ensanchaba para ir convirtiéndose en el lago Teletskoe. A partir de este punto, no había ya nadie caminando. Solo un par de perros me siguieron algunos metros hasta convencerse de que no te-

nía mucho que darles y volver sobre sus pasos para intentar conseguir comida de alguien distinto.

Me alejé de la carretera por un camino que ascendía una loma a mano izquierda. La vista desde arriba cubría ambos pueblos y un tramo largo de río que se perdía en la distancia y giraba a lo lejos. Soplaba un viento más fuerte que en el río, y a pesar del sol la temperatura no subía. Las mejillas empezaron a dolerme y me puse una braga para cubrirme la boca. Al hacerlo, descubrí que tenía la barba llena de pequeños carámbanos de hielo, pero resultaba imposible quitarlos. Simplemente me abrigué y esperé a que se derritieran.

Caminé por lo alto de la loma y después volví y retomé el camino por la carretera, cubierta completamente de nieve irregular. Era estrecha y no pasó ni un solo coche en las horas que estuve caminando. La nieve a ambos lados tenía un relieve especialmente suave, redondeado, y los árboles parecían haber sido soplados por un viento gélido desde el río, cubiertos por una fina capa de escarcha que los plateaba. En el camino de vuelta, los mismos perros de antes vinieron de nuevo hacia mí a seguir probando suerte.

Pronto empezó a hacerse de noche. Quedaba aún mucho día por delante, pero una vez que el sol se fuera no habría nada que hacer en un pueblo desierto en el que la temperatura probablemente bajase algunos grados más, y donde ni siquiera había logrado encontrar un lugar en el que comer caliente. Paré en una de las tiendas y compré una bolsa de *pelmeni* congelados y un bote de *smetana*. Podría preparar-

los yo mismo en la cocina, donde creía haber visto al menos alguna cazuela y un fogón. Tal vez aquella fuera la única forma de comer algo caliente, y no era un mal plan para lo que quedaba aún hasta irme a dormir.

La mujer seguía sentada frente al televisor, y me saludó al entrar. Le devolví el saludo y le pregunté si podría cocinar después en su cocina. Al oírlo, se apresuró a poner cerca una de las cazuelas y despejar la encimera. Cuando le dije que no corría prisa y que prefería descansar un poco antes, dejó rápidamente los cacharros y volvió a sentarse para no perder el hilo del serial que estaba viendo, y señaló hacia la nevera para indicarme que podía dejar ahí la comida que traía. La nevera en realidad no funcionaba como tal, sino que estaba apagada y simplemente hacía el papel de armario, y en su interior apenas había nada.

La casa tenía un calor húmedo que al quitarme la ropa me resultó reconfortante. Tenía los carrillos rígidos y noté la sangre volver a circular, respondiendo con agrado a la temperatura del interior. Descansé un rato en la habitación y casi sin quererlo me quedé dormido sobre la cama. Las horas paseando en aquel frío parecían pasar factura silenciosamente.

Al despertar, escuché voces en la cocina, y cuando fui hasta allí encontré a un hombre de pelo muy corto sentado a la mesa, con una pequeña botella de vodka. La mujer estaba sentada lejos de él, y no daba la sensación de estar prestando mucha atención. Mi llegada pareció alegrarle. No en vano, yo era un inesperado compañero para ese último trago del

día. Se levantó y me dio la mano. Tenía una piel muy curtida en las palmas, con un tacto de cuero tenso.

Me contó que conducía un camión y estaba allí haciendo un alto en una ruta que no era la primera vez que recorría. Se levantaría pronto para continuar, pero antes de irse a dormir aquel era su particular momento de descanso. Alargó el brazo y cogió un vasito para que me uniera a él. Había llegado en el momento preciso para apuntarme a su celebración desde el inicio. Negué con la mano y le dije que quería comer algo antes, y para reforzar mis palabras me levanté y fui a coger la cacerola para poner agua a hervir. La mujer al verme se levantó y me acerco un cubo metálico con agua y un cazo.

—Use este agua para hervir la comida, pero no para beber. Si quiere beber, este agua no es buena —me advirtió poniendo una mueca extraña—. Esta de aquí se puede beber—. Se agachó y de un lado de la encimera sacó un bidón de plástico.

A mi espalda, el hombre desenroscó el tapón de la botella de vodka y sirvió un vaso para mí y otro para él.

Me acerqué a la nevera pero mi bolsa de *pelmeni* ya no estaba allí. Antes de que pudiera preguntarle, la mujer señaló hacia la puerta de la calle.

—Los he puesto fuera —dijo. Después volvió a sentarse, considerando que yo ya no necesitaría más ayuda.

Salí hacia el recibidor de la entrada, y en una de sus estanterías encontré mi bolsa, solitaria y perfectamente helada. Quién necesita un congelador cuando basta tener una habitación sin calefacción.

Me senté a esperar mientras el agua se calentaba, y el hombre no tardó mucho en empujar el paso de vodka hacia mí para invitarme a beber. Tenía ganas de echar un trago y aparentemente no demasiada paciencia.

—¿Eres español entonces? —preguntó cuando acabó de beber su vaso.

Asentí mientras dejaba apoyado el mío.

—¿Tienes tu pasaporte aquí? —dijo con una curiosidad que sonaba ridículamente infantil—. ¿Puedo verlo?

Saqué mi pasaporte y se lo di sin pensarlo mucho. Después de haberlo entregado a docenas de miembros de la *militsia* en otras tantas ciudades, había desarrollado una sorprendente indiferencia a la hora de dárselo a cualquiera. Y, a decir verdad, dejárselo a aquel hombre no me parecía más arriesgado que dejárselo al agente del orden de turno en mitad de la calle o en el vagón de un tren.

Pensé en preguntarle si él llevaba encima algún documento similar para que yo pudiera también entretenerme curioseando, pero no lo hice porque sabía la respuesta de antemano. En un país con tal amor por la burocaracia y el control, era casi seguro que no llevaría encima uno, sino varios documentos que lo identificaran. Directamente, le pedí que me dejara verlo, y él acepto encantado.

Sacó una pequeña libreta tipo pasaporte metida en una funda roja brillante. En la primera página, tenía una fotografía en blanco y negro muy distinta de la realidad. Aparecía con el pelo más largo y abundante, y parecía unos cuantos

años más joven. Comprobé sorprendido que tenía la misma edad que yo, treinta años, a pesar de que su rostro aparentaba unos cuarenta. Él quizás también descubrió aquello mientras investigaba mi pasaporte, pero no dijo nada, y simplemente curioseaba las hojas una tras otra buscando algo que pudiera interesarle.

—¿Este es un pasaporte externo? —preguntó.

—En España solo tenemos pasaporte externo —le respondí.

En Rusia existen dos tipos de pasaporte: uno interno como el que él me había dado, que servía como documento de identidad y que resultaba obligatorio tener, y uno externo necesario para viajar fuera del país. Este último, teniendo en cuenta las restrictivas políticas del país y la dificultad —muchas veces imposibilidad— de conseguirlo, constituía una identificación más exótica de la que la gran mayoría de rusos carecía, y que hacía que despertara su lado más curioso cuando un extranjero ponía en sus manos el suyo para dejarle verlo.

El agua comenzó a hervir. La mujer escuchó el borboteo y se levantó a ayudarme, viendo que estaba entretenido. Intenté adelantarme a ella, pero cogió la bolsa de *pelmeni*, vertió la mitad en el agua hirviendo y puso encima una tapa metálica lacada en blanco que claramente no correspondía a aquella cazuela. Después salió a devolver el resto de *pelmeni* a la estantería. Le agradecí el favor cuando volvió y me hizo un gesto con la mano, quitándole importancia a aquel detalle.

—No es nada. Esto no es ni siquiera cocinar, es solo hervir —dijo mientras me hacía un nuevo gesto para que me volviera a sentar y siguiera con mi conversación.

El hombre intentó servirme otro vaso más, pero le dije que no quería y no insistió demasiado. La botella era pequeña y podía bebérsela él solo sin problemas. Tomó un par de tragos mientras yo esperaba que la comida estuviera lista, y mientras tanto me contaba alguna que otra historia de su trabajo. No resultaba demasiado apasionante, pero sí entretenido.

Apagué el fuego y saqué mis *pelmeni* mientras él apuraba un vaso más, y me senté a comerlos mientras él seguía con sus pequeños relatos.

—Todavía no estarán hechos —dijo la mujer al verme, con un tono de ligera desesperación al ver que ya era tarde y yo ya estaba echando la *smetana* en el plato para acompañar.

Para lo que es habitual en Rusia, donde la mayoría de las cosas —especialmente la pasta y el arroz— se cocinan durante horas hasta que pierden su consistencia, aquel plato de *pelmeni* estaba prácticamente crudo, pero prefería tomarlos así aunque no fuera del todo acorde con la manera rusa de prepararlos.

—Están bien —dije, y ella no respondió.

Me miró después mientras comía, y debió intuir que la comida me agradaba. No en vano, era mi primer plato de comida caliente desde que había llegado allí.

—¿Mañana estás aquí? —preguntó el hombre.

—No sé, aunque creo que no. Creo que me iré.

La mujer me miró. Yo no le había dicho aún nada acerca de mis planes. Pareció tomar nota mentalmente y siguió mirando el televisor.

—Yo me voy mañana pronto, pero si quieres te puedo acercar a algún lado en el camión.

Sonaba sugerente. Le pregunté su ruta, pero no coincidía con lo que yo tenía pensado, y parecía difícil encajar mis planes en ella.

—Cogeré el autobús, pero gracias de todos modos.

Pareció decepcionado durante un instante. Luego puso un gesto indiferente. El vodka se había terminado y empezaba a ser tarde. En unos minutos, antes de que yo hubiera terminado mi comida, se despidió, me dio la mano y se fue a dormir.

—El autobús salé a las siete —dijo la mujer cuando me vio levantarme—. Para aquí mismo. Yo te avisaré cuando llegue.

Le agradecí con un movimiento de cabeza y me fui a dormir después de haber fregado el plato con un estropajo que había en el baño y algo de agua fría de otro cubo.

* * *

Cuando me desperté tenía de nuevo un café preparado, pero en lugar de galletas me encontré esta vez un enorme y humeante plato de *pelmeni*. La mujer había hervido todos los que yo no había cocinado la noche anterior y me había preparado un desayuno mucho más abundante de lo que

yo podía comer a aquellas horas. Esta vez, además, tenían aspecto de estar cocinados a la manera rusa, bastante más blandos.

—Coma, el viaje es largo —me dijo, y se quedó esta vez cerca, como queriendo cerciorarse de que no dejaba nada en el plato.

Miré su cara mientras ella esperaba que comenzase a comer. Me iba a costar tragar todo aquello, pero no quería decirle que no, y tratar de convencerla de que aquel desayuno era excesivo sería probablemente más difícil y agotador que comérselo sin más. Acabé la comida como pude y fui a recoger mis cosas a la habitación. Le agradecí la atención antes de irme y ella no dijo nada, se limitó a encajar la puerta cuando hube salido.

El autobús esta vez era un viejo modelo soviético. Los primeros asientos estaban puestos de lado, mirando hacia el centro y dejando un espacio más amplio a la entrada. El conductor aprovechaba el viaje llevando unos pequeños taburetes de madera sin barnizar, que después de entrar yo movió hacia la parte de atrás mientras esperaba la hora de partir. Le ayudé a llevar un par de ellos y pareció agradarle mi gesto.

Al igual que a la ida, la gente fue subiendo y bajando en los lugares más insospechados, haciendo trayectos cortos de a veces tan solo unos pocos minutos, incluso sin sentarse, de pie junto al conductor al que en ocasiones ni siquiera pagaban. Parecía una ruta familiar, pensada para los tránsitos

diarios entre aldeas, y que solo de vez en cuando alguien como yo recorría de principio a fin, especialmente en aquella época.

Hizo una parada en Turochak, una población algo más importante en la que se bajó todo el autobús excepto un hombre que iba sentado cerca de mí en la parte delantera y llevaba una vieja mochila de lona. Vi cómo el conductor se abrigaba al tiempo que miraba hacia atrás desde su asiento como esperando alguna reacción por nuestra parte. Entonces apagó el motor.

—Vamos a tomar algo. Tenemos cuarenta minutos —dijo animándonos con la mano a bajar.

Le seguimos hasta un comedor sencillo donde cada uno de ellos encargó un almuerzo copioso. Yo me limité a pedir un zumo y me senté con ellos a la mesa. No parecían conocerse de antes, pero al principio me sentí algo extraño, como si estuviera interrumpiendo una reunión de dos viejos amigos.

—¿No comes? —me preguntó el conductor mientras el otro hombre paraba de masticar, compartiendo sin duda la misma inquietud por mi falta de hambre.

Les conté la historia de mi desayuno de *pelmeni* y aquello bastó para romper el hielo y empezar a conversar.

Supongo que la mujer, que avisaba al conductor cuando alguno de sus huéspedes iba a tomar el autobús, debía haberle comentado que yo era español, porque aquel era un dato que ya sabía. Eso pareció despertar su curiosidad y la del otro hombre.

Comían apresuradamente, descansando mientras hablaban o prestaban atención a lo que otro decía, y después atacando con intensidad la comida cuando había algún descanso en la conversación, tomando tres o cuatro pinchadas seguidas del plato y un trozo de pan y un trago de té sin apenas interrupción. Yo daba algún sorbo al zumo de vez en cuando.

Me hicieron preguntas, se interesaron por mis planes, quisieron saber algunas curiosidades sobre España. Pero al cabo de unos minutos parecieron perder el entusiasmo y comenzaron a servirse de mí para una clásica perorata pejiguera, y arrancaron a quejarse de la realidad rusa y compadecerse de su pobre situación. El valor de un extranjero no es muchas veces el de ser alguien de quien escuchar otras verdades, sino el de ser un oyente desacostumbrado a cuya luz dar otro valor a las de uno mismo. Y allí los dos, casi a coro, se iban relatando las penurias sociales y económicas del país y poniéndolas al lado de sus equivalente españolas, que aun sin haberme preguntado al respecto ellos juzgaban mucho mejores.

—¿Sabes a cuánto está el euro? —me preguntó uno de ellos.

—A treinta rublos —se apresuró a responder el otro sin darme tiempo a decir nada.

La perdida de valor del rublo era un tema caliente en aquellos días. Las ciudades estaban llenas de oficinas de divisas con carteles que anunciaban sus tasas de cambio, que subían día tras día y no parecían tener límite. En la radio, los pro-

gramas repetían esos valores más a menudo que las señales horarias. Era una forma muy inmediata de tomarle el pulso al mal rumbo económico del país.

—Todo lo que viene de fuera está ahora más caro.

—Hay de todo pero cada vez podemos comprar menos. Antes había pocas cosas, pero al menos eran cosas de buena calidad, y podíamos comprarlas —apostilló el hombre de la mochila mientras el conductor asentía con la cabeza y se llevaba a la boca otro trozo de comida.

Yo sabía que aquel *antes* no quería decir el año pasado, ni hacía algunos años, cuando había viajado por primera vez a Rusia. *Antes* quería decir mucho más atrás, en los tiempos soviéticos donde buena parte de la vida de aquellos hombres había tenido lugar. No era la primera vez que oía una frase así, ni seguramente sería la última. En el fondo, una gran parte de rusos guarda un nostálgico en su interior, y aquella frase era la forma en que este solía presentarse, como una consigna que surgía al cabo de un par de confesiones con un extranjero o, más habitualmente, tras un par de tragos.

La nostalgia, no obstante, tiene en Rusia poco de político y mucho de humano, desprovista como tantos otros elementos de la realidad rusa de una gran parte de las connotaciones que desde fuera se le asocian erradamente. Cuando hombres como aquellos expresan su nostalgia de otros tiempos en que la vida era mejor, las más de las veces no echan de menos ideologías o regímenes políticos, sino situaciones, elementos de vida sencilla, cosas mucho más simples como poder permi-

tirse el capricho de invitar a un amigo sin tener que calcular si ello compromete el porvenir de su difícil economía.

El de la nostalgia es en Rusia un discurso de tono neutro, carente en su mayoría de personalidades y teorías políticas. Se habla del antes, de aquellos tiempos, como si no fueran el resultado de ningún sistema político. Solo los más acérrimos defensores del pasado, los ideológicamente convencidos, reivindican la completa vuelta atrás, mientras que para el resto parece claro que sobre el papel el cambio político es un paso en una dirección correcta. En la práctica, sin embargo, las palabras del ruso de a pie ponen cada día en duda que hoy se viva efectivamente mejor que antes.

Para quienes entonces lucharon contra el sistema y fueron su principal enemigo, la falta de libertades era su motor de lucha. Pero existen muchas formas de perder la libertad. Para el ruso de la calle a quien aquello no le resultaba un gran problema mientras pudiera seguir con su vida sin sobresaltos, la situación de hoy en día sí parece serlo, con una libertad también coartada aunque de modo distinto.

El ruso medio parece pedir un lugar respetable para su particular forma de disidencia, como queriendo decir que igual que aquellos que sacrificaron parte o incluso toda su vida por la libertad, también es honroso sacrificar un poco de esa libertad por la tranquilidad de una vida sencilla. En lugar de aspirar a grandes entelequias, se aspira no más a que la vida pueda disfrutarse de modo simple, a esa banalidad que

ya Chejov inmortalizara en sus historias, plasmando como nadie esa parte del espíritu ruso.

No es este, sin embargo, un pueblo conformista, sino práctico; una comunidad de gentes obligadas a un particular pragmatismo, acostumbrados a lidiar con un territorio y una historia ante los cuales incluso el mayor de los idealismos debe ejercerse con los pies en la tierra. Lo humano está siempre por delante de lo político en Rusia, y no ha de caerse en el error de interpretar una gran parte de elementos de la sociedad rusa desde el punto de vista político, porque realmente no lo son.

Las ciudades y pueblos como aquel están llenos no solo de hombres que cuentan sin pudor su nostalgia, sino de símbolos de otros tiempos cuyo significado original parece haberse olvidado. Estatuas de Lenin, calles con su nombre o los de Marx o Engels, estrellas de cinco puntas, hoces y martillos; son solo partes de un paisaje al que no aportan connotación política alguna, a menos a los ojos del pueblo llano. Solo los turistas las dotan de su viejo significado al fotografiarlas como lo que entonces eran, como señales representativas de una forma hoy caduca de hacer gobierno.

Los símbolos que desde fuera lucen bien distintos, en Rusia han pasado a formar parte de la cultura popular, y son bienvenidos por todos con independencia de ideologías. *Nostalgia*, una emisora que programa música de los setenta, usa la hoz y el martillo en su anagrama para dar énfasis a sus contenidos y dejar claro que estos provienen de aquel

entonces. Para los nostálgicos, aquello tan solo indica que allí pueden encontrar la música de esos tiempos en que vivir era más sencillo. Para los demás, no pasa de ser una artimaña gráfica sin significado.

Viajando ahora al inicio del año, encontraba otra particular reinterpretación de aquellos iconos. En Barnaul encontré en una plaza un árbol de navidad adornado con colgantes que iban desde pequeñas cajitas envueltas para regalo a muñecos de Disney. En lo alto, una estrella roja de cinco puntas lo coronaba. No supe bien si era un inocente guiño al pasado, la guía que conducía hacía un nuevo Belén más proletario o, tal vez, solo un intento de reutilizar la abundante parafernalia soviética para recortar presupuesto.

Volvimos al autobús, donde un grupo numeroso esperaba para entrar. La mayoría de ellos me acompañarían en este caso hasta Gorno–Altaisk, el final de aquella línea. El hombre de la mochila la puso en el asiento contiguo, se apoyó en ella y se echó a dormir. No volvimos a hablar. Al bajar, tanto él como el conductor se despidieron de mí y me desearon buen viaje.

La temperatura había subido y debía ser de unos veinte grados bajo cero, pero el sol brillaba y la sensación era muy agradable. Eché a andar por las calles en busca de un lugar donde quedarme.

Al cabo de un rato por la calle principal, alcancé lo que parecía la plaza principal. Presidiéndola, como era de esperar,

había una estatua de Lenin a la que no le quedaba ya ni lustre ni significado.

* * *

En los siguientes días, y partiendo desde allí, visité algunos otros lugares de la zona, en enclaves similares de naturaleza atractiva donde era aún más acusado si cabe el parón estacional del invierno. De camino hacia uno de ellos, en un curioso microbús, conocí a Vera, una chica de Samara que viajaba por la zona, y a Sasha, un chico de la región que no debía tener más de dieciocho años y que se unió a nosotros en cuanto nos vio hablar. Dijo que era de Gorno–Altaisk, pero no la razón de su viaje, que no llegamos a intuir del todo en ningún momento. Simplemente parecía tener tiempo y curiosidad, y aparentaba disfrutar de nuestra compañía aunque decía tener amigos allí.

Alquilamos una casa para un par de noches y después de dar un paseo compramos algo de comida y unas cervezas y volvimos a ella cuando se hizo de noche. Sasha compró unas latas para él y se unió a nosotros sin siquiera preguntar, probablemente intuyendo que su compañía nos era entretenida. Comimos y bebimos contándonos algo más sobre nuestros viajes, charlando sentados en una alfombra polvorienta que era aun así el lugar más cómodo y salubre de una casa dejada a su suerte desde hacía mucho tiempo.

La cerveza se acabó y aún no era tarde, así que decidí ir a comprar más. Sasha dijo que aprovechaba para irse a visitar a

algunos amigos y después, si no era demasiado tarde, quizás volviera. Salimos juntos y al llegar a la puerta de la calle, me paró y con un tono serio me preguntó:

—¿Sabes pelear?

La pregunta me cogió desprevenido, e intenté averiguar a qué venía antes de contestarle. Quizás tenía intención de pelearse conmigo o podía ser mera curiosidad sin una razón particular de ser.

—No, ¿por?

Aquella parecía ser la respuesta que esperaba, y tenía ya el gesto y la respuesta preparada.

—Entonces es mejor que te acompañe —dijo sin cambiar de tono—. Esto es peligroso.

Estuve a punto de echarme a reír. La calle estaba oscura, pero no había más de cien metros hasta la puerta de la tienda. Si aquel era un lugar desierto durante el día, ahora, de noche, las posibilidades de cruzarse con alguien, fuera con buenas o malas intenciones, resultaba remota. Miré en derredor y escuché por si oía algo, pero no parecía haber nadie en kilómetros a la redonda. La oferta de un guardaespaldas en aquellas circunstancias era poco menos que ridícula, en especial si uno consideraba que el muchacho era delgado y no alcanzaba el metro setenta.

—¿Qué hacéis en España cuando estáis borrachos? —me preguntó haciendo ese gesto ruso que consiste en darse una toba en el cuello y quiere decir beber más de la cuenta con el único fin de emborracharse.

—No sé, depende —respondí—. Hay quien se pone a cantar y hay quien se cae en un rincón y vomita.

Me volvió a mirar con cara de que mis respuestas justificaban por completo su actitud.

—Aquí nos pegamos —sentenció rotundo mientras golpeaba con el puño la palma abierta de la otra mano—. No, en serio, nos gusta pegarnos —insistió.

Yo ya había oído hablar de las costumbres violentas de las gentes en lugares como aquel, pero seguía sin advertir peligro alguno a mi alrededor. De cualquier forma, la actitud de aquel chico no era extraña. Los rusos, especialmente lejos de las grandes ciudades, parecen tener una desconfianza innata hacia sus compatriotas, que aflora especialmente cuando han de ayudar a un extranjero. Advertencias así son comunes incluso en los pueblos más tranquilos, que a ojos de sus habitantes se convierten sin embargo en peligrosas zonas sin ley por las que un viajero no debiera pasar.

El chico parecía decidido a escoltarme, así que le dejé que me acompañara pensando que tal vez tuviera algo de razón. Tenía las manos con un aspecto áspero y lo más probable era que, cierto o no cuanto decía, hubiera repartido en las últimas semanas más puñetazos que yo en toda mi vida. Y también que en el rostro, de rasgos duros, hubiera recibido unos cuantos más que yo en el mío.

Compré la cerveza y me acompañó también de vuelta. Después me dio la mano y se fue supuestamente al encuentro de aquellos amigos suyos. No regresó aquella noche ni al

día siguiente, y ya no supimos más de él. Le conté a Vera la historia cuando volví con las cervezas, y nos reímos mientras las bebíamos. Ella también estaba acostumbrada a escuchar consejos así. Viniendo de la Rusia europea, era también una completa extranjera en aquellos lugares, una viajera indefensa a la que proteger frente a los supuestos peligros de una población violenta y poco fiable.

Dos días después, salí de allí sin haberme encontrado, afortunadamente, con ninguno de aquellos borrachos violentos de Altai. De hecho, encontré poca gente dispuesta a relacionarse conmigo, ya fuera para invitarme a una cerveza o darme una paliza, y los viajes en autobús volvieron a ser estériles. Cuando regresé a Gorno–Altaisk, compré un billete para el siguiente autobús a Barnaul, que salía en una hora. Era un autobús nuevo e iba casi lleno, y el conductor era un tipo poco amistoso y con alma de pirata que intentó cobrarme cincuenta rublos extra por el equipaje. Sin esperar mucho de aquel trayecto, me eché a dormir y desperté casi en Barnaul cuando ya se había hecho completamente de noche, convencido de que volvía a ser hora de montarme en un tren.

5

La locomotora, con su pupila ígnea,
parece una estrella fugaz
que, al demorar la caída,
roza con su vuelo rasante los andenes.
—Boris Slutski

Antes de tomar el tren que me llevaría a Irkutsk, compré unos cuantos *pirozhkí* rellenos de patata a una mujer mayor de camino a la estación. Sentada en una esquina y con una caja de cartón donde guardaba su mercancía, metió los *pirozhkí* en una fina bolsita de plástico transparente y me los dio mientras cogía mi dinero apresuradamente. Después continuó con su letanía, anunciando en voz queda su negoció al tiempo que yo me alejaba.

Algo que uno aprende rápidamente en Rusia es que cualquier lugar y condición son buenos para vender toda clase de producto, sin necesidad de más infraestructura que aquello que se ofrece. Basta situarse en un punto y esperar a que la gente, acostumbrada a esa forma de comercio errante, comience a interesarse. En cualquier rincón del país, ya sea una gran ciudad o una aldea, las calles son como mercados donde

a la vuelta de cada esquina hay alguien sentado ofreciendo algo, y los pequeños puestos que uno puede encontrar, si es que pueden llamarse así, son minúsculos, reducidos a la mínima expresión, con tan poca mercancía que un único comprador generoso podría llevársela toda sin problemas.

Alrededor de las estaciones de tren, la pequeña cocina es la reina. *Pirozhki*, huevos cocidos, pasteles sencillos; alimento barato para satisfacer las necesidades simples de los viajeros, condenados si no a la aburrida comida instantánea o a aquello que hayan podido traer de casa si han tenido ocasión de ello. Los mismos andenes son también un buen enclave, esperando a los viajeros a la puerta de los vagones, y el ritual de comprar en las paradas constituye una parte fundamental en la rutina de todo viaje.

A medida que uno se aleja de las estaciones y desaparecen esas necesidades, los puestos con frutas y verduras toman el relevo. La mayoría no son más que una pequeña mesa o una caja con cinco o diez tomates verdes y otros tantos pepinos, cantidades tan ínfimas que se hace difícil imaginar cómo su venta puede aportar algún beneficio apreciable a la economía de quienes los venden. A veces es un cubo de plástico lleno de patatas, o uno más pequeño lleno de pipas negras y un vaso de plástico, indicando la medida en que se vende la mercancía. También en vasos se venden las pequeñas frutas, preciadas frambuesas y bayas que son a la vez un dulce capricho y una necesidad vital para hacer frente a la difícil dieta del invierno.

La venta callejera es un asunto exclusivo de mujeres mayores, *babushkas* que complementan su exigua pensión intentando sacar el máximo rendimiento a los productos de su pequeño huerto o las recetas básicas que son capaces de preparar en su cocina. No hay hombres de edad vendiendo en las calles esas verduras y alimentos, sino solo mujeres forzadas a una autosuficiencia imprescindible, carentes del apoyo de un hombre que, en un país todavía ampliamente machista, se presupone como algo en cierto modo necesario. Pero los hombres de esas edades no solo no venden sus productos en la calle, sino que ni siquiera existen apenas. Con una esperanza de vida de menos de 60 años para los hombres y 75 para las mujeres, acusando los estragos del vodka y arrastrando todavía las consecuencias de unas guerras que diezmaron la población masculina, Rusia es un país de viudas, de mujeres solas en una pirámide poblacional en la que por encima de los 65 años solo uno de cada tres ciudadanos rusos es un hombre.

Si en cualquier lugar del mundo un anciano puede ser la figura más entrañable o bien el rostro mismo del desamparo, en Rusia una mujer vendiendo en la calle puede representar la imagen más pintoresca del país o ser el reflejo de la realidad más cruda. Y más aún en el invierno, cuando la temperatura puede caer por debajo de los treinta bajo cero sin que por ello se detenga la marcha de esa economía ciudadana de improvisados puestos y pequeñas transacciones de unos pocos rublos.

Las calles de Barnaul, como las de cualquier otra ciudad rusa, estaban llenas de *babushkas* que vendían sus existencias en cualquier esquina, a veces solas, aunque con frecuencia en pequeños grupos, quizás para así hacer más soportables las horas de espera a la intemperie.

Más allá de esas estampas de comercio callejeros, las *babushkas* aparecen en muchos otros lugares como símbolo veraz de la realidad rusa, a modo de *matrioshkas* de carne y hueso que guardan bajo su piel vidas y más vidas. Viajar por Rusia y no volver a casa con alguna historia en la que aparezcan ellas es casi tan improbable como recorrer el país entero sin que a uno le inviten a un trago de vodka.

Cada vez que compraba algo y pensaba en aquello, no podía evitar recordar algunas de esas historias, en la delgada línea que separa el relato entrañable que uno cuenta con orgullo del momento agrio en el que se agolpan emociones no siempre fáciles de asumir. Protagonistas de tal vez demasiadas historias, esas mujeres eran algo más que una parte del paisaje de mi viaje.

Junto con los *pirozhkí* que acababa de comprar y la comida que llevaba, necesitaba algo más para el viaje: algún dulce, un par de cajitas de comida instantánea, agua y zumo. Me acerqué a comprarlas al primer kiosco que vi que vendía productos de ese tipo para el viaje.

Después de los vendedores callejeros, los kioscos ocupan el siguiente escalafón en el panorama comercial de Rusia. Situados a solas en una plaza o calle, o juntos en largas filas

formando peculiares zonas de comercio tanto al aire libre como bajo techo, los kioscos son la unidad mínima del negocio ruso. A través de una pequeña ventana uno puede comprar desde pan y fruta hasta un gorro para el invierno, una funda para el pasaporte o unas medias. Prácticos y siempre disponibles, permiten el fluir rápido de las grandes ciudades al tiempo que mantienen en los pequeños enclaves ese candor de los negocios sencillos.

Cualquier kiosco que se precie debe tener una gran cristalera donde se exponen uno por uno todos los productos a la venta, etiquetados cada uno de ellos con un pequeño cartelito que indica su nombre y precio, y que es otro de esos elementos estándar de una a otra punta de Rusia, con una homogeneidad difícilmente explicable en algo tan banal. Pueden así verse vitrinas con botellas y latas de cerveza muy próximas entre sí y formando una especie de tapiz infranqueable, o con cajetillas de tabaco perfectamente ordenadas como en un puzle.

Algunas calles son largas bandas de kioscos así, que se ven como una hilera de casitas policromadas, y ante las cuales, pese al frío, la gente pasa y se detiene a comprar a cualquier hora del día. En las grandes ciudades como Moscú, los pasos subterráneos que permiten cruzar sus anchas avenidas son a la vez rectilíneos centros comerciales, compartimentados en infinitos espacios donde la siempre abundante concurrencia puede comprar cuanto desee mientras va de un lado para otro.

Aun así, y como en todas partes, si uno quiere ver el comercio más auténtico debe acudir a los mercados, los verdaderos representantes de la forma en que el pueblo compra y vende sus necesidades más básicas. Sin el encanto bullicioso de los bazares de oriente medio o el desparpajo de un mercado español, los mercados rusos son, sin embargo, un elemento representativo de la idiosincrasia del país, donde tanto compradores como vendedores dan buena muestra del estilo ruso de hacer las cosas.

El carácter es frío, desinteresado, replicando ese mismo estilo de las tiendas aunque el contexto parezca más idóneo para encontrar un trato distinto y más cálido. Tratar con un vendedor ruso a pie de calle es igual de descorazonador que hacerlo con sus colegas que trabajan en un kiosco o un supermercado de nuevo estilo. Solo los comerciantes chinos, que en el oriente de Siberia forman comunidades importantes y ejercen su habilidad para los negocios como en otras partes del mundo, parecen tener una actitud distinta y sin ese velo de desidia del ruso típico. Porque el ruso es sin duda el vendedor menos enérgico del mundo, sin entrega alguna, y aunque en muchos productos hay lugar para el regateo, esta es una actividad sin carisma, carente de ese espíritu de lucha que es lo común en otros sitios. Cuando se alcanza un precio que satisface a ambas partes, no queda esa sensación de tregua amistosa tras el combate, sino que uno tiene casi siempre la impresión de que quien vende ha sido derrotado

o, peor aún, que se retira de una batalla que no le es ya de interés.

En algunos lugares los mercados se organizan a modo de bazar, en estrechas callejuelas bajo techo, pero las más de las veces se sitúan al aire libre, en plazas que están ocupadas la mayor parte del día a modo de mercadillos permanentes. En sus tenderetes aguardan hombres y mujeres que en el invierno beben vasos de té humeante para mantener el calor y que de vez en cuando se mueven un par de pasos para no quedarse entumecidos.

El frío trae además otras imágenes que en verano no se encuentran, y mercancías con las que cuando el clima es distinto no se comercia de igual modo. La carne y, sobre todo, el pescado, ocupan un lugar importante en los mercados invernales. Con una balanza y un montón de peces helados, se venden al peso ejemplares enteros, imposibles de cortar, que se exhiben desordenados y cubiertos de escarcha en cajas de cartón, como si no fueran alimento. Los gorriones, que también sufren el invierno siberiano, se hacen más atrevidos y se posan sobre los peces y, especialmente, sobre los puestos de frutos secos. Cada cierto tiempo, sin saber bien el porqué, el vendedor se aproxima y agita el brazo para asustarlos, con la misma desgana y eficacia que una vaca espantando moscas con el rabo.

En Barnaul había varios mercados, todos ellos muy activos. No lejos del puerto se vendía calzado para el invierno, abrigos y gorros, pero también había mesas llenas de objetos

metálicos de todo tipo, como candados y cerraduras, que brillaban fríamente junto a los grises puestos de pescado. Al lado de la estación había un pequeño mercado de dos cortas callejas muy estrechas, por las que había que caminar casi de lado, y las mercancías salían de los minúsculos puestos y hacían aún más difícil moverse.

Si uno tiene suerte, puede desembocar de pronto en una avenida con algún mercado improvisado, con un carácter distinto a los anteriores y lleno de todo tipo de cosas, muchas de ellas inútiles a primera vista. Especialmente en los fines de semana, surgen rastrillos formados por puestos sobre el suelo donde cada cual pone a la venta lo que le sobra en busca de unos rublos.

Encontré sin buscarlo uno de aquellos mientras daba aquel último paseo de camino a la estación. Algunos puestos acumulaban desde libros usados a placas de ordenador, pasando por piezas surtidas de todo tipo de maquinaria o antiguas enseñas comunistas para coleccionistas melancólicos. Otros, al contrario, daban la impresión de ser negocios puntuales, el recurso de quien ha encontrado en su armario algo que no necesita y que quizás puede cambiar por algo de dinero, y acude a este lugar a ofrecerlo. El espíritu clásico de todo rastrillo, pasado por el tamiz ruso, y al que el invierno siberiano añade sus propias texturas, poniendo a prueba la resistencia de los vendedores, salpicando de nieve los objetos y cubriéndolo todo con el vaho denso de la gente respirando bajo el frío.

Colgado de una varilla que asomaba de un muro había un tapiz rojo con una hoz y un martillo en el centro y un par de consignas comunistas rodeándolo. En otro tiempo, había uno de aquellos en cada hogar, presidiéndolo. Ahora eran como piezas de museo. Yo había visto uno muy similar en el museo regional de la propia Barnaul, en una discreta habitación que recogía algunas imágenes y objetos de la historia reciente de la ciudad.

Pregunté el precio por mera curiosidad.

—Tres mil rublos —dijo el hombre mientras se quitaba un guante y tocaba entre los dedos la tela—. Mire la calidad.

A su lado, otro hombre había extendido unos periódicos sobre la nieve y encima de ellos desplegaba su única mercancía, un abrigo de piel vuelta largo. Enfrente, una mujer paseaba en círculos esperando que alguien se detuviera en su modesto ajuar, que incluía un gorro, un par de vasos de cristal y algunos palillos chinos desgastados. No compré nada, pero por instantes cada uno de aquellos objetos, incluso los más inquietantes, se me antojaban como *souvenirs* de primera clase para llevar a casa en recuerdo de todo mi viaje.

Me alejé camino a la estación, volviendo a las calles normales que ahora me parecían vacías, y a sus aceras enormes y despobladas.

* * *

—¡Eso no es invierno! —exclamó la mujer, divertida al oír mi respuesta. Me había preguntado por la temperatura

de Madrid en el invierno, y yo sabía que cuando se lo dijera iba a reaccionar así—. ¡Aquí eso es primavera!—. Miró hacia sus dos compañeras, que parecían igual de entretenidas ante aquellos datos.

Aunque interesantes a ratos, eran de ese tipo de personas que inician rápido las conversaciones y resultan agradables al principio, pero que al cabo de un rato empiezan a hacerse pesadas y consiguen que cada minuto parezca más largo que el anterior. Y lo peor era que yo tenía muchos minutos aún en aquella sala de espera, y ellas parecían haber cogido un ritmo de preguntas imposible de detener salvo que mi tren se adelantara milagrosamente.

Miré un par de filas delante, donde un hombre con aspecto de estar algo borracho dormía junto a su bolsa ocupando dos asientos. En lugar de sentarme a su lado había preferido el asiento junto a aquellas mujeres aparentemente inofensivas. Viéndole ahora tan silencioso, me arrepentía de ello mientras trataba de encontrar una respuesta breve a la última pregunta de mis compañeras de espera.

Ninguna de ellas era de allí. Venían de Kazajstán en un viaje fugaz para hacerse unas pruebas en un centro médico de Barnaul supuestamente con más medios. Aunque no entendí una buena parte de los términos más técnicos, me habían contado con detalle las enfermedades de cada una apenas cinco minutos después de que les hubiera dicho mi nombre. Yo simplemente sonreía, prestando poca atención a medida que me iba dando cuenta de que aquello iba a ser

más largo de lo que esperaba. Cada una de ellas llevaba una gran bolsa con una radiografía, signo de que las pruebas había terminado y no tenían ya nada mejor que hacer que esperar su tren de vuelta, que salía varias horas después que el mío, así que básicamente no me quedaba más remedio que aguantar hasta la salida del tren. Me consolaba pensar que la puntualidad de los trenes rusos jugaba a mi favor.

No eran demasiado mayores, especialmente la más locuaz del grupo, que debía rondar los cuarenta años. Tenía ojos rasgados, un rostro bien proporcionado y expresivo con piel muy lisa, y suficientes dientes de oro como para que no pudieran contarse en el tiempo que duraba una sonrisa. Las otras eran algo mayores y hablaban menos, como mucho intercalaban algún comentario de vez en cuando y se reían ante mis respuestas, mostrando al hacerlo una profusión similar de piezas doradas en sus bocas.

Me obsequiaron una moneda de 5 Tengen, la divisa de Kazajstan que yo hasta ese momento desconocía. Era una moneda diminuta y muy ligera, de la que no pregunté su valor real. A cambio, decidí dejarles algunas monedas de cinco, diez y veinte céntimos de euro, aunque sabía que aquello despertaría aún más su curiosidad y sería otra fuente de nuevas preguntas. Las miraron con curiosidad y después se las repartieron entre ellas.

—Ya está ahí mi tren —dije al ver en el número de andén que me correspondía, mientras me echaba la mochila al hombro.

—Pero no tienes que irte todavía. El tren está ahí pero no saldrá hasta dentro de… media hora —respondió la mujer más joven girándose para ver la hora exacta de salida.

Me encogí de hombros sin saber qué decir, y me limité a despedirme con la mano intentando que el gesto pareciera lo más cariñoso posible para camuflar mi huida. Entendieron que no iba a quedarme y me devolvieron el saludo, regalándome una última colección de doradas sonrisas.

Busqué mi vagón entre la gente que ya caminaba por el andén. Estaba lejos y el tren era bastante largo. Había solo dos personas más en mi bloque de seis camas: un chico joven en la litera de enfrente y un hombre de mediana edad en la de encima de él. Ambos colocaban sus equipajes cuando yo llegué. El hombre me dio la mano pero no dijo nada más, ni siquiera su nombre. La media hora hasta que el tren arrancó paso rápida y en silencio. Solo el hombre se movió un par de veces hacia el bloque de al lado, a charlar con un amigo que venía con él y al que, extrañamente, no le habían dado una cama contigua a pesar de haber sitios libres.

Les eché un rápido vistazo mientras nos poníamos en marcha, con el deseo de que al menos fueran algo más comedidos que aquellas mujeres de la sala de espera. Normalmente solía tener buena suerte en aquello, aunque sabía que la de los trenes era una lotería compleja con muchos factores, en la que uno podía ser agraciado con un vagón limpio y bien conservado y disfrutar de un viaje de ensueño junto a compañeros agradables con los que poder conversar, o bien sufrir

varios días en una estancia caótica y sucia junto a un grupo de borrachos difíciles de controlar.

Una buena parte de esa suerte correspondía a la figura de la *provodnitsa*, encargada de un vagón que comandaba todo cuanto sucedía en él desde el momento en que el tren arrancaba hasta que alcanzaba su destino. Por alguna extraña razón, aquel era otro de esos trabajos de mujeres, y muy pocas veces uno encontraba un hombre, un *provodnik*, y de haberlo, en honor a la verdad, ha de admitirse que raramente era tan eficaz como sus colegas femeninas. Una buena *provodnitsa* podía mantener el vagón reluciente como si fuera su propio hogar, tratar con mimo a los viajeros y ofrecerles ayuda cual el mejor de los anfitriones, y al mismo tiempo mantener a raya a borrachos y alborotadores con una autoridad que despertaría la envidia del más destacado miembro de la *militsia*. Sin aquello, el vagón era un edificio sin cimientos, un grupo de viajeros sin cohesión alguna que por sí mismos no lograban hacer surgir la legendaria camaradería de los viajes en un tren ruso.

La de aquel vagón era una mujer rubia de unos cuarenta años, sonriente y con una amabilidad natural que mostraba a cada viajero mientras comprobaba su billete y le recordaba que estaba a su disposición si así lo requería. A primera vista, su trabajo resultaba impecable. El vagón era bastante nuevo y estaba cuidado, con una alfombra en el pasillo central y encima de ella un paño fino algo más estrecho. Los paquetes con la ropa de cama estaban ya colocados en la mesa, y para

las literas superiores estaba todo ya cuidadosamente preparado: los colchones cubiertos por las sábanas y las almohadas en sus fundas. Antes de abandonar nuestro grupo, colocó un mantelito sobre la mesa, un detalle que aparentemente había olvidado y que no habíamos advertido quizás por lo desacostumbrado de este. Después nos hizo una señal golpeando la mesa para indicar que ya podíamos colocar en ella nuestra comida, sonrió de nuevo y siguió su recorrido por el resto del vagón.

La escuché mientras atendía el siguiente grupo de pasajeros. Había un hombre que había entrado en el vagón bastante borracho y cuya voz yo apenas podía entender, y junto a él dos jóvenes que probablemente pronto estarían en un estado similar. El grupo lo completaba una mujer que a buen seguro preferiría otro tipo de compañía para aquel viaje. Como en una ruleta en la que la casilla ganadora es contigua a aquellas que no lo son, la suerte de estos trayectos es una cuestión de cifras afortunadas, de números de vagón y asiento que cambian el destino de un viaje, y era una suerte que por el momento parecía seguir estando de mi parte.

Crucé algunas palabras con el chico de enfrente de mí, las frases básicas sobre destino y origen. Al igual que yo, iba hasta Irkutsk después de un mes en un hospital de Barnaul recuperándose de una operación. Se tocaba en un costado y a veces levantaba con discreción la camiseta para mirar y podía verse el borde de una gasa pegada con una larga tira de

esparadrapo. Aquel parecía ser mi día de encontrarme con enfermos.

Estábamos solos, sin nadie alrededor. El otro hombre se había movido rápidamente a la búsqueda de su amigo, para compartir charla y bebida con él. La primera botella de vodka la sacaron cuando las mujeres de su alrededor aún no habían tenido el tiempo suficiente para presentarse. Entre las voces pausadas de estas se oía su conversación ruidosa, interrumpida cada vez que comían o bebían algo. Me eché a dormir cuando aún no era tarde y estaban todavía encendidas las luces.

Cuando desperté, el tren estaba parado y ya era de día. Sin nadie en la litera superior, podía dormir cuanto quisiera o, al menos, permanecer tumbado todo el tiempo que la limitada comodidad del colchón permitía, sin tener que preocuparme por dejar espacio para nadie ni ser molestado.

—Mira, mira como limpian la vía—. Mi compañero de enfrente me tocó en el brazo para que me incorporara, habiendo visto que ya estaba despierto.

Me levante y le agradecí el aviso, antes incluso de haber visto nada. La noche anterior me había contado que trabajaba como ayudante en un tren de mercancías, y probablemente aquello explicara ese interés por mostrarme los detalles como aquel, que él con seguridad conocía muy bien. Me acerqué a la ventana para que mi interés quedara claro.

Por la vía paralela circulaba muy despacio otro tren. Desde la parte delantera recogía la nieve de la vía, que era transporta-

da por una cinta a modo de escala y vertida sobre los vagones traseros. Estos eran de color marrón oscuro, del mismo tipo que los que había visto en otras ocasiones cargando carbón en largos convoyes interminables, y verlos ahora llenos de nieve reluciente era, cuando menos, curioso.

Puse mi desayuno encima de la mesa y le invité a que cogiera. Poco después nos pusimos de nuevo en marcha. Desde su litera, el otro hombre nos observaba con cara de ligera resaca, sin muchas ganas de bajar todavía y quizás esperando a que su compañero diera señales de vida.

Aprendí muchas otras curiosidades interesantes sobre los trenes rusos y sobre ciudades perdidas a donde su trabajo había llevado a aquel chico que parecía encantado de contar con detalle cada una de esas visitas. Un trabajo así en un país como Rusia podía mantenerlo a uno alejado de casa meses, de punta a punta en trenes lentos con nula prioridad en los nudos ferroviarios, cargando y descargando mercancías en lugares alejados entre sí muchos miles de kilómetros. Aunque no faltaba pasión en el relato, tampoco negaba que el mejor viaje era siempre el de regreso, la vuelta a casa después de largas temporadas fuera. Yo me imaginaba largos trayectos también muy lentos, deshaciendo poco a poco el camino, como debían ser tiempo atrás los regresos de los grandes viajeros, cruzando medio mundo a velocidades ridículas.

Le conté mi plan de viaje. Después de Irkutsk tenía intención de ir hasta Tynda, lejos al nordeste del Baikal, para desde allí comenzar el viaje de vuelta pasando por Severo-

baikalsk. En lugar del transiberiano, que discurre por el sur del Baikal, tomaría la línea del BAM, una colosal obra ferroviaria concluida tan solo en 1991, que circula por el norte atravesando zonas despobladas y ciudades fantasma, muchas de ellas creadas únicamente para justificar la cuestionable y muy elevada inversión en tal descomunal proyecto.

Me dijo que no merecía la pena, que en invierno allí hacía demasiado frío y no había nadie. Y que el BAM, tras su historia apasionante, no era muy diferente de cualquier otro tren, igual de fascinante o de aburrido, según quiera verse. Severobaikalsk era, según él, un lugar ideal para el verano, con muchos menos turistas que la parte sur del Baikal, pero en el invierno era demasiado frío como destino de viaje, incluso para los estándares siberianos. Tomé nota de cuanto decía y le di vueltas en la cabeza a mi ruta. Que alguien de Siberia diga que un lugar es demasiado frío es algo que al menos da que pensar.

A mitad del día el hombre de la litera superior bajó a unirse a nosotros. Se fue en busca de su compañero y al cabo de un rato volvió con él, quizás con la esperanza de encontrar en nosotros una compañía más animada que la de las mujeres de la noche anterior.

El compañero era un hombre delgado vestido con una camiseta vieja muchas tallas mayor que la que le correspondía, y que le daba un aspecto aún más enjuto. Tenía apariencia de ser tímido, con más ganas de escuchar que de hablar, y el cambio de lugar y de compañeros no parecía resultarle demasiado

relevante siempre que pudiera seguir disfrutando de un viaje tranquilo comiendo y bebiendo. El otro, por el contrario, liberaba toda la curiosidad tras la mañana escuchándonos, y parecía haber preparado de antemano preguntas y frases, como con la intención de sentar una base suficiente para que el resto del día fuera algo más intenso que el anterior.

Tenía un libro de poemas de Marina Tsvetaeva, con unas tapas en rústica grises y sucias. Era distinto a los tomos baratos con literatura romántica que solían leer las mujeres en los trenes, o a las novelas detectivescas de fácil lectura que eran el genero favorito de la mayoría de rusos para leer en trenes o en el metro. No parecía la clase de libro que le correspondía a juzgar por su aspecto y lo que había visto de él, pero pronto me di cuenta de que era uno de esos hombres que resultaba común encontrar en Rusia, ávidos lectores en contra de lo que su aspecto dicta a primera vista, y que además de aquello tienen un interés oculto que alcanza a libros como aquel y más allá. Hombres cuyo aprecio por la cultura es mucho mayor que el que por su apariencia puede suponerse, tipos de carácter rudo que beben botella tras botella de vodka dando gritos en un viaje en tren, pero que con unas copas de más, cuando pierden la primera capa de vergüenza, gustan de hablar de literatura, citar a sus autores favoritos o contar algún episodio histórico. Sin ninguna formación especial, son simplemente hombres que aprecian la cultura sencilla, ilustrados en ideas y saberes fundamentales, que parecen saber de memoria los libros de ciencias,

literatura, historia o geografía que uno estudia en el colegio, y son capaces de nombrar los principales escritores de una corriente, citar la fecha exacta en que estalló una guerra o enunciar algún principio químico sencillo. Con una botella sobre la mesa, adornan las conversaciones y los brindis con una cultura general sorprendente, antes de que el alcohol los convierta en pedantes individuos que gustan demasiado de oírse a sí mismos. Y cuando un extranjero comparte ocasión con ellos, las conversaciones se encauzan rápidamente sobre datos acerca de su país, sobre fechas, nombres y cifras cuyo conocimiento demuestre firmemente el saber que de él guardan.

Bastaba un poco de vodka para confirmar si aquel hombre era de aquellos, aunque incluso sin alcohol por medio ya daba buena muestra de su repertorio de datos, y parecía que la mañana, mientras nos escuchaba hablar, la había pasado recordando cuanto podía y preparando el discurso. Su compañero se levantó a por la primera botella, quizás aburrido de tanta charla sin echar un trago.

El chico joven observaba sin hablar demasiado, con una mirada de la que no supe muy bien juzgar su significado. A fin de cuentas, ilustrado o no, aquel no dejaba de ser el típico borracho de tren cuya compañía no siempre es bienvenida.

Me enseñó el libro. Era una pieza clásica de *samizdat*, las publicaciones clandestinas que durante la época soviética se hacían para distribuir las obras de autores prohibidos como Bulgakov, Pasternak o durante algún tiempo la propia Tsve-

taeva. Las paginas estaban escritas a máquina y se podía ver claramente que eran el resultado de copias sucesivas. Tenían las esquinas negras y el texto estaba poco nítido sobre un fondo sucio, picado de puntos oscuros difuminados. En la cubierta tan solo estaba escrito el nombre con unas letras muy simples, sin ningún afán estético.

—¿La conoces?

—Sí, claro.

—¿Y has leído algo de ella?

—Sí, pero solo en español.

—¡Entonces es como si no la hubieras leído!—. Extendió la mano para coger el libro.

Le miré con cara de disculpa. Me devolvió una mirada que parecía quitarle importancia a aquello, pero que al tiempo indicaba que tal vez le hubiera gustado escuchar otra respuesta.

Aquello me recordaba a otros episodios anteriores donde el orgullo lingüístico de los rusos había salido a relucir al mencionar a alguno de sus escritores. En Kazán, dos años atrás, una joven estudiante de filología con quien solo compartí algunas horas se había empeñado en que mi conocimiento de Rusia no estaba completo si no leía a Tolstoi en versión original, y me había regalado un ejemplar de *Guerra y Paz* de su propia biblioteca, anotado con profusión y con sus pasajes favoritos subrayados. Sin poder negarme a aceptar su regalo, había recorrido después de aquello media Rusia cargado con un volumen pesado que nunca llegué a leer, de

una obra que, a decir verdad, no estaba entre mis favoritas. Aquel hombre no parecía con intención de regalarme su libro, aunque no podía estar seguro de ello. Cuando se trata de literatura, la hospitalidad y generosidad de los rusos es todavía más impredecible.

Tomamos un par de vasos de vodka y algo de comida. Yo intentaba no mostrar más interés que el necesario, y de vez en cuando cambiaba a algún tema más nimio para romper el ritmo. El hombre cogía más y más confianza, y de seguir así acabaría haciéndose tan difícilmente soportable como las mujeres de la estación, con el añadido poco agradable de unas cuantas copas de más.

—Yo también conozco a algunos poetas españoles. Me gusta mucho Lorca.

Asentí con la cabeza para darle a entender que me parecía una buena elección. Recitó unos versos suyos en ruso que no entendí y no pude reconocer. Probó con otro par pero sin ningún éxito; yo no era capaz de entenderle. Me miró con una cara de frustración que parecía incluir también un punto de rechazo hacia mí por no ser capaz de identificar aquellos versos. Después decidió que la literatura había dejado de ser un tema interesante y pasó a hablar de historia.

—¿Conoces a Trotski?—. Miró hacia el chico como dándole a entender que esa pregunta no era para él, porque era obvio que debía conocerlo.

—Por supuesto.

—Lo mató un español. Ramón Mercader —dijo con un acento gracioso al pronunciar el nombre.

—Lo sé —respondí—. Con un piolet.

Puso cara de interés, dando a entender que le agradaba ver como nuestros conocimientos convergían.

El chico rechazó el siguiente vaso de vodka, y yo dije que sería mi último y que me sirviera poco. Era una forma de abandonar no solo aquel ritmo de bebida que me llevaría a Irkutsk con una resaca considerable, sino también la conversación en sí, que empezaba a resultar algo pesada y falta de toda espontaneidad. A partir de ahí la acción paso solo a ellos dos, que no hicieron sino repetir en otro contexto su velada del día anterior.

Demostrando pocas ganas de seguir con la charla y habiéndome retirado del vodka, perdí de pronto todo el interés que podía tener para aquel hombre, que cambió de inmediato su registro e inicio con su colega una celebración completamente distinta. Por mi parte, recuperé la conversación con mi joven compañero, mucho menos culta quizás, pero también menos pretenciosa, y volvimos a hablar de trenes y cosas más banales sabiendo que, aun sentados a nuestro lado, aquellos hombres no nos prestaban ya atención.

En los vagones de tercera clase, solo parcialmente compartimentados, la gente define sus espacios a medida que el viaje avanza, a veces comunicándose con alguien del bloque contiguo como si no existiera obstáculo alguno, y otras creando pequeños universos herméticos, aislados de quienes

van sentados a pocos centímetros. Dos personas en las literas superiores pueden llevar su propia conversación tumbados cara a cara frente al otro, mientras debajo, sobre la mesita, sucede algo completamente distinto, un mundo diferente que sin embargo avanza en un mismo sentido y con idéntico destino.

Ninguno de los dos hombres estaba demasiado borracho cuando apagaron las luces del vagón, y entendieron rápidamente aquella señal y no hicieron intento alguno de seguir bebiendo. En otras partes del vagón todavía quedaban algunos que se resistían a dejar de hablar y beber, pero el pasaje era escaso y el silencio era suficiente. Por la ventana solo se veían pasar las sombras de los árboles, y de vez en cuando las luces anaranjadas de alguna casa o algún apeadero en el que el tren no se detenía. Tenían un aspecto entrañable que por momentos invitaba a salir ahí afuera tanto como el más hermoso de los paisajes nevados bajo la luz del sol.

* * *

El tren entraba en Irkutsk de mañana al día siguiente, después de unos largos últimos kilómetros a velocidad muy lenta en los que recorría las afueras de la ciudad en un tiempo que se hacía interminable.

—Ve ahora al baño si quieres lavarte la cara —me había avisado el chico después de darme los buenos días—, luego está cerrado.

La zona sanitaria, el tramo en que no puede usarse el servicio cerca de las ciudades, se hacía especialmente larga si había que cruzar los suburbios a esa velocidad, así que agradecí el consejo. Desayuné algo ligero y comencé a abrigarme cuando vi que él lo hacía.

Poco antes de llegar, se interesó por mis planes en Irkutsk. Le dije que no tenía plan alguno ni sabía dónde quedarme aún, y se disculpó por no poder acogerme en su casa. Él cogería un autobús hasta Baikalsk para pasar un tiempo con sus padres, reposando tras su operación, y después volvería a Angarsk, a veinticinco kilómetros de Irkutsk, donde vivía con su mujer. Me enseñó el anillo en su mano mientras mencionaba ese detalle que no había salido antes en nuestra conversación. Le dije que no se preocupara y le agradecí la invitación de cualquier modo.

—Tengo una buena amiga aquí, te puedes quedar en su casa —dijo mientras sacaba un trozo de papel para apuntarme su teléfono.

—No te preocupes, no hace falta.

—Tranquilo, si ella estará encantada. Se llama Yulia.

Me dio el papel con el número mientras el tren se detenía en la estación y él cogía su equipaje, una bolsa de deporte negra. Al bajar, cogió el teléfono móvil y me hizo una señal para indicarme que la estaba llamando para avisarla. Según caminábamos por el anden y cruzábamos el edificio de la estación, escuché la voz femenina al otro lado, intentando

entender lo que decía o al menos interpretar el tono para confirmar que efectivamente a ella le parecía una buena idea.

—Coge la *marshrutka* 16 y te bajas en la parada Barguzin. Desde allí la llamas y te irá a buscar—. Señaló hacia un caos de pequeñas furgonetas desde donde supuestamente yo debía partir.

—Gracias —le dije, y me dio la mano para despedirse. Parecía impaciente, con ganas de asegurarse de que yo tenía un buen lugar donde quedarme esa noche, pero también de hacerlo rápido y poder seguir su camino a casa. De poder terminar esa parte del viaje que más le gustaba.

—Buen viaje —le grité cuando ya se había alejado un poco.

Se giró y no dijo nada, mirándome como si quisiera decirme que aquella no era la frase adecuada para el momento porque su viaje ya había en realidad terminado.

Yo me monté en la *marshrutka* 16 y continué con el mío.

6

Yo me quedaré contigo
mi tierra amada.
No necesito sol extraño,
extraña tierra no quiero.
—Mijail Isakovski

¿Por qué amo la patria?
¿Por el rumor de sus robles?
¿O porque en ella veo
rasgos de mi propio destino?
—Ilia Selvinski

La última vez que había estado en Oljón había sido un par de años antes, en el verano, cuando la isla, situada al suroeste del Baikal, es relativamente popular, especialmente entre los turistas siberianos. Arrancando como ahora desde Irkutsk, había cogido un autobús hasta las afueras y desde allí había hecho autostop hasta la misma Oljón a lo largo de un día completo.

El primer coche que se detuvo me llevó a unos cuarenta kilómetros de la ciudad. El conductor era un hombre con rasgos de la etnia local, los buriatos, con aspecto oriental y

pómulos grandes. Se detuvo de camino en dos apartados donde unos *totems* de madera tallada y repletos de cintas anudadas indicaban un enclave ritual. Respetando las tradiciones buriatas, arrojó algunos *kopeks* y un par de cigarrillos, y después se sirvió un vaso de vodka y arrojó algunas gotas también a los pies de la figura, repitiéndome que aquello era parte del rito chamán que todo buen buriato debe cumplir. Lo que no me explicó fue por qué para los espíritus bastaban tres gotas y para él sin embargo correspondían los clásicos cincuenta gramos, una cantidad vulgarmente terrenal que a buen seguro no formaba parte de ningún rito. Salvo que la pasión ancestral de los rusos por el alcohol pueda considerarse como alguna especie de ritual pagano.

El chamanismo tiene una curiosa presencia en buena parte de Siberia, donde se mezcla el interés etnográfico de las creencias más arraigadas con la más vulgar de las interpretaciones actuales. Viejos chamanes que han sobrevivido a una larga historia de persecución y miedo y heredan tradiciones ancestrales coexisten con curanderos que aprovechan el resurgir de unas costumbres, y que no distan mucho de sus equivalentes occidentales de tarot y farándula televisiva. Y el pueblo llano, como aquel hombre, aprecia esa parte de su cultura pero solo hasta el punto en que le resulta de utilidad inmediata, sin preocuparse generalmente por el significado o la procedencia de los ritos.

El hombre arrojó la botella ya vacía al campo y volvimos a entrar en el coche. Había bebido demasiado y yo esperaba

que me dejase pronto en algún lugar habitado y no tener que seguir con él, pero no me hizo falta decirle nada. Intentó convencerme de que le invitara a otra y que así me llevaría algunos kilómetros más. Le dije que no y me dejó poco más allá del segundo punto de ofrenda, donde intenté encontrar otro vehículo, a ser posible con un conductor con menos delirios místicos pero más respeto por las normas de tráfico.

Un hombre mayor paró y se ofreció a llevarme, pero dijo que pararía en un café a unos cincuenta kilómetros, donde iba a entregar unas cajas a la dueña, y después volvería hacia Irkutsk. Acepté su oferta y al llegar aproveché para comer algo en el café, que era el único edificio en al menos un par de kilómetros a la redonda. A la mujer que lo regentaba le hizo gracia la historia que el hombre le contó acerca de mí, y mientras me servía lo que había pedido me hizo algunas preguntas curiosas.

El conductor había emprendido ya su regreso a Irkutsk cuando acabé mi comida, y yo era el único cliente del lugar. Recogí mis cosas y salí a continuar el viaje. La carretera era mala y los coches no iban muy rápido, pero pasaban pocos y ninguno se detenía. Ni aquel café ni yo parecíamos tener éxito en medio de aquella ruta perdida.

Un autobús se detuvo y el conductor bajó a comprar algo. Me acerqué a él para preguntarle, pero me dijo que no podía llevarme. Llevaba niños y la ley le prohibía montar a cualquier otro adulto que no fuera la profesora. Señaló hacia el interior, desde donde una chica de unos treinta años nos

miraba, intuyendo seguramente nuestra conversación pero con un gesto que no decía nada. Los niños se pegaban a la ventana, peleándose por un espacio para poder curiosear.

Salió del café apenas dos minutos después llevando consigo algunas chocolatinas y un helado. Intentó arrancar el autobús, pero el motor se resistía y solo lanzaba un ruido ahogado. Me alejé unos metros para poder ver mejor los coches que venían, mientras oía el ruido sordo del encendido una y otra vez, intento tras intento.

Debieron pasar unos veinte minutos hasta que el hombre, con una tenacidad inquebrantable, consiguió poner en marcha el autobús. Entonces avanzó unos metros hasta donde yo estaba, accionó una rudimentaria palanca que empujaba la única puerta del vehículo hasta abrirla, y me hizo un gesto para que subiera. Dentro, la joven profesora sonreía divertida mientras trataba de contener la histeria de los pequeños, que parecían emocionados de tener un extraño como compañero de viaje.

El conductor era un hombre seco, de pocas palabras y muy atento a la carretera, y la profesora era extremadamente tímida, como acongojada ante mí, así que no tenía muchas oportunidades de hablar con nadie e hice el viaje casi en silencio, mirando el paisaje. Los niños, aunque sin quitarme ojo, tampoco parecían muy interesados en conversar, y se limitaban a alguna pregunta suelta a la que seguían unos cuantos minutos de risas y comentario en voz baja, con independencia de cual hubiera sido mi respuesta. Hablaban en la

lengua buriata, y tan solo cuando se dirigían a mí hablaban en ruso.

Me dejaron en el último pueblo desde donde coger el ferry para cruzar a la isla, y tomaron una de sus calles hasta un complejo de casas donde los niños iban a pasar algunos días a la orilla del Baikal. Me despedí de la chiquillada saludando y sonriéndoles desde la calle, y ellos se agolparon tras el cristal para devolverme el saludo. La chica hizo un gesto tímido y sonrió muy levemente. Después, intentó poner algo de orden entre los pequeños y no volvió a mirarme.

El ferry me dejaría en el extremo sur de Oljón tras cruzar apenas un kilómetro, pero allí no había nada, y el pueblo más cercano estaba a muchos kilómetros, así que tenía que cruzar con alguien que después me llevara por la isla. Fui preguntando entre la poca gente que esperaba la salida del ferry hasta que al fin una pareja mayor se ofreció a llevarme.

—Puedes venir con nosotros, aunque no es muy cómodo —dijo el hombre mientras abría la puerta de atrás de su viejo coche.

Habían quitado los asientos traseros para tener un maletero más espacioso, y lo único que quedaba ahora eran algunas piezas sueltas y una bolsa de plástico. Puse mi mochila a modo de asiento y me senté en ella para probar. No era muy cómodo, pero tampoco serían muchos kilómetros.

—Está bien —dije mientras ellos se reían.

—No vamos hasta Juzhir. Nos quedaremos antes, en Yalga. Si quieres puedes quedarte con nosotros —dijo la mujer.

Juzhir era el pueblo más importante de la isla y el que concentraba la modesta infraestructura turística del lugar. La mujer suponía correctamente que aquel sería mi destino, pero quedarme en una aldea de la que no había oído hablar, también a la orilla del Baikal, parecía una opción aún más atractiva, así que acepté su oferta. Pasé dos días dando paseos por la orilla del lago, bañándome en sus aguas y regresando después a la compañía de aquella pareja que, aun aparentemente encantados de tenerme allí, hablaban poco y tenían más interés en escuchar mis historias.

El hombre trabajaba en un cobertizo junto a la casa y a ratos en una huerta por la que había que cruzar para llegar a un cubículo que constituía el retrete de la vivienda. La mujer salía por el pueblo a veces, y el resto del tiempo lo pasaba en la casa, y cuando yo llegaba su única misión parecía ser alimentarme con todo lo que había cocinado.

La aldea debía tener menos de cien habitantes, aunque no conocí a nadie más en ese tiempo. Cuando quise comprar algo de comida y bebida, la mujer llamó a una vecina que me abrió su tienda un par de casas más allá, en una cabaña vieja con una puerta metálica y un enorme candado en la que no había cartel alguno y solo se vendían los productos más básicos. Después de aquellos días, un vecino me acercó hasta Juzhir a cambio de algunos rublos, y allí continué mi viaje por la isla.

Ahora, en mitad del invierno, mi visita a Oljón era bien distinta. La idea de hacer autostop con aquellas temperatu-

ras resultaba menos seductora, y había cambiado el autobús escolar por una furgoneta que salía solo tres días a la semana. En lugar de con niños, viajaba con un grupo pequeño principalmente de mujeres, a las cuales no parecía resultarles tan apasionante mi presencia.

En apenas cuatro horas llegamos hasta el último pueblo, desde donde ya se veía la isla y el principio de un lago helado que se prolongaba en la distancia. En lugar de hacia el embarcadero desde donde salía el ferry, el conductor se desvió y bajó hasta la orilla por una calle estrecha. Aparcó y paró el motor. La gente empezó a bajarse con sus equipajes, y yo seguí su ejemplo aunque no sabía muy bien el porqué de aquello. Hacía frío y el viento soplaba muy fuerte. Al cabo de unos minutos empezaron a regresar al calor del interior, dejando sus cosas fuera tiradas sobre la nieve. Supuestamente, esperábamos la llegada de otra furgoneta que haría la segunda parte del trayecto, desde allí hasta Juzhir. Yo seguía sin entender mucho.

De pie junto a la furgoneta, el lago me parecía una frontera difícil de transgredir, como si estar allí parado no obedeciera a la logística de la ruta sino a una necesidad distinta que tal vez no podía entenderse en esos términos. El viento se había llevado la mayor parte de la nieve, y el lago era una superficie de hielo desnudo de color grisáceo que por instantes parecía llamar hacia sí y en otros era más un límite ante el que detenerse y reflexionar. Una de las mujeres se acercó a él y dio algunos pasos por encima, lentos, cruzando mucho los

pies y caminando cabizbaja, mientras el resto solo miraba sin intención de hacer nada similar para pasar el tiempo. Las pequeñas manchas de nieve que quedaban se deshacían con el viento y volvían a formarse algo más allá, posándose tras hacer una pequeña espiral para escapar de nuevo un instante después con la siguiente ráfaga.

El conductor era un tipo curtido, joven, de nombre Andrei, que permaneció fuera pese al frío, dando vueltas alrededor del coche. Me quedé con él y le pregunté la razón de aquella peculiar escala.

—En teoría, la carretera sobre el hielo no está todavía abierta oficialmente y no podemos circular por ella. Así que tenemos que llevaros hasta el barco—, señaló con la barbilla hacia donde estaba el embarcadero, que no podía verse desde allí—, cruzáis andando por el hielo y en el otro lado os recoge otro coche—. Hizo una pequeña pausa—. Pero no está la policía por aquí, así que os recogerán directamente aquí.

Esbozó una sonrisa de complicidad y esperó un poco antes de continuar, mirándome como esperando alguna reacción por mi parte. Yo me limité a seguir escuchando.

—Tranquilo, que no es peligroso. El hielo es ya grueso.

Parecía un tipo responsable y aquella historia no me intranquilizó, aunque no dejaba de resultarme curiosa. Era, de cualquier modo, un ejemplo típico del modo ruso de hacer las cosas, incluso diría que predecible si uno conocía cómo funcionaban allí este tipo de asuntos.

La segunda furgoneta tardaba en llegar, así que aprovechó para contarme algunas aventuras al hilo de aquello. Pese a que él parecía poco dado a hacer locuras, no me cabía duda de que no sería difícil encontrar a muchos otros con mucho menos sentido de la responsabilidad —o simplemente más copas de vodka en el cuerpo— que en aquel contexto se la jugaban más de lo debido poniendo a prueba la solidez del hielo incluso cuando la razón recomienda no hacerlo.

Cada año, unos cuantos vehículos se van al fondo del Baikal, a veces dando un poco recomendable chapuzón a sus ocupantes, y en ocasiones, desgraciadamente, con trágicos resultados. A principios del invierno o finales de la primavera, los coches cruzan el lago lo más rápido posible, escapando a menudo de un hielo que se va resquebrajando a su paso, e incluso llevando las puertas abiertas ligeramente, para poder salir rápido si fuera necesario. Es la forma siberiana de liberar adrenalina.

Andrei tenía un amigo que había perdido así ya dos vehículos, uno de ellos en una excursión demasiado temprana con unos turistas alemanes que se habían librado por los pelos de un remojón helado. Él no parecía compartir sus métodos, pero le quitaba hierro al asunto cuando lo contaba. «Gajes del oficio», parecía querer decir, aunque sabía mejor que yo que eran más bien gajes de la propia forma de ser rusa.

Años atrás, cuando el capitán Cousteau visitó el Baikal para rodar uno de sus documentales, los lugareños le indicaron los sitios donde se habían hundido algunos de sus viejos

Ladas y pesadas furgonetas. Para deleite de los locales, las imágenes de la expedición revelaron después los esqueletos oxidados de aquellos formando ya parte del ecosistema, como los cascos de galeones hundidos en mitad del océano entre los que nadan tranquilos los peces.

Probablemente, la expedición de Cousteau no encontrara en el fondo del mar restos tan conspicuos de épocas anteriores, pero muchos años antes de que los primeros coches comenzaran a circular sobre sus aguas heladas, las *troikas* que entonces se empleaban para cruzar el lago en el invierno se hundían también a menudo debido a la irresponsabilidad de sus conductores, al igual que lo hacen los vehículos de hoy en día y con consecuencias igual de funestas.

El viento comenzó a soplar más fuerte. Me tapé la cara y me giré para que el viento me diera en la espalda. Él hizo lo mismo, y acabamos los dos hablando de lado, sin mirarnos, oteando a lo lejos por si aparecía la otra furgoneta mientras el aire que soplaba hacia el lago nos golpeaba por detrás y pasaba entre nosotros ululando.

Me parecía imposible sobrevivir después de haber caído al agua en esas condiciones. Si uno caía al final de la primavera, las temperaturas eran más benignas, apenas unos grados bajo cero, y las posibilidades de un final feliz eran mayores. Pero si sucedía en el invierno uno podía encontrar al salir del agua treinta grados bajo cero y un viento helado, como ahora, y en cuestión de instantes la ropa se congelaba y se adhería a la piel.

—Cuando eso pasa, lo primero que hay que hacer es echar vodka por encima, para que el hielo se derrita y poder quitarse la ropa—. Hablaba en tono serio, aunque poco después se echó a reír y me miró como esperando que yo hiciera lo mismo. Como si quisiera decir que algo así solo podía suceder allí, en mitad de Rusia.

Desde el horizonte, la furgoneta se acercaba flotando sobre el hielo. Aparcó al lado de la nuestra y Andrei y el otro conductor se subieron al techo para intercambiar los equipajes más grandes que iban en las bacas. Después, cada una volvió por donde había venido, llevando los pasajeros y equipajes de la otra.

La ruta hacía muchos kilómetros por el hielo en lugar de cruzar el breve estrecho que atravesaba el ferry en el verano, y solo se incorporaba a la isla una media hora después, habiendo dejado atrás una buena parte de la pista de tierra que la atraviesa, mucho menos cómoda y rápida que la carretera perfectamente lisa sobre el lago. Poco después pasamos Yalga. Desde lejos se veía como una aldea helada, completamente recogida en sí misma. No mucho más tarde, el trayecto terminaba en Juzhir.

El viento no era tan fuerte como atrás en la orilla y había gente caminando por las amplias calles de tierra. Había poca nieve, a lo sumo un palmo, y las calles estaban peladas igual que las laderas que podían verse a lo lejos, donde el blanco convivía con el color ocre de las hierbas. Las cabañas de madera no tenían nieve en sus tejados, pero seguían echando

humo y reflejaban la realidad del invierno, con sus ventanas dobles de vidrios finos que cerraban mal y sus agujas de hielo colgando por encima de ellas, o con el entrar y salir de hombres mayores muy abrigados que se perdían tras viejas verjas de madera con enormes bisagras.

Alquilé una habitación en una de aquellas cabañas por doscientos rublos la noche a una mujer que parecía no esperar huéspedes aquel día. Su marido me saludó a la entrada pero no dijo nada. Me observó un instante como para dar el visto bueno y después dejó que ella ejerciera el papel de anfitriona. No parecía interesarle demasiado aquel negocio.

La casa no tenía ducha, pero fuera había un grifo y una pila donde poder lavarse, y si lo pedía con antelación y añadía algunos rublos de más podían prepararme la *banya*. Con aquella temperatura, la pila podía usarse para poco más que lavarse los dientes, e incluso aquello resultaba duro, así que preferí la opción de la *banya*. Le dije a la mujer que no necesitaba nada ahora, pero que mañana la utilizaría, a ser posible por la tarde. Dijo que estaría preparado a las seis y me pareció una buena hora. Después me señaló al otro lado de la pequeña finca la caseta donde estaba la letrina.

—Úsala rápido si no quieres congelarte —dijo riéndose.

Le devolví una sonrisa entre dientes a la que ella ni prestó atención mientras desaparecía dentro de la casa después de haberme explicado todo lo que consideraba necesario.

Salí a pasear un poco y me acerqué hasta la orilla a dar algunos pasos sobre el Baikal. Quedaba ya poca luz, pero el

día era claro y se podían apreciar bien los relieves de la nieve, las huellas de los coches que la atravesaban o el contraste con los salientes rocosos. Al contrario que en el tramo que habíamos recorrido al venir, aquí había nieve sobre el hielo, salvo en algunas pequeñas manchas donde se veía el hielo desnudo, que a esa hora tenía un brillo húmedo con las últimas luces. En los primeros metros, el relieve era irregular, con grandes trozos de hielo acumulados en montones, como montañas de escombros cristalinos con mucho menos atractivo que el resto, perfectamente regular. La gran placa del hielo que cubría el lago chocaba con las orillas y rompía en olas de cascotes congelados, helándose de nuevo y creando un relieve brusco por el que era incómodo caminar. Pasada esa distancia, aparecía de nuevo una llanura perfecta, lisa, a la que solo las formas que el viento podía haber dibujado en la nieve daban algo de variedad.

Rodeé el cabo Burján, un minúsculo saliente rocoso que entraba en el hielo y culminaba en la estilizada Roca Chamán, el enclave más fotogénico de la isla y considerada como una de las fuentes de energía en la tradición chamanista. Aunque los misticismos de cualquier tipo no suelen despertarme simpatías, viéndola ahora a la luz del atardecer no era difícil entender por qué los viejos chamanes habían escogido este lugar para asociarle sus leyendas y atribuirle poderes sobrenaturales. Al fin y al cabo, incluso el más iluminado de los místicos no dejaba de ser humano y, por tanto, susceptible de ser afectado por una belleza como aquella.

No muy lejos de la orilla había una zona sin nieve. El fondo debía estar a unos dos metros de profundidad, pero incluso en aquellas horas de poca luz podían verse con claridad los cantos redondeados, a través de un hielo transparente como el cristal. La sensación de caminar por encima de él era extraña y algo irreal. Mirando con detalle se apreciaban las burbujas de aire atrapadas, que a veces formaban hileras caprichosas, o las filigranas de nieve que habían quedado también encerradas y formaban dibujos en laminas delgadas, con varias de ellas en distintos niveles. Había fracturas en el hielo de todo tipo, cortas y largas, rectas y sinuosas, que permitían ver el grosor y estimar dónde empezaría el agua bajo el firme que uno pisaba.

Volví a la casa cuando aún la noche no se había cerrado, y le pregunté a la mujer si podía utilizar su cocina para prepararme algo de cena. Me mostró una cocina vieja en la que en aquel momento había dos ollas sobre el fuego, y me invitó a que en lugar de preparar nada cenase lo que ella estaba cocinando. Decidí aceptar su invitación y devolverle el favor con algo de compañía, y me senté junto a ella a charlar mientras se hacía la comida.

Los guisos eran simples pero sabrosos, y la mujer se limitó a servirme una ración generosa sin esperar demasiados cumplidos por mi parte. A decir verdad, el sabor era bueno, pero las recetas resultaban aburridamente predecibles después del tiempo que llevaba viajando, y quizás ella sabía que no cabía esperar mucha sorpresa con ese menú.

Aunque cada región de Rusia tiene sus propios platos y costumbres a la hora de sentarse a la mesa, el arraigo de estos en la práctica diaria es limitado, y una gran parte de la dieta del ruso medio es idéntica de uno a otro extremo del país. La comida es otra de esas constantes que varían poco o nada a medida que uno viaja, resultado de años de homogeneización soviética y carencias, que han acabado con la mayor parte de los deseos de experimentar a los pucheros que las amas de casa rusas podían albergar. Me habló sobre aquello pero sin mostrar queja; era simplemente la realidad que le había tocado vivir, vista a la luz de esos fogones que no parecían despertarle especial emoción ni desagradarle.

Cortó algunas rebanadas de pan negro y fiambre y me acercó un platillo con ello. Le dije que no hacía falta pero me ignoró. Después cogió mi plato y me sirvió otra ración sin preguntarme siquiera si tenía más hambre. También en eso era predecible. Y al igual que la comida, dulcemente hogareña.

* * *

La mujer y su marido dormían desde hacia tiempo. Me habían dejado la llave de la entrada para poder entrar hasta mi habitación en cualquier momento, y probablemente no esperaban que fuera a salir una vez que ellos se acostasen. Pero yo no tenía sueño y, aunque se había hecho de noche hacía tiempo, todavía era pronto. Recorrí las calles desiertas de un Juzhir iluminado débilmente por algunas bombillas

anaranjadas cuya luz moría pocos metros más allá y conformaban un tapiz de manchas de luz sin esplendor y llenas de congoja. Cuando llegué al extremo del pueblo, ante mí solo quedaba oscuridad, pero seguí avanzando a tientas en dirección a la orilla.

Bajé hasta el lago y caminé muy despacio por la primera zona del hielo. Era una noche muy oscura y no se veía mucho aparte del contorno difuso de la Roca Chamán. Noté la superficie nevada y lisa bajo mis pies. Sobre ella era más sencillo caminar aunque no hubiera luz. El crujir de la nieve era seco y se prolongaba con cada paso, perdiéndose en una inmensidad sin ecos ni audiencia.

Era mejor no alejarse demasiado, así que simplemente me quedé allí, a pocos metros de la orilla, forzando a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad e intentando distinguir cada vez más allá sobre una nieve que ahora ya no refulgía, sino que se apagaba en un horizonte negro.

Me gustaba visitar las ciudades por la noche para comprobar que eran distintas, con otra vida y otras gentes, y en algunos casos encontraba realidades completamente opuestas, como si al irse el sol hubiera viajado a un lugar diferente. Allí descubrí que también los lugares como aquel cambiaban al caer el sol, y aunque el silencio y la calma eran iguales y no existía un paisaje al que mirar, la sensación era intensa.

Repetí paseos como aquel casi todas las noches que estuve allí, saliendo a disfrutar perdiendo la vista hacia la nada del lago en una negra ceguera que, paradójicamente, era distinta

en cada ocasión. No sé si la mujer y su marido se dieron cuenta de ello, pero no dijeron nunca nada.

Meses después de aquellos días, salí una noche a correr por el campo cerca de mi casa. Había suficiente luz para no tropezar por los caminos que serpenteaban por una dehesa próxima, pero se podían distinguir en el cielo una infinidad de estrellas, incluso en el horizonte, revoloteando alrededor del perfil ambiguo de las montañas. Reparé entonces en que nunca durante esas noches en el Baikal había levantado la vista más allá de la nieve, que lo más que había buscado era el final del hielo cuando se encontrara con la orilla. Que nunca había mirado las estrellas que a buen seguro poblaban el cielo bajo el que di aquellos paseos.

Fijé la vista en una zona donde había un par de estrellas más brillantes a lo lejos. Pensé que aquella distancia no me parecía mayor que la que creí tener ante mí mientras miraba hacía el vacío negro del Baikal, que resultaba ser un oscuro universo por sí mismo. Tal vez fuera por ello que no había necesitado entonces contemplar aquel cielo ante el que las aguas heladas del lago no desmerecían en cuanto a enormidad y espacio.

En el silencio de la noche, mientras escuchaba tan solo el sonido de mis pasos sobre la tierra, eché de menos el crepitar de la nieve helada bajo mis pies.

* * *

En algunas pequeñas galerías de Moscú, estuvo expuesto durante cierto tiempo un cuadro de María Dorojina, una pintora de la ciudad que había logrado con él un premio para jóvenes artistas. El cuadro representaba un viejo barco oxidado, amarrado en la orilla frente a unas aguas calmas en las que se reflejaba la luz rojiza del atardecer. A su lado, un caos de embarcaciones pequeñas llenaba un espacio de colores encendidos junto a las aguas azuladas.

Yo conocía bien aquel cuadro y aquella escena. Había conocido a Masha en un viaje anterior y con ella había compartido aquel atardecer que más tarde ella recogería no solo en aquella pintura sino en muchas otras. Fue en el puerto de Juzhir, un modesto embarcadero en el extremo del pueblo al que se accede pasando por los edificios de madera oscura y vieja de la fabrica local de conservas. El lugar era poco más que un muelle prácticamente derruido donde se agolpaban una decena de barcos, muchos de ellos aún más decrépitos que el propio muelle y que hacía tiempo que no salían a navegar. A pocos metros, en la orilla, reposaba el casco negro y oxidado de un barco más grande, el mismo que protagonizaba aquel cuadro, y que recogía como ningún otro ese extraño encanto de ciertos elementos abandonados, condenados a seguir ahí por mucho tiempo sin que nadie tenga intención de retirarlos.

Marcada por ese viaje, después de él Masha había dedicado gran parte de su obra a las escenas náuticas, a retratos sencillos de pequeños puertos en los que unos pocos barcos

y personas se combinaban con aguas interminables y agrestes relieves como los que allí en Oljón podían encontrarse. En los días que pasé en su casa de Moscú antes de comenzar mi viaje hacia Siberia, me enseñó su colección de pinturas recientes, y en la mayoría de ellas no me era difícil reconocer los lugares que entonces habíamos contemplado o al menos adivinar de dónde venía la inspiración que los había creado. Me hizo prometerle que haría fotografías de todo aquello en el invierno y que me reservaría un par de días antes de volver a casa para enseñárselas y contarle los detalles del viaje. Aquello ya entraba dentro de mis planes sin necesidad de que lo pidiera, y probablemente ella lo sabía.

El puerto era efectivamente muy distinto en el invierno, suficiente como para justificar nuevas fotografías y cuadros que representarían un mundo diferente aun ocupando un idéntico espacio. Me acerqué hasta allí a primera hora de la mañana, con una luz bien distinta a la de entonces. Los barcos estaban colocados tal y como los recordaba, y pensé que quizás no se habían movido desde entonces. Ahora estaban bloqueados por una firme capa de hielo, pero aun así había gente en ellos, entrando y saliendo y operando sobre las minúsculas cubiertas. Quizás solo se usaban ya para guardar cosas, y sus días lejos de tierra firme hubieran terminado hacía tiempo.

Las tablas del muelle crujían al pasar sobre ellas, y la nieve que las cubría no tenía huellas. A los barcos se llegaba más cómodamente por el propio hielo, sin el riesgo de tropezar

en alguno de los muchos espacios entre las tablas, por los que se precipitaba la nieve al pisar cerca. El hielo cubría por completo una barrera también de madera hecha con troncos y grandes tablones, así como algunos barcos más pequeños en los que una cortina helada se derramaba desde las cubiertas.

En el lateral del gran barco colgaban algunas agujas de hielo. Paseé por la orilla y escarbé con el pie en el suelo para descubrir la estrecha playa de guijarros. Ahora no resultaba tan agradable sentarse en ella a observar sin más, y preferí seguir caminando, alejándome de la colección de barcos desordenados, amarrados en un mar helado que no los hacía oscilar con ese vaivén que les da vida.

Algo más adelante, volví a pasear sobre el hielo, apartándome perpendicularmente de la orilla hacia el interior de la llanura. Oljón esta situada cerca de la orilla oeste del Baikal, y la franja del lago que queda hasta esa orilla, conocida como *Maloe More* —en ruso, Pequeño Mar—, es de unos 15 kilómetros a la altura de Juzhir, lejos de los 70 kilómetros de ancho total en ese punto. 15 kilómetros no son suficientes para perder de vista la otra orilla, y en un día claro como aquel se apreciaba perfectamente el relieve a lo lejos, que de hecho aparentaba estar más cerca y daba una falsa sensación de proximidad.

Caminé una hora hacia el centro y después me senté sobre la nieve. En ese punto, si uno mira hacia el norte tiene ante sí cientos de kilómetros de un blanco perfecto que no parecen tener fin, y las orillas no se aprecian ni por el rabillo

del ojo. Hasta ese punto, se van atravesando las marcas de las carreteras sobre el hielo y las huellas de otros coches rebeldes que se han aventurado fuera de ellas. A medida que se coge distancia, cada vez hay menos señales, y solo las formas naturales de la nieve adornan el suelo que uno pisa. Puede verse la dirección del viento en los rizos que deja, grupos de unas pocas ondas que arrugan la nieve, y que lejos de las orillas, donde sopla con más fuerza, aparecen salpicando el paisaje. De vez en cuando una protuberancia en el hielo asoma, coronada por un poco de nieve pero con paredes de hielo cristalino que brillan y pueden apreciarse desde lejos.

De pronto el hielo retumbó como un tambor enorme, como si algo hubiera explotado por debajo de él. Era un sonido grave, redondo, difícil de localizar en el enorme espacio a mi alrededor. Un minuto después hubo una replica algo más débil, y algo más tarde otra más seca y violenta. Por debajo de la capa de nieve, una de aquellas grietas de formas caprichosas acababa de aparecer en el hielo emitiendo su primer y ultimo llanto.

Miré hacia atrás, hacia el puerto. Después de una hora caminando debía estar a unos tres o cuatro kilómetros. Mi huella era la única que veía, y se perdía a lo lejos sin cruzarse con otras. Volví a mirar hacia el norte, hacia el fondo blanco sobre el que ya brillaba la luz de la mañana. La sensación era la de haber navegado mar adentro y después haber sido arrojado por la borda, abandonado en mitad de un océano en cuyas aguas, sin embargo, no me hundía. Como un náufrago

perdido en una isla que ocupaba no más el espacio bajo mis pies.

Regresé desde ese punto hasta Juzhir en línea recta, abriendo un nuevo camino y viendo cómo no muy lejos de mí algunos coches pasaban hacia el sur por la pista más cercana a la orilla.

En Juzhir las calles estaban vivas, aún más activas y con gente que aprovechaba un día relativamente agradable para llevar a cabo sus quehaceres cotidianos. Enfundados en abrigos que los cubrían casi por completo, los niños corrían en grupos, deslizándose algunos metros de vez en cuando sobre la nieve que cubría las calles. Aun acostumbrados a vivir la mitad del año rodeados de blanco, jugaban con ella con el mismo entusiasmo que si fuera la primera vez que la veían o resultara algo extraordinario, como lo haría un niño de Madrid en uno de esos raros días en que nieva y hay que apresurarse a recolectar la nieve que se acumula sobre los coches antes de que se derrita. Uno de ellos llevaba un patín corto en un pie con el que avanzaba en equilibrio por la ligera pendiente de la calle principal. Algo más allá, con un disco de plástico con un asa, dos niños se tiraban por un tobogán que terminaba en una franja de hielo pulido por la que escurrían hasta detenerse, para volver de nuevo a repetir el ciclo.

En lugares pequeños como aquel, donde la vida se compone de sus elementos más básicos, el mundo de los niños es maravilloso. Si uno no ha de preocuparse por subsistir

y no percibe la dureza de habitar un lugar así, sitios como aquel ofrecen un vivir lo más sencillo posible, fundamental, cuya belleza a buen seguro ha de dejar huella. A otra edad, aun si uno los vive y habita ocioso y despreocupado, no se percibe el verdadero valor de esa simpleza y de la lección que dicta. Esta, como un idioma, ha de aprenderse de niño para sentirse completa.

Abandoné de golpe la idílica vida aldeana de aquellos niños cuando regresé esa tarde a casa y recordé que, a otras edades y sin esa mirada inocente, la realidad de un pueblo en mitad de Siberia es bien distinta. La mujer no estaba, pero encontré al hombre sentado a la mesa en la cocina, comiendo algo de fiambre y con una botella poco llena que no tenía etiqueta alguna. Supuse que era vodka. Me saludó con la cabeza sin hablar, pero no pareció que mi presencia le interesara mucho. Se levantó y cogió otro vaso, y lo llenó hasta casi el borde. Señaló la silla enfrente suyo y puso allí el vaso. Era una invitación tan directa que no podía negarme, aunque no tenía muchas ganas de sentarme a hablar con él ni tampoco de beber.

Bebió el vaso de un trago con un gesto como de resignación, y después me miró esperando a que yo hiciera lo mismo. Seguí su ejemplo para no defraudarle, y bebí de golpe todo el vaso. Quemaba y tenía un regusto desagradable. Me había confundido: aquello no era vodka, sino un *samogón* casero que probablemente él mismo había preparado. Me acercó el pan y el fiambre para que comiera algo y pudiera quitarme

el sabor de la boca, intuyendo a buen seguro por mi gesto que necesitaba algo así

—¿Lo ha hecho usted? —pregunté.

Asintió con la cabeza sin mostrar ningún orgullo, ni tan siquiera diversión por el hecho de que apenas un vaso de su brebaje hubiera sido capaz de dejarme casi fuera de combate y a punto de vomitar. En su lugar, rellenó su vaso y el mío antes de que me diera tiempo a decirle que no, y apartó la botella acabada a un lado de la mesa. La tradición rusa dice que una botella vacía debe dejarse en el suelo, nunca sobre la mesa, pero esa parecía una costumbre que no resultaba tan necesario respetar si uno bebía a solas, cuando supersticiones como aquella tenían menos importancia.

Bebí el segundo vaso creyendo que sería el último, pero sacó una nueva botella y hubo una tercera ronda. Estaba empezando a sentirme algo mareado, así que cogí algo más de pan y puse una loncha gruesa de fiambre encima, aunque no conseguí apenas quitarme aquel sabor de la boca. Él comió algo después de mí, sin prisa, con la vista perdida y en silencio. Dejé el vaso apoyado boca abajo en la mesa. Él entendió el gesto y en la siguiente ronda llenó solo el suyo y no me miró, como si yo ya estuviera fuera de allí.

Esperé un poco más y después me retiré a mi habitación dándole las buenas noches. Él siguió con la mirada ausente, y su saludo fue tan imperceptible que dudé que realmente me hubiera oído o incluso se hubiera percatado de que me había ido. Poco después escuché la voz de la mujer hablando con

él. Me quedé dormido mientras ellos seguían conversando. Aquella noche no hubo paseo por el hielo.

* * *

—¿Qué plan tiene para hoy? —me preguntaba la mujer cada mañana sin dejar de tratarme de usted.

—Pasear por el hielo —le respondía yo encogiéndome de hombros, y ella se reía, divertida al escuchar cada mañana la misma respuesta.

Solía pasar el día improvisando rutas sobre el lago y después regresaba por la tarde y descansaba en compañía de ella y su marido, resumiéndoles en poco más de un par de frases mi jornada, sin tener mucho más que contar. Seguía encontrándola en la cocina, pero no hablábamos mucho. Los detalles culinarios dejaron de ser parte de la conversación. Un día le propuse preparar una sencilla tortilla de patatas. Aceptó y me dejó hacer mirando de vez en cuando, pero se limitó a comerla y agradecerme el esfuerzo, sin interés alguno por saber más. Él, por su parte, me servía algún vaso de vez en cuando y yo le acompañaba, pero no esperaba de mí que siguiese su ritmo. Visiblemente acostumbrado a beber sin necesitar excusas o compañía alguna, se servía sus tragos sin contar conmigo, agradeciendo aun así que yo me uniera a él, con el gesto de quien gusta de compartir en ocasiones sus pequeños placeres.

En mis paseos durante el día descubrí que las orillas guardaban un atractivo distinto a la vasta extensión de hielo del

Baikal en sí, y que si uno las recorría encontraba cascadas de hielo, grutas y extrañas formas que resultaba difícil imaginar cómo se habían formado. En algunos lugares, la orilla comenzaba con un abrupto escalón de hielo, como el frente de un glaciar inmóvil. En otros, ese escalón flotaba medio metro por encima del nivel del lago, dejando un zócalo vacío que daba la sensación de que, tras congelarse, la superficie del lago había descendido de pronto. Las grutas y techos estaban cubiertos de agujas blancas, a veces tan largas que alcanzaban el suelo, con el que se fundían.

Recordaba el Baikal en verano como una lámina estática, frágil, casi igual que lo era ahora en el invierno, y con esa imagen en la mente no era fácil entender aquellas formas. Pero lo cierto es que a finales del otoño, cuando ya ha empezado a helar, el Baikal es todo menos el remanso de paz que yo conocía. Azotadas por los vientos, las olas rompen contra las rocas y van formando así esas agujas y pilares retorcidos. El lago está aún demasiado agitado para congelarse, pero cada ola que se estrella contra la pared deja algunas gotas que, mientras escurren, van quedando heladas, engrosando pacientemente los bloques de hielo de las orillas. Es el mismo proceso por el que se forman estalactitas, pero que en lugar de requerir miles de años ocurre en un par de meses como parte de un ciclo que se sucede todos los inviernos.

El último día hice una excursión al norte de la isla, recorriendo la mitad de kilómetros por el hielo y la otra mitad por caminos irregulares cubiertos de nieve, en un viejo UAZ

con muchos kilómetros a sus espaldas. El UAZ es una especie de furgoneta de ruedas altas y una carrocería de aspecto y forma ridículamente sencillas, que aparenta ser un torpe vehículo de antaño. En zonas como aquellas, representa el vehículo más popular, capaz pese a su apariencia de moverse por caminos que harían palidecer a muchos todo–terrenos, y con una mecánica fiable y tan simple que cualquier conductor ruso con un mínimo de maña puede repararlo con poco más que una tela y un trozo de alambre.

El UAZ típico es siempre de color gris y tiene asientos que se asemejan a sillones baratos en una sala de espera, a menudo cubiertos con alguna manta de dibujos extraños que no se lava ni una sola vez hasta el fin de sus días, si es que este llega en algún momento. Aquel reunía todos aquellos requisitos, amén de un conductor prototípico con un uniforme militar y unas enormes gafas de sol, que gustaba de reírse ante la mayoría de mis preguntas.

En el extremo norte de la isla, la vista es sencillamente grandiosa: una enormidad de hielo que permite mirar y girar la cabeza y no ver más que un blanco uniforme que hace sentir que uno ha perdido la visión. Sobre este fondo, se ve pasar en cada parpadeo el líquido de la retina, la única alteración en una imagen lisa en la que el concepto de distancia pierde su sentido.

No podía llegarse en coche hasta los escarpes del final, y el hombre debía estar más que cansado de ver aquello, así que fui a solas hasta el borde del acantilado y me senté en una

piedra desnuda a observar mientras él me esperaba cómodamente abrigado al volante del UAZ, a unos pocos cientos de metros por detrás. El viento soplaba fuerte y no había nieve en toda la cornisa, cuyas rocas marrones se precipitaban de pronto en una claridad inverosímil.

Una parte de la belleza de Siberia no solo reside en ella misma, sino también en cuanto evoca su historia y su leyenda. Aunque aquel era un lugar hermoso de por sí que uno debiera poder admirar sin importar cómo o cuándo se llega hasta él, sentía una pequeña frustración al pensar que estaba perdiéndome parte de su valor al mirarlo con ojos muy distintos a los de otros que habían estado allí antes, en mitad de un invierno como aquel. Los ojos de viajeros de antaño, de personajes que habían pasado por allí escribiendo para la historia sus miradas sobre aquella parte de Rusia, y cuyas experiencias solo se correspondían con la mía en lo más superficial, en lo que podía verse: esa imagen perfecta de un piélago blanco que yo ahora observaba.

En otros tiempos, no muchos años atrás, llegar hasta un punto así desde Moscú era una aventura sin garantías que llevaba meses, y la belleza del lugar era solo un ingrediente más para obtener esa sensación de conquista al culminar allí un viaje. Para mí era en cierto modo una recompensa no merecida: llegar hasta aquel punto había sido decepcionantemente simple, muy lejos de las dificultades que un lugar así podría plantear. Me habría gustado llegar hasta allí habiendo sufrido algo más en el camino, ser como uno de aquellos via-

jeros de entonces que quizás, arribando de ese modo, podían comprender enclaves como aquel mejor que yo ahora.

Miré hacia atrás, hacia donde el viejo UAZ y su conductor me esperaban. Aquel era un recordatorio de que las cosas ya no eran como antes. Estaba lejos de casa y era el único visitante al norte de la isla, y sin duda habrá quien diga que alcanzar ese enclave había sido hasta ese momento una gran aventura, pero las comparaciones que venían a mi mente eran del todo odiosas. En realidad, podía regresar a mi hogar en unos pocos días, sin complicaciones y por no demasiados rublos, cómodamente sentado en un tren tomando vodka con algún siberiano para quien lo más difícil no era atravesar esas tierras, sino habitar en ellas día tras día. En otros tiempos, cuando contemplar una vista como esa implicaba alcanzar un lugar efectivamente remoto y distante de todo, una posibilidad así era sencillamente inconcebible.

En esos tiempos, además, las dificultades no acababan con el clima o el territorio agreste al que había que enfrentarse. El hombre ha sido siempre en Rusia un obstáculo tan duro de superar como el entorno mismo, un creador de límites y complicaciones por encima de la propia naturaleza. Pero hoy, y aunque la burocracia rusa sigue contándose entre las más insidiosas del mundo y pelear con los oficiales de la *militsia* es un tedio inevitable, nada tiene que ver la situación con el férreo control de entonces, donde las rutas estaban limitadas, las ciudades cerradas, e incluso en la enormidad de Siberia la sensación del viajero debía ser una especie de

extraña claustrofobia, encerrado en el pequeño universo de cosas que la autoridad le permitía a uno visitar.

Nadie ejemplifica mejor esto último que el físico americano Richard Feynman. Premio Nobel en 1965, Feynman no era solo un científico de primera línea sino, por encima de todo, una personalidad curiosa con una infinidad de pasiones a las que dedicaba cuanto esfuerzo le era posible. Una de esas pasiones fue Tuva, entonces una república soviética aún más desconocida de lo que es hoy en día, a la que Feynman soñaba con viajar por razones la mayoría de ellas incomprensibles incluso para él mismo. Y esas, las irracionales, son las pasiones más intensas.

Durante años, luchó una batalla perdida de antemano tratando de obtener un visado que le permitiera visitar Tuva para poder ver aquello con lo que desde niño había soñado, y descubrir la verdad de una región sobre la que entonces resultaba enormemente complejo conseguir incluso la información más irrelevante. Pero Tuva no estaba en la lista de lugares turísticos que la autoridad soviética contemplaba, y el sueño de Feynman se estrelló contra una burocracia capaz de aniquilar incluso las pasiones de una de las mentes más privilegiadas de aquel tiempo.

Los intentos de Feynman por seguir adelante fueron tan increíbles que incluso dieron para escribir un libro. Ralph Leighton, el compañero con el que planeó durante años su aventura, recogió en su obra *Tuva or Bust!* la historia de todo aquel infructuoso esfuerzo. Leighton pudo finalmente viajar

a Tuva y cumplir su sueño, pero Feynman no tuvo tanta suerte. El 15 de febrero de 1988 moría víctima de un cáncer contra el que luchaba desde tiempo atrás. A principios de marzo de ese mismo año, menos de un mes después de su muerte, su viuda recibió en su casa una carta con la invitación del gobierno ruso por la que Feynman había peleado durante más de una década hasta el día mismo de su muerte.

Volví a perder la vista en un horizonte que no sabía muy bien dónde comenzaba. Aquello no era Tuva, pero probablemente hubiera resultado igual de imposible alcanzar ese lugar en aquel entonces. Y sin embargo, resultaba difícil imaginar que un paisaje así pudiera supeditarse a otra cosa que no fuera su propia enormidad, y al observarlo daba la sensación que toda Siberia no podía sino ser ajena a cualquier tipo de límites y restricciones, apartada por definición de avatares políticos.

En cierta medida, así era. En los años cincuenta, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, se encontraron en mitad de Siberia poblaciones tan aisladas que ignoraban que hubiera existido tal guerra, y para quienes los nombres de Lenin o Stalin no significaban nada. Y algunos de los denominados Viejos Creyentes —cristianos ortodoxos contrarios a la reforma del Patriarca Nikon en 1666—, en un último intento por preservar su fe en los difíciles tiempos de Stalin, optaron por perderse voluntariamente en lugares remotos de Siberia, desapareciendo literalmente del mapa y formando asentamientos de los que nadie tenía constancia, y que

solo fueron descubiertos fortuitamente en los años setenta por un grupo de arqueólogos que trabajaban en la zona. Leyéndolas o escuchándolas sin más, resultan historias casi inverosímiles. Allí, sentado sobre una piedra al extremo de la isla, y con todo el Baikal delante de mí, lo cierto es que no lo eran tanto.

Cuando volví al coche, tenía la sensación de haberme demorado tal vez demasiado, pero el hombre me esperaba sonriente y sacó una bolsa de comida y un termo con té. Comimos unos sándwiches de pan negro, queso y mantequilla, y *omul* cocinado probablemente antes de salir, que aún estaba templado envuelto en papel de plata.

Le pregunté si era de allí y negó con la cabeza esbozando una sonrisa que indicaba que mi suposición no iba muy bien encaminada.

—¿De Irkutsk? —dije. Volvió a negar.

—De Karelia.

Puse cara de sorpresa. Karelia es una república al norte de San Petersburgo, a muchos miles de kilómetros de allí, de la que no solo le separaba ahora esa distancia, sino una forma de vida muy distinta.

—Lejos —respondí.

Sabía ya que realmente aquellos kilómetros eran lo de menos cuando se trataba de migrar de una a otra ciudad en el seno de un país que una vez más me demostraba que en él debía reconsiderar mi noción de escala, pero sentía curiosidad por saber algo más.

—Esto es otro mundo distinto—. Hizo una pausa mirando por la ventanilla—. Pero me gusta.

Me creí aquella respuesta pese a que, aun sonriente, no parecía apasionarle llevar cada día turistas hasta aquella parte de la isla. Intuyó que no me acababa de convencer su explicación y añadió:

—Mi mujer es de Irkutsk.

Aquella parecía una razón de más peso.

—Es una buena razón —le dije.

—Es una razón —respondió lacónicamente mientras se reía y ponía en marcha el motor, que inesperadamente arrancó a la primera.

Mientras volvíamos a Juzhir haciendo alguna que otra parada en la orilla este de la isla, pensé en lo que el hombre había dicho: «esto es otro mundo distinto». Me gustaba oír decir que Siberia era un mundo diferente del resto de Rusia, más aún si venía de alguien que no era siberiano. Era una teoría harto repetida que, sin embargo, resultaba agradable escuchar por cuanto implicaba desconocimiento, extrañeza e incluso una cierta aprensión, pero no menosprecio de una realidad que, a la luz de su propia verdad, se ha de asumir forzosamente como diferente.

—¿Por qué es un mundo distinto? —le pregunté.

Me miró con cara de desconcierto, dándome a entender que la respuesta a aquella pregunta era larga y compleja. Al final, buscó una respuesta sencilla y recurrió al clima, un cliché eficaz y no por ello menos cierto.

—Espérate a que haga frío de verdad y lo verás. Los coches no funcionan. Este tiene un sistema que lo pone en marcha automáticamente cada hora cuando está aparcado y funciona durante diez minutos, para que no se congele. Sin eso, el aceite se espesa y no arranca.

Cuando Chejov viajó a Siberia a principios del siglo pasado, dejó escrito que «en mayo, en Rusia los bosques reverdecen y cantan los ruiseñores, y en el sur florecen las acacias y los lilos, y aquí, en la carretera de Tyumen a Tomsk, la tierra está marrón, los bosques desnudos, y en los lagos hay un hielo mate y sobre las orillas y taludes todavía queda nieve.[…] En comparación con la rusa, la naturaleza siberiana resulta monótona, pobre, silenciosa. E incluso las hojas de los abedules siberianos parecen más oscuras que las de los rusos». En los tiempos actuales, y sin el mismo talento, aquel hombre se fijaba en cosas mucho menos poéticas que los lilos en flor o los ruiseñores, pero conseguía de igual modo transmitir una idea por otra parte fácil de expresar.

En Juzhir, me despedí de él con un apretón de manos sincero y di un paseo en el poco tiempo que quedaba antes del anochecer. Después, regresé a la casa, donde el hombre y la mujer me esperaban con la estampa de cada día.

—¿Y mañana qué? ¿Otra excursión por el hielo? —me preguntó ella después de que le contara mis impresiones del día.

—Mañana de vuelta a Irkutsk —le respondí. Se echó a reír y no dijo nada más.

El hombre cogió una botella de vodka, me miró y la levantó para preguntarme si quería. Asentí con la cabeza y señaló con la barbilla hacia una estantería, indicándome que cogiera un vaso. Se lo acerqué, lo llenó y después cogió el suyo y lo levantó, mirándome con los ojos bien abiertos sin decir una palabra. Interpreté aquello como su forma particular de ofrecerme un brindis de despedida.

7

No siempre eres ajena y orgullosa
y no es siempre que no me deseas.
—Nikolai Gumiliov

Las *marshrutkas* de largo recorrido partían hacia lugares de la región desde el exterior de la estación de trenes de Irkutsk, confundiéndose con las que hacían rutas dentro de la ciudad y mezclándose con los taxis aparcados cuyos conductores deambulaban por los alrededores en busca de clientes. Los billetes se despachaban en un edificio contiguo, tras una cristalera empapelada de horarios con una ventanilla cuadrada. Llamé con los nudillos y una mujer de gesto amable me abrió rápidamente.

—Uno para Arshan, por favor.

Arshan es un pequeño pueblo en el extremo de los montes Sayan, a unas cuatro horas de Irkutsk y con balnearios que lo hacen muy popular como destino turístico en el verano, aunque mayoritariamente para turistas rusos.

—¿A las seis? —preguntó la mujer.

—¿No hay uno a las tres? —respondí extrañado señalando el horario pegado tras el cristal.

—El horario es viejo. Ese de las tres ya no sale —dijo con cara de compasión.

Aunque quedaban algunas horas hasta las seis, y llegaría allí bien entrada la noche, no me quedaba otra opción.

—Está bien. Para el de las seis.

El billete era una cartulina azul con una banda con franjas de cien en cien rublos y otra banda con cifras de diez en diez, de modo que cortándolas se establecía el valor del trayecto. Tenía unas líneas en las que se escribía el lugar de destino y la hora de partida, y un sello de color rojo marcado de antemano en todos los billetes sin rellenar de un pequeño taco.

—¿De dónde es usted? —preguntó sin mirarme mientras recortaba hasta marcar los 310 rublos que costaba aquel viaje.

—De España —dije.

Me miró con cara de sorpresa, con los ojos muy abiertos y una curiosidad que se veía brotar por momentos.

—De lejos —añadí mientras me seguía mirando.

—Pues sí, está lejos, sí—. Asintió con la cabeza.

Le pasé un billete de 500 rublos mientras ella miraba por el hueco que quedaba en la ventanilla para cerciorarse de que no había nadie esperando detrás de mí.

—¿Y llevas mucho en Irkutsk? —me preguntó, empezando a tutearme.

—Algunos días, sí.

—¿Qué has visto por aquí? ¿Oljón?

—Sí, ayer mismo volví de allí.

—¿Y el este del Baikal lo conoces?

—Estuve en Barguzin algunos días, pero en verano, hace tiempo.

—Tienes que ir ahora en invierno, es mucho mejor que Oljón —afirmó—. Y en Arshan, ¿vas a estar muchos días?

—Dos o tres, supongo.

—Te gustará, aunque ahora allí no hay nadie.

Por la minúscula ventanilla salía un calor agradable. Asomado a través de ella, encorvado y con la mochila puesta, respondí a las preguntas incesantes de aquella mujer durante unos cinco minutos, encandilado por una amabilidad nunca antes vista en un dependiente ruso. Con una técnica interrogatoria digna de un antiguo miembro del KGB, consiguió en ese tiempo saber cómo había aprendido su idioma, dónde me quedaba a dormir en Irkutsk, cuál era mi plan de viaje o si estaba o no casado, entre otras cosas. A cambio, me devolvió algunos consejos sobre la zona, un poco de historia del lugar y, sobre todo, unos minutos reconfortantes de charla por completo inesperada. Cuando un hombre se acercó a comprar su billete con cara de no tener mucha paciencia, me entregó el mío y se despidió, aunque su gesto reflejaba que tenía aún muchas preguntas que hacer.

—El autobús sale de aquí mismo. No hace falta que vengas mucho antes, diez minutos bastan. Y si tienes cualquier duda, ven a preguntarme —añadió al final.

Tal vez animado por aquello, decidí comprar mi billete de tren para salir de allí cuando regresara de Arshan en algunos

días, y quitarme así de encima un trámite que podía ahora resolver en unos minutos. Seguía teniendo la mentalidad de los viajes en verano, cuando reservar plazas y comprar los billetes con antelación resulta más necesario que en el invierno, y me sentía más tranquilo haciéndolo de este modo.

Apunté en un papel los datos del tren, que consulté en un moderno sistema de información en la propia estación de trenes, para dárselo a la mujer de la caja cuando llegara mi turno. Comprar billetes de tren solía ser algo más incómodo que adquirir otro tipo de cosas, y hablar con las cajeras era a veces complejo y me llevaba a conversaciones sin mucho sentido. En lugar de ventanilla solía haber un sistema de micrófono y altavoces que funcionaban mal, y por el que lo único que se oía era el ruido de las teclas al introducir los datos del viajero, pero la voz de la cajera rara vez era distinta de un zumbido distorsionado difícil de entender. Por eso prefería consultar de antemano los horarios y simplemente pedir por escrito una plaza en un tren concreto, y solo hablar si después era necesario.

Le di a la mujer el papel. Lo leyó y me miró durante un instante sin decir nada.

—¿No sabe hablar? —preguntó.

—Sí sé —le dije, presintiendo que aquello no iba a ser fácil. Al menos la voz se entendía bien por los altavoces.

—¿Qué pasaporte tiene? ¿Ruso?

—Español.

—Entonces tiene que ir al centro de servicios. Aquí no puede comprar su billete —sentenció sin mirarme.

Me devolvió el papel y cogió desinteresadamente algunos folios, esperando a que me retirara y dejara paso al siguiente en la fila, un hombre que ponía cara de impaciente al ver que aquello podía prolongarse algún tiempo.

—¿Y por qué no puedo? —pregunté aunque sabía que sería imposible obtener una respuesta razonable.

—En estas ventanillas no atendemos a extranjeros —dijo en voz más alta, levantando de nuevo la vista.

Su mirada indicaba que aquella sería su última palabra, y con el dedo señalaba al otro extremo de la sala, donde se encontraba el centro de servicios. Era una batalla perdida y yo tenía pocas ganas de pelear, así que simplemente me puse a la fila contigua, con poca gente, a probar suerte con la siguiente cajera. Al verme, la anterior gritó algo mientras volvía a señalar hacia el otro lado, pero la ignoré fingiendo no haberla oído.

La segunda cajera era un ejemplo perfecto de la clásica atención al cliente rusa, sin emoción alguna pero eficaz, limitándose a cumplir su trabajo y sin concebir aparentemente que este pueda realizarse de otro modo o con otra actitud. Tomó el papel y preparó el billete sin decir una palabra, excepto el precio a pagar. Después leyó mecánicamente los datos escritos en el billete: la hora de salida y la fecha, el vagón asignado y el número de plaza. Allí concluía su labor, y según me lo dio por la ranura miró al siguiente cliente tras de

mí, que empezó a hablar mientras yo me retiraba a un lado. Era un trato frío al que, sin embargo, estaba acostumbrado, y que al menos me permitía conseguir lo que quería, que en aquel momento no era poco pedir.

Sin ánimo de hacer mucho más, pasé el tiempo que quedaba en la sala de espera de la estación, en el ala contigua del edificio, y poco antes de las seis salí y busque la *marshrutka* que iba hacia Arshan. Estaba aparcada junto a la ventanilla donde había comprado el billete, y la mujer seguía allí, despachando a otros clientes con un trato en apariencia igual de amable que el que me había dispensado a mí. Me quedé un momento mirándola antes de montarme, pero ella no me vio.

* * *

Como esperaba, llegué a Arshan bien entrada la noche, a un pueblo desierto donde nevaba intensamente y apenas había luz. De las casi cuatro horas de viaje, hice más de tres con la mochila en las rodillas hasta que la gente empezó a apearse y dejar algo de espacio, y al final me quedé solo, acompañado únicamente por una mujer que desapareció por la primera callejuela antes de que yo tuviera tiempo siquiera de echarme la mochila a la espalda.

Con la débil luz del lugar se podían leer en muchas casas los carteles que indicaban que se ofrecía alojamiento. Las casas estaban sin embargo apagadas, y solo algunas de cada manzana tenían luz y parecían estar vivas. Llamé a un par de

puertas pero no obtuve respuesta, y desistí pronto de la idea de alojarme en una de aquellas casas particulares.

La carretera principal por la que habíamos venido giraba bruscamente hacia la izquierda unos metros más allá, al encontrarse con la valla de lo que parecía ser un gran parque. Había algo más de luz en esa parte del pueblo, así que fui hacia allí. El recinto tras la valla era en realidad el territorio de uno de los dos sanatorios del lugar, con edificios salpicados, cada uno de los cuales cumplía una función distinta en el programa de descanso y cura que el complejo ofrecía a sus visitantes. Al igual que el resto del pueblo, estaba desierto y en silencio, y no parecían ser muchos los que elegían aquellos días para relajarse en sus instalaciones.

Me acerqué hasta el único edificio que tenía luz en la fachada, aunque no era más que una débil bombilla encima de la puerta principal. Una placa indicaba que aquel era el edificio número siete de dormitorios, y que además albergaba la biblioteca. Junto a la puerta, un panel con algunos dibujos y cifras recorría la historia del lugar y proclamaba que en la actualidad podía dar albergue a más de veinte mil almas. Sin pararme mucho a pensarlo, aquellas cifras me parecían completamente inverosímiles a juzgar por el estado del lugar, y en aquel momento me bastaba con que hubiera espacio para una sola persona más.

Llamé a la puerta y se encendió una luz en el interior. Una mujer con uniforme se acercó a la ventana y se quedó mirándome un momento. Después, negó con el dedo y señaló

su muñeca, como mostrando el reloj que no llevaba puesto. Era demasiado tarde para que me diera una habitación. Señalé la puerta aparentando que no entendía su gesto, pero ella se limitó a repetirlo y después se perdió hacía el interior, apagando la luz tras ella. Me quedé de nuevo casi a oscuras, solo iluminado por la débil bombilla y sin mucho más que hacer allí.

El resto de edificios que se intuían alrededor estaban totalmente apagados, y de haber alguien en ellos lo más probable era que las posibilidades de encontrar alojamiento fueran tan escasas como en aquel. Volví a la calle principal y me metí por algunas callejuelas a probar suerte. Seguía nevando con fuerza, pero la nieve no agarraba sobre la capa de hielo pulido que cubría las calles, y el firme era una pista escurridiza sobre la que había que caminar con cuidado. Me fui al suelo un par de veces, ruidosamente, aunque no había nadie cerca que pudiera oírlo.

Encontré un cartel que anunciaba un lugar llamado *Priyut Alpinista*, que además de ofrecer alojamiento organizaba excursiones por las montañas de alrededor. Parecía la clase de sitio que estaría abierto también en el invierno y que probablemente no tuviera inconveniente en aceptar un nuevo huésped a aquellas horas de la noche. Seguí la flecha del cartel y encontré algunos metros más allá la dirección anunciada, pero allí no había nada. Recorrí la calle de arriba abajo, pero no quedaba ni rastro de aquel lugar, y las casas de alrededor

no aparentaban tener mucha vida. A lo lejos vi un chico de mi edad que se acercaba.

—Perdone, ¿el *Priyut Alpinista*?

—Se quemó hace poco—. Señaló con el dedo hacia el lugar donde yo correctamente había supuesto que debía encontrarse, mientras negaba con la cabeza.

—¿Y conoce otro sitio donde pueda pasar la noche?

—¿Pagando? ¿Tiene dinero? —dijo deteniéndose después de haber reanudado rápidamente su paso tras responderme.

—Sí, claro —dije—. Si es barato, mejor —añadí sonriendo, aunque él pareció ignorarlo.

—¿500 rublos la noche?

Aquella era una cantidad razonable.

—Sí, por ejemplo. 500 rublos está bien.

Sacó su teléfono móvil y marcó. Respondió una mujer que resultó ser su madre, y con la que discutió durante algunos minutos después de contarle la situación. La mujer no parecía muy entusiasmada con la idea de alojarme, pero acabó cediendo ante las razones del hijo, quizás con pocas ganas de seguir oyéndole gritar al otro lado del teléfono. Supuse que tendría alguna de esas casas para alquilar, y tal vez no le compensaba ir hasta ella y ponerla en funcionamiento para un único huésped durante un par de días.

—Por aquí —dijo haciéndome una señal para seguirle.

Caminamos algunos metros antes de cruzarnos con un hombre mayor que parecía estar borracho. Se saludaron y el chico le dijo que esperara, que me iba a enseñar dónde

quedarme y después se uniría a él. Apenas veinte metros más allá, y con más ganas de volver con el otro hombre que de acompañarme, me señaló una luz a lo lejos y con una breve explicación me dejó allí para que continuara yo solo.

—Tiene que seguir hasta aquella luz. Llame a la puerta y allí ya le espera mi madre —dijo, y se alejó de vuelta a paso ligero sin preocuparse de si había comprendido o no sus palabras.

Seguí sus indicaciones y no tardé en darme cuenta de que, aunque aproximándome por un lado distinto, la luz a la que me dirigía no era sino la del edificio del sanatorio donde había estado antes, y que probablemente iba a cosechar un fracaso igual. Pensé en darme la vuelta y seguir probando lejos de allí, pero valía la pena intentarlo de todas formas.

No me hizo falta llamar a la puerta al llegar. Esta vez la mujer me esperaba en la entrada y me hizo un gesto según me iba acercando. Era más que lo que había conseguido en el intento anterior, aunque no era lógico esperar de ella ningún trato agradable.

—¿Necesita una habitación?

La pregunta era tan retórica que ni yo me molesté en responderla ni ella esperó a obtener una respuesta. En su lugar, la seguí hasta una habitación no lejos de la entrada, donde se sentó, me pidió mi pasaporte y me preguntó cuántos días pensaba quedarme.

En el interior, el edificio tenía un aire más antiguo que lo que podía intuirse desde fuera, aunque algunas partes

parecían renovadas, y el ambiente en general era acogedor. Tenía el aspecto institucional de los viejos hoteles soviéticos, con pasillos largos mal iluminados, y se respiraba ese diseño rancio de entonces.

La mujer se quedó un instante mirando la última página del pasaporte, antes de rendirse y pedirme que le ayudara a leerlo y escribir mi nombre en cirílico.

—En el colegio estudiábamos alemán, pero no me acuerdo de nada —dijo riéndose—. Estas letras no las entiendo.

Le mostré la página del pasaporte donde estaba el visado ruso.

—Esto está mucho mejor —respondió sin dejar de reír.

Contra todo pronóstico, el ogro malhumorado que yo esperaba se había convertido en una agradable mujer a quien parecían entretenerle las pequeñas dificultades de su trabajo, y para quien una visita como la mía resultaba un interesante imprevisto en su poco atareada jornada de trabajo.

En el armario de las llaves no faltaba ni una sola. Todas las habitaciones estaban desocupadas. Cogió la de la 5A y me condujo hasta ella, casi en el extremo opuesto del edificio. Por el camino, iba encendiendo las luces, que brillaban con poca fuerza y apenas iluminaban el triste y sucio papel de las paredes. La habitación era diminuta pero correcta, en la línea del resto.

Encendió la televisión, que era lo más nuevo de la habitación con diferencia, y con el mando cambió un par de veces de canal, no sé muy bien si para mostrarme que en efecto

funcionaba o por si acaso yo no sabía cómo utilizarla. Se detuvo en uno que retransmitía una especie de programa de humor.

—Este es bueno. Te gustará —dijo señalando con la mano en la que sostenía el mando, y después me lo dio.

Me recordó que podía pedirle agua caliente para preparar té o café a cualquier hora, e insistió en que la llamara si necesitaba cualquier cosa. Y todo ello con una sonrisa sincera y transmitiéndome la sensación de que hacía todo aquello con placer.

Si en Irkutsk había podido experimentar las dos caras de una misma moneda en dos cajeras que trabajaban a apenas cien metros la una de la otra, allí bastaba una sola mujer para pasar en cuestión de minutos de una recepcionista que se negaba a darme cobijo a una dispuesta a cuidarme con entusiasmo. Y lo más curioso es que ambas posturas parecían realmente firmes, difíciles de cambiar, y sin embargo estaban tan cercanas entre sí que pasar de una a otra era asunto de un breve instante.

Cada ruso es en realidad un libro que no solo no ha juzgarse por sus tapas, sino del que no ha de emitirse veredicto alguno hasta haber leído la última página. Tolstoi escribió que «la verdad, como el oro, no crece y se recolecta, sino que se obtiene separándola de todo aquello que no es oro». En ningún otro lugar como en su tierra natal se hace tan necesario separar y desmenuzar hasta la más mínima verdad antes de darla por válida. En Rusia, no solo las apariencias

engañan, sino que muy a menudo las realidades que parecen más solidas sorprenden, cambian de pronto como la actitud de aquella recepcionista en mitad de la noche.

Uno de los aspectos más interesantes de tratar con rusos es intentar descubrir la mecánica misteriosa que obra ese cambio, las razones que se esconden tras ello y la forma de llegar al lado más humano que se esconde tras la mayoría de rusos. Buscar y encontrar la manera de hacerlo y, sobre todo, comprender su porqué, es una tarea que puede resultar en ocasiones frustrante y en otras una apasionante aventura hacia una forma de ser que se diría enigmática, pero que la mayoría de las veces es desconcertantemente simple.

En mi segundo viaje a Rusia me perdí en las calles de una pequeña ciudad intentando encontrar la dirección un museo que me habían recomendado visitar. Pregunté a un hombre que pasaba, que simplemente me ignoró sin siquiera dirigirme una mirada. Probé con otro, que se detuvo un breve instante sin apenas prestar atención y me dijo que no conocía esa dirección incluso antes de que hubiera terminado de decírsela. El tercer intento llevaba camino de ser igual de infructuoso, con un hombre que según me vio acercarme hizo un gesto con la mano invitándome a alejarme de él. Decidí enfrentarme a aquellos modales rudos con una dosis igual de brusquedad, y me interpuse en su camino obligándole al menos a escucharme. El hombre se detuvo y me miró con rostro serio mientras escuchaba mi pregunta. Se quedó pensando un instante antes de responder. La dirección no le era

conocida, pero después de su negativa inicial, parecía ahora dispuesto a ayudarme todo lo posible, y en lugar de seguir su camino se quedó conmigo.

—¿Conoces algún otro edificio que pueda estar cerca?

—No, no sé nada más—. Puso cara de resignación al oír mi respuesta.

Estaba claro que si encontraba el lugar no iba a ser gracias a su ayuda, pero el hombre ponía empeño y empezaba a mostrar un particular interés por mi viaje y por mí. Admitió que no podía ayudarme y comenzó entonces a hacerme algunas preguntas, y mis respuestas no hacían sino aumentar su curiosidad. Estuvimos hablando un par de minutos, y la prisa inicial que parecía tener había desaparecido por completo. Ahora daba la impresión de ser un hombre con mucho tiempo libre y nada mejor que hacer.

—¿Y dónde te quedas? ¿Tienes amigos aquí?

—Estoy en un hotel, el *Stary Dvor*.

—En un hotel no vas a ver nada. Tienes que quedarte con una familia rusa de verdad—. Se detuvo un instante antes de continuar—. Quédate conmigo si quieres, a mi mujer le encantará. Seguro que nunca ha visto a un español en su vida —dijo riéndose.

Unos minutos después de haberme despreciado sin siquiera dejarme decir una palabra, aquel hombre me invitaba a su casa dispuesto a ser el anfitrión que yo necesitaba para conocer la verdadera hospitalidad rusa. Decliné su invitación diciéndole que era mi último día en la ciudad y ya tenía

un billete de tren, y probablemente sin poder ocultar mi sorpresa ante aquella proposición.

Algo extremo sin duda, aquel caso me hacía pensar dos veces antes de juzgar nada, y recordarlo era una invitación a conceder segundas oportunidades que en no pocas ocasiones resultaban ser acertadas en un país de frías fachadas y cálidos interiores.

El edificio estaba en un silencio absoluto. La mujer se había retirado a algún lugar lejos de mi habitación, con la seguridad de poder descansar sin que nadie la molestara. Era muy improbable que llegasen nuevos huéspedes y, de hacerlo, ella podía negarles la entrada igual que había hecho antes conmigo, volviendo a mostrar esa otra versión de sí misma. Me dormí pensando en que mañana sería un nuevo día, e intentando adivinar cuál de aquellas caras, Jekyll o Hyde, me esperaría al despertar.

* * *

Al igual que las personas, las ciudades y pueblos rusos tienen también varias caras. A veces, es necesario buscar para descubrirlas todas; otras, aparecen casi sin que uno las busque e incluso pueden verse al mismo tiempo como una realidad de múltiples facetas que no se ocultan entre sí. En Arshan sucedía esto último.

Salí a media mañana sin saber muy bien qué buscaba. No encontré a la mujer en la entrada, pero la puerta estaba abierta y campanilleó al abrirla. Era un detalle que no había

advertido la noche anterior, y me resultó agradable. Nevaba mucho y el cielo tenía un color plomizo. No parecía que fuera a despejarse pronto. Por encima de allí, no muy lejos, estaban las montañas de la cordillera Arshan a la sombra de las que el pueblo descansaba. Pero las nubes eran bajas y no se veía más que un techo gris que dejaba todo a merced de la imaginación de uno, y mirando en dirección contraria, hacia la carretera por la que había llegado el día anterior, el relieve era llano y nada hacía presagiar esas montañas a la espalda.

Recorrí el terreno del sanatorio en un paseo lento. Era un extenso parque en el que había muchos más edificios que los que de noche había visto. La mayoría eran bajos y no muy grandes, similares a aquel en el que había pasado la noche. Curioseé los carteles sobre la entrada de cada uno, donde se describía su papel en el conjunto. Bloques de dormitorios, una *banya*, una sauna, un discreto museo de historia del sanatorio, un edificio con instalaciones para niños, una pequeña cabaña para masajes; parecía haber una colección interminable de lugares para elegir.

Había dos puntos por los que se entraba al recinto del sanatorio: el primero, por donde había entrado en mi primer intento la noche anterior; el segundo, por el que me guió el hijo de la mujer antes de dejarme a mi suerte. Unos doscientos metros más allá, descubrí una tercera puerta con un oxidado torniquete, desde la cual arrancaba el camino que se perdía hacia el fondo del bosque e iba paralelo a un río poco profundo y rápido que no se helaba. Aquella parecía ser la

entrada principal o, al menos, la más turística. A ambos lados del camino se extendían unas estructuras de metal donde se situarían puestos de recuerdos y baratijas, sobre los que la nieve apenas encontraba lugar para depositarse. Debía haber cerca de cien, pero solo dos de ellos estaban ocupados. Vendían gorros, guantes, jerseys y chalecos hechos de una lana parda clara, de camello, todos ellos fabricados en Mongolia. Las mujeres me miraron al pasar pero no hicieron ademán de atraer mi atención a pesar de que miré con curiosidad y aminoré la marcha. Mostraban una resignación extraña, y me pregunté cuál era la razón de ser de esos puestos en un día como aquel.

Por el camino no había apenas nadie. Me crucé con poca gente, y todos tenían aspecto de ser personal del sanatorio. Cuando dejé atrás los edificios y alcancé el final del recinto, llevaba ya un rato caminando por una senda en la que la nieve no había sido hollada por pisada alguna. Me detuve a leer un cartel con las normas del parque. Si quería seguir paseando fuera de aquel recinto debía volver atrás y registrarme. La burocracia rusa era una de las pocas cosas que no parecía acusar el invierno en aquel lugar. Seguí caminando, abriendo huella a través del bosque.

Los árboles estaban muchos de ellos llenos de cintas votivas. Algunas eran pañuelos finos con inscripciones y colores vivos, pero la mayoría eran meros jirones de tela sucia o incluso tiras de plástico. De lejos, la estampa tenía encanto, pero a medida que uno se acercaba se iba convirtiendo en

un pequeño basurero con la única salvedad de estar flotando por encima del suelo. De una rama colgaba el plástico de una botella de agua mineral sujeta por un nudo hecho sin cuidado que amenazaba con deshacerse. Curiosa forma de mostrar respeto a los espíritus.

El cielo comenzó a abrirse cuando empecé mi camino de vuelta, pero el viento que soplaba por entre los árboles levantaba a veces la nieve recién caída, que brillaba según volaba de un lugar a otro. Abajo, las dos mujeres seguían en sus puestos, solitarias, sin hablar entre ellas, y volvieron a dejarme pasar sin intentar llamar mi atención. Las dejé atrás y fui hacia el centro del pueblo aprovechando la luz del sol que ahora brillaba con fuerza. Detrás de mí, las montañas habían ocupado ya su lugar en el paisaje, tomando el relevo de las nubes.

La calle principal era amplia, y a ambos lados había casas bajas de madera que se extendían algo más de un kilómetro. Con la luz del día era más fácil aún localizar los innumerables carteles que indicaban que las casas alojaban huéspedes. Todas ellas seguían, sin embargo, aparentemente igual de abandonadas que la noche anterior, y era probable que si llamase a la puerta de la mayoría no obtendría respuesta alguna.

Pasada la primera linea de cabañas, el pueblo se extendía por algunas callejuelas casi desiertas, con nieve bacheada. Reconocí algunos de los lugares por los que había deambulado la noche anterior. Ahora había perros despeinados corrien-

do de un lado a otro, que me ladraban al pasar pero apenas se acercaban, y al oírles nadie salía de las casas a ver lo que pasaba. Las vacas se detenían en grupos a un lado de la calle y miraban con desgana. Eran vacas rusas, al fin y al cabo.

Al final del pueblo, en el extremo contrario, una entrada con dos arcos de cemento pintados de un rosa apagado daba acceso al reciento del segundo sanatorio, el segundo rostro mucho menos idílico del pueblo. Frente a mí me encontré un edificio enorme y decrépito, una deprimente mole de hormigón mal pintada de verde, como un *Frankenstein* soviético con ventanas rotas, manchas de humedad y balcones que se desmoronaban. Debía tener unos sesenta metros de largo y cinco pisos de desvencijadas ventanas muy juntas entre sí. Fuera de él, la nieve se acumulaba sobre pequeños montones de basura en la que algunos perros rebuscaban infructuosamente.

Nadie diría que se trataba de un lugar destinado al descanso. Parecía más bien el escenario ideal para una película de terror, o tal vez un internado psiquiátrico donde en lugar de aguas termales y masajes el único tratamiento eran intensas sesiones de electroshock y píldoras de colores en pequeños vasitos. Desde fuera parecía una ruina abandonada en la que nadie en su sano juicio pasaría la noche. E imaginarme aquello lleno de rusos ociosos era aún más aterrador que contemplarlo ahora, completamente vacío.

Me adentré en el bosque de los alrededores y descubrí algunos otros edificios más pequeños y agradables, y seguí una

pista estrecha entre los árboles en la que no había huellas de pisadas pero sí de esquís de fondo. Pasaba por algunas casas separadas del centro del pueblo, y después daba la vuelta y regresaba, alcanzando unas instalaciones deportivas muy básicas con hierros, muchos de ellos torcidos. Desde allí había algunas huellas que llevaban de vuelta al edificio central, más aterrador aún cuando se contemplaba desde lejos.

En mitad del bosque encontré una canasta de baloncesto hecha con unos viejos tablones y la llanta sin radios de una bicicleta. Estaba lejos de todo, sin huellas que llevaran hasta allí, perdida donde no llegaba ni siquiera el ruido de los perros que ladraban en las casas del pueblo. Las montañas asomaban por encima de las copas ahora que no había nubes.

En el café donde entré a cenar algo solo tenían *pozys* grasientos y las mesas estaban sucias. Una chica de pelo corto me atendió de mala gana y desapareció hacia la parte de atrás.

Me quedé a solas con mi ración de tres *pozys* en un plato de plástico y una cerveza, mientras se iba haciendo de noche y el lugar quedaba cada vez más oscuro. Ella había encendido una luz en la trastienda, donde debía estar la cocina, pero no se molestó en salir al comedor a encender las luces hasta que estuve completamente a oscuras. Acabé mi comida y volví a la residencia a paso ligero.

La puerta estaba abierta pero no había ni rastro de la mujer. Di una vuelta por al pasillo haciendo algo de ruido para que me oyera, pero no vino nadie. Acabé cogiendo yo mismo la llave del armario y me encerré en mi habitación, mucho

más acogedora que el resto. El edificio parecía abandonado. Encendí la televisión y vi una vieja película soviética antes de quedarme dormido.

* * *

Mi última mañana en Arshan la pasé la mañana visitando un pequeño *Datsan* (monasterio) budista a las afueras del pueblo. No tenía nada de especial, salvo la belleza del propio enclave y lo anodino que me resultaba pensar en la combinación de budismo e idiosincrasia rusa, dos verdades que no parecían tener mucho en común. El budismo es la religión mayoritaria en algunas zonas del sur de Siberia, y comparte con el chamanismo tradicional parte de sus ideas, pero a poco que uno conozca la mentalidad y la manera de ser rusa, aquellas son piezas que no se diría que han de encajar armoniosamente.

Cumplí la visita, di un paseo por los alrededores, y después fui hacia la estación de autobuses.

Quedaban diez minutos para las dos de la tarde y la clásica furgoneta azul estaba ya allí, pero no había nadie cerca. Supuse que tal vez sería el único viajero. Abrí la puerta trasera y entré. El conductor estaba ordenando unas monedas y se giró hacia mí. Tenía cara de pocos amigos y el pelo cortado a cepillo.

—Yo salgo a las tres —dijo mientras movía ligeramente la mano como invitándome a salir. Su gesto era bastante claro.

—¿Y la de las dos?

—La de las dos no va a venir.

—¿Y eso?

—No viene —se limitó a decir. Hizo un gesto que daba a entender que no tenía interés en darme más explicaciones.

—¿Y qué puedo hacer? Tengo un billete para la de las dos—. Le enseñé mi billete recortado y lo miró por encima sin mucha atención.

—Yo salgo a las tres. Puedes esperar y venir conmigo.

—¿Pero sirve el mismo billete?

—Sí —respondió con sequedad y sin mirarme. Había vuelto a ordenar sus monedas.

Salí y cerré la puerta y me quedé en los alrededores a esperar, para poder comprobar si era cierto lo que decía. En la pequeña caseta donde despachaban los billetes, la mujer no me confirmó si la *marshrutka* vendría o si bien, por alguna razón, se había anulado el servicio. Se limitó a desentenderse y cerró el pequeño ventanuco sin darme mucha opción a discutir. Esperé hasta las dos y cuarto pero no apareció ningún otro coche ni ninguna otra persona.

Eché a andar y me detuve en un comedor de aspecto viejo. No había mucho más donde elegir para pasar el tiempo que quedaba, así que entré, pedí una cerveza y me senté en una mesa en mitad de una habitación desierta.

Tal vez el budismo no sea la religión más acorde con la mentalidad del pueblo ruso y de sus gentes, pero qué duda cabe que un poco de filosofía oriental no está de más para enfrentarse a él. Sin paciencia, este país se convierte pronto

en un enemigo invencible. Intenté ser positivo y me dije a mí mismo que era un mal menor. A fin de cuentas, estaría de vuelta en Irkutsk a media tarde de cualquier modo.

La chica que me había servido la cerveza se acercó hacia mí y cogió la botella vacía.

—¿Otra? —preguntó

Miré el reloj. Aún tenía tiempo de sobra.

—Sí, por favor —respondí.

Practicar el zen al modo ruso, con una botella en la mano, resultaba más estimulante.

8

No es fácil
para el hombre que nació en Siberia,
ser tierno en la agitada tempestad.
—Vasili Fiodorov

[…] —but then, tranquility is not one of Russia's virtues.
—Jeffrey Tayler. River of no reprieve.

Los rusos gustan de contar la edad de sus ciudades y celebrar cada aniversario como si de la fiesta de cumpleaños de un niño se tratara. Las calles se adornan ese día con carteles que celebran un año más en la vida de la población y proclaman orgullosos la cifra exacta transcurrida desde su fundación con frases algo cursis como «¡Feliz 542 cumpleaños, mi querida ciudad!» colgando de las paredes de edificios grandes y pequeños. Aunque toda ciudad del mundo tiene su día del año en que festeja de un modo su historia, y las rusas no son una excepción, allí las cifras cobran un significado especial en ese día, ya sean ciudades ancianas con un largo camino a sus espaldas o asentamientos recientes que obedezcan no más a algún capricho estratégico-político de

la era soviética. Todo ruso conoce la fecha exacta en la que se fundó su ciudad y tal vez la edad de algunas poblaciones vecinas, y sin saber a ciencia cierta el porqué, asume ese dato como relevante.

Comparada con otras ciudades rusas, Novosibirsk es aún muy joven. Por las calles podían verse todavía algunos carteles de la última celebración que festejaban sus 106 años de vida, una cifra ridícula al lado de los más de 1000 años de Kazán o los 860 de Moscú. Sin embargo, nadie puede negar que la ciudad ha sabido sacarle partido a tan corto periodo de tiempo, habiéndose convertido en la tercera ciudad de Rusia y ostentando la capitalidad de Siberia, una región en la que, en términos de talla y poder, no tiene prácticamente rivales.

La estación de trenes de Novosibirsk es un buen ejemplo de la prosperidad de la ciudad. Las salas de espera son enormes y con asientos modernos aceptablemente confortables. El edificio tiene un interior nuevo y decorado con algunas plantas, y en el exterior hay un gigantesco panel luminoso que, no sin cierto afán de ostentación, informa de la hora, la temperatura o la velocidad del viento, entre otras cosas.

La mayoría de las estaciones rusas tienen un espacio donde pernoctar, conocido como *habitaciones de descanso*, donde resulta relativamente económico pasar la noche en una habitación compartida, y donde a veces puede incluso pagarse por horas. En lugar de eso, la de Novosibirsk tenía su propio hotel dentro del mismo edificio, aunque no era difícil adivinar que también aquello no era sino mera apariencia, y que

esa denominación era un simple juego de palabras para esconder bajo un nombre más elegante las mismas facilidades que otras estaciones —menos refinadas, eso sí— ofrecían.

Decidí probar suerte e intentar alojarme en la estación, probablemente más asequible pese a su sorprendente buen estado, y con toda seguridad menos deprimente que la oferta hotelera de una ciudad como aquella. No tenía intención de quedarme mucho tiempo, así que era una buena opción, y siempre podía después moverme a algún hotel en caso de que quisiera pasar más días.

Me recibió una mujer atenta que me dijo que estaban completos, pero que si quería podía pagar por 12 horas y usar la cama por la noche, cuando quedarían sitios libres. Acepté y le pedí si podía guardarme el equipaje hasta entonces. Con el clásico rictus de negación ruso, me dio a entender que aquello no entraba dentro de sus cometidos, y me dirigió diligentemente a la consigna de la estación. Comparada con la mayoría de recepcionistas con las que había tratado, era de las más amables, así que no protesté y seguí sus indicaciones.

La consigna eran tres habitaciones enjauladas tras una reja de barrotes con una luz amplia entre ellos, cada una custodiada por una mujer, y situadas en el sótano del edificio. Me acerqué a la primera de ellas y la mujer al verme vino rápidamente hacia mí negando con la cabeza y diciéndome que no podía dejar así la mochila.

—Las botas —se limitó a decir.

Deduje que no le gustaba ver mis botas gruesas, que ahora llevaba enganchadas en las cintas laterales de la mochila, una a cada lado, y que aquello debía constituir una irregularidad de suficiente calibre como para que no pudiera aceptar mi equipaje.

Las encargadas de las otras dos jaulas abrieron sus portezuelas para asomarse, e inmediatamente confirmaron mis suposiciones.

—Puede dejarlo, pero tendrá que pagar triple —dijo una de ellas—. Eso son realmente tres piezas.

Deshice el equipaje y lo volví a hacer cuidadosamente, tratando de aprovechar al máximo el espacio para que hubiera suficiente hueco para meterlo todo dentro. Las mujeres me observaban con el mismo aire inquisitorio, con la actitud del profesor que está enseñando a un niño irreverente una lección básica de buenos modales.

Cuando conseguí meterlo todo, me volví hacia ellas y eran tres personas distintas, con rostros de satisfacción, que sonreían y asentían con la cabeza felicitándose a sí mismas. Inevitablemente, me vino a la mente el episodio de aquella noche en Arshan y todas las demás historias sobre las caras ocultas de cada ruso.

Entregué la mochila y la mujer me indicó donde dejarla. Las otras dos volvieron a entrar en silencio en sus jaulas. Pagué y me advirtió que no me retrasara o tendría que pagar otro día más, con una sonrisa que un minuto antes hubiera considerado imposible en ella. Tomé la ficha del resguardo y

le dije que no me retrasaría. Después me fui a pasear por la ciudad.

* * *

Había conseguido a través una amiga de Irkutsk el contacto de un profesor de botánica que trabajaba en la universidad de Novosibirsk. La botánica no es uno de mis intereses, pero ella decía que su amigo era un tipo muy interesante con el que me entendería bien, y que además podría enseñarme el tesoro en el que llevaba trabajando durante toda su carrera: la colección de cáctus más grande de Siberia. Tenía su interés aquello de ver una colección tan anodina, es cierto, aunque quizás no la suficiente como para hacer un alto en una ciudad con tan poco atractivo como Novosobirsk.

Decidí, aún así, hacer una parada no por los cactus, sino por aprovechar la oportunidad que aquello me brindaba de poder ver la universidad desde dentro. Pese a no figurar como tales en los destinos de la mayoría de viajeros, las universidades son puntos de interés excelentes, llenos de información sobre la historia de las ciudades y las costumbres rusas.

Akademgorodok —que puede traducirse como «Ciudad Académica»— es una denominación bajo la que se suelen recoger los barrios de las grandes ciudades en los que se concentran los centros universitarios. Junto con los *Studgorodok* —Ciudad de Estudiantes—, representan la parte de las urbes rusas donde la vida académica tiene lugar. El Akademgorodok de Novosibirsk es, no obstante, distinto de la mayoría de

los de otras ciudades. Aunque oficialmente es una parte más de la ciudad, en realidad tiene una identidad propia y puede decirse que más que un apartado académico dentro de esta es un verdadero reducto autosuficiente de ciencia y saber, con un pasado propio donde buena parte de la historia rusa reciente puede explicarse desde el punto de vista del mundo científico. Cuando en Rusia se habla de Akademgorodok sin precisar una ciudad concreta, se está hablando de esa ciudadela de saber a la orilla del Obi, y no de otra de las muchas zonas académicas en otras tantas ciudades de Rusia.

Si Novosibirsk es una ciudad joven con poco más de un siglo de vida, su Akademgorodok, sea como simple barrio o como población por derecho propio, es todavía más reciente. Sin embargo, comparte con aquella una historia rápida e intensa en la que, pese al corto periodo de tiempo, ha logrado alcanzar un lugar importante dentro del panorama ruso. Fundada en 1958 en mitad de un denso bosque prácticamente inhabitado, y junto al mar del Obi, un lago artificial en el río del mismo nombre, Akademgorodok se creó con el objetivo de alojar las mejores facilidades para la práctica científica y, especialmente, a los mejores científicos. Las elites intelectuales habitaban una población que no tardó en convertirse en bastión de la ciencia soviética, y que creció hasta lograr un estatus inmejorable dentro de la comunidad científica de aquel entonces.

La ciudad tiene un diseño moderno, y la huella soviética, aunque innegable, se presenta de una forma más atractiva.

Las calles son amplias y los edificios, pese a su aspecto adusto, no son de gran altura y no resultan tan intimidantes. Las aceras son anchas y con vegetación, e incluso en algunas zonas hay carriles–bici, un detalle de urbanismo impensable en el resto de Rusia.

Una de las ventajas de las que gozó Akademgorodok en su época de máximo esplendor fue existir ligeramente al margen del poder central. Su labor científica se desarrollaba con una cierta libertad, a buen seguro bien apreciada por quienes se encargaban de ello. También aquellos no ligados directamente al mundo científico encontraban en Akademgorodok menos trabas para sus actividades, y artistas y pensadores podían expresarse sin apenas impedimentos, prácticamente ajenos a la censura que imperaba en el resto del país. Y, aparentemente, también los urbanistas de entonces disfrutaron de una libertad similar al diseñar la ciudad.

Aunque mantiene parte de su prestigio, Akademgorodok no es ya el enclave privilegiado de aquellos tiempos, y hoy es a partes iguales un símbolo de aquel glorioso pasado y un monumento revelador sobre cuanto queda y cuanto se ha perdido en la academia rusa actual. No solo la ciudad, sino la universidad rusa como tal ya no es lo que era antes. No goza de la importancia de otros tiempos y, sobre todo, no dispone del imprescindible apoyo económico, que ha pasado de ser abundante a ni siquiera alcanzar para la supervivencia de las instituciones. Y, mucho menos aún, de los profesores. Quizás por ello el ámbito universitario sea uno de los más

nostálgicos, donde se congregan en mayor número quienes echan de menos los tiempos soviéticos cuando todo era bien distinto para los hombres de ciencia y saber.

En Akademgorodok, la universidad está en un correcto punto de equilibrio entre el pomposo prestigio de los centros de Moscú y las carencias evidentes de los de otras ciudades, y guarda un sinfín de lugares en los que poder recrear parte del papel real que la universidad rusa juega hoy en día. La lista de centros de Akademgorodok está adornada con exóticos nombres como el Instituto Budker de Física Nuclear, el Instituto de Física del Laser o el Instituto de Citología y Genética, que dan una buena idea de la especialización de la formación en sus aulas. Pasada la entrada, y una vez que uno deja atrás denominaciones esotéricas y auras de ciencia futurista, lo que realmente hay no es sino la misma maquinaria burócrata de toda institución rusa —por supuesto con su inevitable entramado de sobornos, donde la gran mayoría de profesores acepta rublos en lugar de preguntas correctas en un examen—, y una falta de medios que se asume ya como algo inevitable.

El profesor era algo mayor de lo que había imaginado pero tan afable y entusiasta como me había dicho mi amiga. Le envié un correo electrónico unos días atrás, y el respondió casi de inmediato, invitándome a pasar a verle por su despacho en cualquier momento de la mañana.

Sin mucho entusiasmo, me mostró la universidad, un par de aulas, el comedor, y finalmente la celebre colección de cac-

tus junto a un estudiante que dijo estar haciendo su tesis con él. Supongo que yo no era el primero al que obsequiaba una visita como aquella, y que sus conocidos debían mandarle amigos de vez en cuando a que los entretuviera con aquello.

No quería molestarle más, yo ya había visto algo de la universidad, que era lo que en realidad me interesaba, y estaba a punto de despedirme de él y dar por terminado el día.

—¿Tienes algún plan para mañana? —me preguntó.

Pensé durante un momento. Lo cierto es que mi plan era comprar esa misma tarde un billete para irme de allí al día siguiente. Sin darme tiempo a responder, interpretó mi silencio como una negativa.

—Por la mañana vamos a ir a los cultivos de bayas en el jardín botánico. Si quieres, puedes venirte.

La propuesta sonaba bien.

—¿Por la mañana temprano?

—Sí, pero no demasiado temprano —dijo sonriendo.

—Entonces sí, me apunto.

* * *

Pasar la noche en la habitación de descanso de una estación de tren es muy distinto a hacerlo en un hotel o incluso en una habitación compartida en alguna pensión. Es más parecido a estar aún en el tren, un tren que no se mueve y con compartimentos algo más anchos, pero un tren al fin y al cabo, donde gentes que se mueven a distintos lugares com-

parten tiempo y espacio y, la mayoría de las veces, también experiencias e historias.

Resulta obligado preguntar a los compañeros hacia dónde van o de dónde vienen, qué les lleva hacia ese destino y qué les trae hasta aquí, y a partir de ello construir conversaciones y compartir de igual modo comida o bebida. En mitad de la noche uno puede oír cómo alguien abandona la habitación o entra un nuevo huésped, del mismo modo que un tren se detiene en una estación y se escucha el subir y bajar de pasajeros, y las habitaciones a veces dan a los andenes y de fondo se oye sin descanso el traqueteo de los trenes.

Mi habitación de aquella noche en la estación de Novosibirsk estaba vacía cuando llegué, aunque las otras camas estaban desechas y había bolsas y equipaje a sus pies. Al cabo de un rato, un hombre mayor entró llevando en la mano pan y algo de comida. Me dio la mano y se presentó.

—Me llamo Víctor —dijo.

—Yo también —le respondí sonriendo.

—¿Ruso?

—Español.

—Pues tienes un nombre ruso.

—Es un nombre latino —le dije con un gesto amistoso para suavizar que le estaba contradiciendo.

—¡De origen latino, pero Víctor es un nombre típicamente ruso! —respondió rápidamente sin dejar de sonreír, como si no fuera posible discutir aquello.

Se quedó un instante esperando una respuesta por mi parte, pero yo solo le miré y me encogí de hombros, y aquello pareció divertirle más aún. En lugar de decir nada, se retiró hacia su cama. Llenó de agua una taza y enchufó una pequeña resistencia para calentarla. Después sacó una bolsita de té y la puso cerca, lista para sumergirse cuando el agua hirviera.

Estuvimos hablando un par de horas antes de dormir. En las otras camas había dos chicos más jóvenes que llegaron poco después, pero no se unieron a nosotros. Simplemente saludaron y se tumbaron en sus camas, uno de ellos a leer y el otro a escuchar música. El hombre me ofreció comida y té, pero yo ya había tomado algo antes y rechacé su invitación, algo que no pareció disgustarle demasiado y apenas insistió. Sacó una pequeña navaja y cortó pan y algo de embutido. Mientras comía seguía hablando, despacio pero sin pausa, contándome pequeñas historias que esperaba que yo continuara.

—Conoces más Rusia que la mayoría de los rusos. Yo, por ejemplo, nunca he estado en el Baikal —dijo.

Su voz tenía una sinceridad entrañable que ayudaba a dar ritmo a nuestra conversación y la hacía más sencilla. Me quedé callado un instante, buscando una respuesta adecuada que parecía escapárseme.

—Pero me queda aún mucho por ver —añadí.

—Por supuesto, Rusia es enorme.

Ahora fue él quien se quedo un momento pensando.

—¿Sabes? En este país tenemos de todo: tierra, materias primas, una naturaleza increíble. Pero ¿sabes qué nos falta? Te lo voy a decir: inteligencia. No tenemos la inteligencia suficiente para usar todo eso. ¿No te parece?

Me miró fijamente y me mantuve callado, esperando que fuera una pregunta retórica y no tuviera que responderle a aquello. No quería contradecir su teoría, pero confirmarla tampoco sonaba demasiado bien. Le miré aguardando a que continuara con sus ideas.

—Tenemos gente inteligente, pero en este país no hemos tenido más que guerras, una tras otra. Y la guerra se lleva a los inteligentes, así que nos quedamos los que no sabemos hacer mucho. Mírame a mí—. Se llevó las manos al pecho y se rió—. Pero si estuviera en buenas manos, sería mucho mejor de lo que es ahora. Rusia es un país fantástico.

Su planteamiento era tan curioso que ni siquiera me paré a pensar en lo descabellado o acertado que resultaba. La evolución seguía, según él, una dirección distinta en Rusia, donde los más preparados desaparecían en lugar de sobrevivir. Y él no estaba destinado a jugar otro papel que el de amar a su país y ser consciente de un potencial que solo otros podían sacar adelante.

—Todo podría ser mejor en todos sitios —fue lo único que acerté torpemente a decir.

Me miró con un gracioso brillo en los ojos y se echó a reír negando con la cabeza. Me sentí algo ridículo intentando ser demasiado condescendiente, pero lo cierto era que estaba

cansado y, aunque la conversación era interesante, me daba pereza discutir aquello con más profundidad y prefería solo escuchar.

Me ofreció de nuevo algo de comida y le cogí un trozo de pan con algo de carne ahumada.

—¿No quieres té?

—No, gracias.

—No tengo vodka.

—Mejor —le respondí exagerando mi cara de alivio. Había tenido ya suficiente alcohol por el momento.

Levantó su trozo de pan en un gesto divertido antes de llevárselo a la boca. Yo hice algo parecido y me quedé mirándole. Aunque no teníamos vodka y no dijimos nada al hacerlo, aquello fue en realidad un brindis en toda regla. Por lo que Rusia era. Y por lo que podría ser.

* * *

El profesor miró su reloj y aceleró el ritmo. Era hora de salir. Les seguí hasta la la parte delantera del edificio, donde nos esperaba un UAZ, inevitablemente de color gris y abollado por los cuatro costados. Venía con nosotros el mismo estudiante del día anterior. Abrió la puerta trasera del vehículo con un ruido estridente, y me invitó a entrar delante de él. La cerró con un golpe seco y nos pusimos en marcha, y pronto nos adentramos en una zona boscosa.

El profesor iba sentado en la parte delantera del viejo UAZ, igual de versátil y fiable allí que sobre los hielos del Baikal,

y conducido por un hombre serio que debía pertenecer al personal de la universidad. El camino era estrecho y bacheado, y los árboles se cerraban sobre él. Los asientos de la parte trasera eran incómodos y puestos en los laterales, y no había ningún lugar al que agarrarse para no salir lanzado contra el techo al pasar bache tras bache. El chico me miraba entretenido, claramente más acostumbrado que yo a mantener el equilibrio en vehículos así y trayectos como aquel. Detrás de él, a través del cristal lleno de arañazos, se veía pasar un bosque denso.

Al margen de sus peculiares muestras y sus colecciones, el jardín botánico de Akademgorodok es sobre todo una vasta extensión salvaje de más de 1000 hectáreas que se funde con los bosques densos que rodean la ciudad. Otrora una masa cuidada con cientos de especies distintas, hoy es en su mayoría un vergel abandonado a su suerte donde plantas muy diversas crecen en un decadente abandono lleno de sensualidad. Los fondos actuales se destinan a las colecciones y a la investigación, pero no a la conservación de ese espacio abierto del jardín, hoy convertido en una colección salvaje. Recorrerlo y observar la disposición de los árboles y el ambiente que se respira es como estar en un zoo donde los animales hubieran escapado de sus jaulas y vivieran ahora en una libertad envidiable, mezclados en combinaciones extrañas pero no sin una armonía.

Al cabo de unos minutos, llegamos a un claro en el bosque donde el camino se acababa. Había una verja de poca

altura y un par de casetas, y al lado dos grandes depósitos cilíndricos, altos, de hierro parcialmente oxidado. Supuse que allí se almacenaba el agua para regar las plantas, y también que probablemente estuvieran vacíos o tal vez congelados. Algo más allá había un cubículo de madera con un retrete desvencijado, y más a lo lejos se podían ver los invernaderos y las plantaciones de arbustos y árboles de poca altura.

Me dejaron explorar el terreno por mí mismo, simplemente observándome por si había algo que despertara mi curiosidad. El conductor desapareció en dirección contraria, alejándose por el camino por el que habíamos venido.

El profesor paseaba lentamente mirando a su alrededor, y se detenía a tocar algunas ramas con las manos desnudas. Parecía gustarle su trabajo y cultivar aquellas plantas. No en vano, de aquellas ramas salían bayas que eran mucho más que parte de un experimento, y que representaban más que un dulce capricho en forma de fruta.

Las bayas y arándanos son en Siberia mucho más que frutos con que endulzar una comida. Históricamente, el aporte de vitaminas de las bayas ha sido uno de los suplementos imprescindibles para superar la crudeza de un invierno en el que la naturaleza produce poco o más bien nada. La dieta rusa, y la siberiana en particular, están llenas ambas de conservas y encurtidos, de mermeladas y almibares para hacer que los productos más necesarios sobrevivan al paso del tiempo y lleguen hasta el invierno, cuando más se los necesita. Y en este escenario, los pequeños frutos rojos y azulados

son la estrella de un menú que se demuestra vital para poder sobrevivir en esas circunstancias.

Toda despensa rusa que se precie está llena de bayas y otras pequeñas frutas con las que se preparan desde ensaladas a compotas, y de grandes tarros de conservas con pepinillos o tomates que apenas han tenido tiempo de madurar y enrojecer. En los mercadillos se venden por docenas tapas metálicas con que sellar tarros de cristal, que habrán de contener gran parte de las reservas de vitaminas con que una familia rusa típica hace frente al invierno.

El trabajo del profesor y su equipo era simple: tratar de unir en un cultivar la resistencia de aquellas especies de bayas que crecen en las zonas más frías, el mayor contenido posible de vitaminas y un sabor que las haga comestibles. Sencillo en apariencia, aunque la realidad era bien distinta.

—Si conseguimos variedades resistentes al frío y con muchas vitaminas, esto supone una gran diferencia. ¿Sabías que estos arándanos tienen muchas más vitaminas que las especies similares que crecen en Europa? El problema es que muchos no son muy apetecibles—. Sonrió—. Suelen ser amargos. A veces conseguimos buenos resultados, pero no es fácil.

—La naturaleza no es tan fácil de controlar —respondí aportando mi dosis de vacua filosofía.

—Si solo fuera ese el problema. Lo peor es que ya no tenemos casi dinero. El año pasado conseguimos buenos resultados, pero un día vinimos y no había nada.

—¿Nada?

—Se habían llevado las plantas —dijo como si aquello no resultase más que un pequeño contratiempo cotidiano.

—¿Se habían llevado las plantas? ¿Quiénes?

—No sé. Ladrones. Antes teníamos algo de vigilancia, pero ahora no podemos pagarla—. Se encogió de hombros.

Al parecer, había quien robaba aquellas matas de arándanos como si de asaltar un banco o robar un coche se tratase. Quizás estaba subestimando el verdadero valor de esas plantas.

Caminamos serpenteando por hileras de plantas, prestando ya poca atención a estas y simplemente conversando. Era como caminar por una larga pista recta que se perdía en el horizonte, pero que en este caso zigzagueaba por un terreno de apenas un par de hectáreas. Las bayas dejaron pronto de ser el centro de atención, para ser solo el entorno en el que discurría nuestra charla.

Descubrí que había otros problemas además de la falta de presupuesto y los ladrones de bayas. Parte del trabajo que desarrollaban en el jardín botánico solo se publicaba en revistas rusas de difusión limitada, y acceder a las publicaciones internacionales no era una cuestión de la calidad de los trabajos, sino de mera comunicación.

—Nadie de mi equipo sabe inglés —se lamentó—. No podemos publicar fuera, y por supuesto no hay dinero para pagar un traductor.

En otros tiempos, Rusia era un universo autocontenido también en lo científico. No importaba si la ciencia soviética no se compartía con el exterior y solo quedaba al alcance de quienes pudieran entender el idioma ruso. Bastaba con que fuera supieran acerca del nivel de esa misma ciencia, no necesariamente que tuvieran sus detalles. Pero hoy en día, en un mundo globalizado, plasmar los resultados de una investigación solo en ruso es casi una garantía de que esos conocimientos no adquirirán relevancia alguna.

El estudiante y reclamó la presencia del profesor, que se acercó para ayudarle. Me quedé a solas y seguí moviéndome despacio hasta alcanzar los invernaderos. Después regresé igual de lento mirando en derredor, esperando a que acabaran. La vista no tenía nada de especial, solo un hueco en el bosque con filas de pequeños árboles y arbustos, pero era relajante y reinaba un silencio calmo. Siberia era en general un lugar silencioso, pensé.

Me hicieron una señal para que fuera hacia el UAZ. Era hora de regresar. Mágicamente, el conductor apareció de la nada, como acudiendo a una señal inaudible, se sentó al volante y puso el motor en marcha sin decir una palabra.

Me dejaron en la puerta del jardín botánico, en el mismo lugar del que habíamos partido. Me despedí del conductor con un formal apretón de manos, y de ellos dos de forma algo más efusiva. El conductor volvió a entrar en el UAZ se marchó de allí. Ellos se retiraron hacia el interior del edificio y yo me quedé a solas en la entrada un instante, sin

querer abusar de su hospitalidad, y tras dar una vuelta por los alrededores me fui a comer algo.

De camino, encontré un grupo de mujeres vendiendo algunas frutas y verduras. Estaban hablando entre ellas, abrigadas con ropas de aspecto pesado y unos chales grisáceos que les cubrían la cabeza y parte del rostro. Ninguna de ellas vendía bayas, pero a buen seguro en otra época alguna las tendría entre sus productos. Me acerqué a ellas a comprar algo. Cogí un par de *samsá*, unos triángulos de hojaldre rellenos de carne. La mujer que los vendía era pequeña y de rostro alegre, y sonrió mientras las otras me miraban con curiosidad.

—Gracias —dije, y ella asintió con la cabeza rápidamente mientras cogía el dinero y me devolvía apresuradamente el cambio.

9

There was no color, few cars, oppresive Stalinist architecture. The capital reminded me of a city at war, under blackout. I loved it.
—Fen Montagne. Reeling in Russia

La mayoría de las notas que tomé para escribir este libro las escribí en estaciones de tren, lugares en los que aprendí a encontrar una cierta fuente de inspiración mientras esperaba y veía pasar la gente de camino hacia sus destinos. Me gustaba llegar con antelación, a veces dos o tres horas antes, y sentarme en una sala de espera o un simple banco apartado con algo de comer y una cerveza, anotar ideas, y después sin prisa comprar tal vez algo para el viaje en alguna de sus tiendas.

Pronto descubrí que muchas de aquellas personas que abarrotaban las estaciones esperaban trenes que partían incluso más tarde que el mío, y esperaban varias horas con sus grandes bolsos, comiendo, charlando, leyendo un libro o resolviendo un crucigrama. Al igual que yo, staban allí antes de tiempo, y no era una cuestión de puntualidad, sino de no considerar como perdido el tiempo que uno pasa allí aguardando la salida del tren. En cierto modo, una parte

del calor familiar de los trenes se extendía a las estaciones, y había quienes comenzaban ya allí la experiencia de viajar.

Tobolsk no era una ciudad particularmente relevante en cuanto a trenes, sino más bien todo lo contrario. Su estratégica posición en la confluencia de los ríos Irtish y Tobol perdió buena parte de su valor el día que la ruta del transiberiano se trazó a pocos kilómetros al sur de allí pero sin cruzar por la ciudad. La antigua capital de Siberia quedaba ahora fuera de la principal arteria ferroviaria rusa, bien comunicada con ella pero al margen de ese eje vital que había llevado el desarrollo a toda una región. El tren, o la falta de él, había condenado a Tobolsk a lo que ahora era: una ciudad con un desarrollo que no se correspondía con el que había tenido tiempo atrás, pero que era también una ciudad recoleta y atractiva para el viajero, probablemente mucho más de lo que habría sido de seguir una evolución distinta.

Llegué a Tobolsk desde Novosibirsk poco después de que hubiera anochecido, compartiendo espacio con una pareja de unos cincuenta años y una mujer mayor. La pareja continuaba viaje hacia Surgut. La mujer, por su parte, se bajaba conmigo en Tobolsk, y me ofreció ir con ella hasta el centro. Su marido estaría esperándola y tenían sitio en el coche. La estación era en realidad un apeadero a unos cinco kilómetros del extremo más cercano de la ciudad, y aunque los autobuses que hacían ese trayecto probablemente se sincronizaban bien con la llegada de los trenes, siempre era mejor aprove-

char la experiencia y compañía de un local, así que acepté con gusto la invitación.

La estación tenía dos pisos de poca altura: el inferior donde se encontraban las taquillas y el superior que daba acceso a las vías y tenía algunos bancos donde esperar. Seguí a la mujer, que me guió por unas escaleras que bajaban directamente hasta la explanada enfrente de la entrada, de forma que no era necesario atravesar el edificio. Nevaba ligeramente y las escaleras estaban resbaladizas. Ella se agarró con fuerza a la barandilla y miró hacia atrás para asegurarse de que yo hacía lo mismo.

Su marido era un hombre corpulento que se apresuró a salir de un viejo *Lada* blanco tan pronto como la vio llegar. Me dio la mano con un gesto seco mientras ella me presentaba. Vestía una gorra de pana marrón con orejeras e interior de pelo, un pantalón militar y una chaqueta negra. En la mano derecha tenía algunos tatuajes pequeños, descoloridos, más un borrón de tinta que un dibujo, y en los que apenas podía reconocerse forma alguna. Su aspecto contrastaba con el de la mujer, sencillo pero con cierto estilo, y sobre todo con la impresión de mujer inteligente y educada que me había dado en el tren al hablar con ella.

Me dejaron en el centro y me recomendaron un hotel cerca de allí, aunque no estaban muy seguros de que fuera efectivamente la mejor opción de la ciudad.

No hice mucho más esa tarde que dejar mis cosas en el hotel y salir a comer algo, y después leer en la habitación

algunos apuntes sobre la ciudad que había recopilado antes de salir. La recepcionista me indicó que mi habitación estaba en el segundo piso. La *dezhurnaya*, la mujer responsable de ese piso, me esperaba en un cuarto justo enfrente del ascensor y me pidió el pequeño papel donde estaba apuntado mi nombre y el número de la habitación que me correspondía. Me condujo hasta ella y después de darme la llave me recordó previsiblemente que podía avisarla si necesitaba algo. Antes de irse, no pudo reprimir su curiosidad y me preguntó de dónde era. Le respondí que era español y ella hizo el típico comentario de que allí probablemente hacía más frío que en España. Los dos nos reímos sin demasiado entusiasmo.

Aquellas fueron las únicas palabras que intercambié durante toda mi estancia en la ciudad. Tobolsk fue para mí un lugar silencioso donde no tuve conversación alguna. Me ocupe tan solo de observar y visitar rincones en silencio.

* * *

Resultaba extraño pensar que la última ciudad siberiana de mi viaje era en realidad uno de los orígenes de Siberia, de donde las raíces históricas y culturales de esta región tomaban buena parte de sus ideas fundamentales. Hasta allí habían llegado las tropas de Yermak en aquella primera avanzada colonizadora del siglo XVI, y el asentamiento que fundaron se había convertido en la capital de Siberia por mérito propio. De la importancia de aquellos tiempos y de los posteriores le queda todavía mucho a Tobolsk en su encarnación

actual, quizás no tanto por cuanto existe en la ciudad, sino por su actitud, por su forma de ser y su atmósfera, como la actitud de un viejo galán que ha perdido su atractivo pero no su estilo. Tobolsk desprende una sencillez y una humildad reconfortantes, mezclando los vestigios de su pasada grandiosidad con signos cotidianos de una población rusa cualquiera, nada pretenciosos. Una parte de la ciudad parece recordarle a uno lo que en otros tiempos fue, mientras que otra parece ignorarlo y representar un día a día de lo más mundano.

La joya arquitectónica de Tobolsk es, sin duda, su *kremlin*, un complejo fortificado bien preservado y lleno de edificios interesantes, situado sobre un promontorio a la orilla del río. Tras él, sobre la elevación donde la fortaleza se asienta, se extiende un Tobolsk actual con avenidas amplias y bloques de casas altas de la última mitad del siglo pasado, pegados unos a otros en algunas partes y poco densos en otras, salpicados entre zonas sin construir. Aquí, Tobolsk es simplemente una ciudad común, sin nada especial, con algunos detalles renovados y otros muchos aún viejos, como en tantas otras ciudades rusas.

Cuando uno desciende hacia la parte baja sobre la que domina el *kremlin*, se tiene sin embargo la sensación de caminar hacia ese Tobolsk antiguo del que arranca la historia de Siberia. Los grandes edificios impersonales dan paso a casas de poca altura, *isbas* de madera esparcidas en calles amplias e irregulares con un firme de tierra que asoma de entre

la nieve en algunos lugares. Aquí y allá, visibles desde lejos sobre el perfil bajo de las casas, aparecen iglesias de paredes desconchadas con un porte viejo, como dominando cada una de ellas su pequeña parte de ciudad.

Había mucha menos gente en esta zona de la ciudad. Los autobuses, decrépitos y casi vacíos, se detenían frente a las iglesias para dar forma a una estampa que unos cientos de metros más allá, en la nueva realidad de Tobolsk, parecía inverosímil. En lugar de una ciudad dividida en dos partes, parecían la unión de una ciudad y un pueblo sencillo, solo separadas por un talud sobre el que el *kremlin*, como perteneciendo a ambas, presidia las dos realidades.

Paseé sin rumbo callejeando de un lugar a otro, caminando entre las iglesias y casas y perdiéndome por las zonas intermedias. Era un entorno lleno de imágenes pintorescas, y con el sol brillando era fácil encontrar ángulos que quedarse observando.

Al anochecer, cogí un autobús que llevaba desde el centro hasta la estación del tren, deshaciendo curva por curva el camino que había hecho en coche el día anterior. Quería comprar un nuevo billete que me siguiera acercando hacia Moscú, a ser posible en un par de días. Fui el único en bajarme del autobús en aquella parada, y al entrar me encontré el piso inferior casi vacío. La estación era pequeña, pero aún así esperaba encontrar más gente, como corresponde en un país donde hacer cola para comprar un billete parece ser una parte intrínseca de todo viaje.

Que Tobolsk no era una ciudad de trenes era fácil intuirlo sin más que echar un vistazo rápido a su estación. Símbolos de tiempo atrás poblaban la estancia, indicando el poco esfuerzo que se había hecho por cambiar nada. En las paredes, las frases escritas con colores ya apagados instaban a los camaradas viajeros a respetar la fila o guardar silencio, en ese lenguaje soviético que delataba que desde entonces no habían recibido aquellos muros ni una sola mano de pintura.

Compré mi billete y fui hacia la izquierda de la sala, donde se encontraban las puertas de los aseos. Igual de abandonados que el resto del edificio, los servicios estaban sucios y deteriorados, y en una de sus paredes sobre los azulejos estaban pintadas las letras de una consigna: *No está limpio allí donde se limpia, sino donde no se ensucia*. Junto a ella había una larga pila sucia a poca altura sobre la cual asomaban algunos grifos finos y oxidados, y encima de estos otra frase más de aviso para el visitante: *Prohibido limpiar zapatos*.

Al salir reparé en un aparato solitario que de lejos podía parecerse a un cajero automático. Tenía dos bloques de botones prominentes a izquierda y derecha, y un cristal amplio por el que se veía el interior. La caja era de metal grueso, robusto y sin pulir, del mismo tipo que los elementos que uno encontraba en un tren ruso, elementos hechos para resistir en los que primaba la durabilidad sobre la funcionalidad. Debía tener unos cuarenta años al menos. Tras el cristal había una especie de gran cuaderno de anillas, un archivador con pesadas hojas que mostraba los horarios de cada línea.

Los botones tenían anotados los nombres de algunas ciudades rusas, representando los del lado izquierdo las ciudades de origen y los del lado derecho las de destino. Apreté uno de los de la izquierda hasta que quedó pulsado, haciendo saltar el anterior. Después hice lo mismo en el lado derecho. Las hojas empezaron entonces a pasar una tras otra rítmicamente hasta que quedó visible la línea que unía esas dos ciudades. Sorprendido, me quedé un instante observando con la mirada perdida al fondo de la máquina, tras el cristal en el que se reflejaba débilmente mi cara, intentando averiguar cómo funcionaba aquello.

Al cabo de unos segundos, volví a seleccionar dos ciudades más para contemplar de nuevo aquel curioso espectáculo. Los pequeños goznes tenían un sonido musical que se unía al rugir del aparato, y era agradable no solo ver, sino también escuchar su funcionamiento.

Probé con otros dos botones y me di cuenta de que la poca gente que había en la estación me miraba con algo de extrañeza. Estaba claro que la máquina, pese al interés que pudiera despertar, no era mucho más útil que un tablón lleno de horarios, y además yo acababa de comprar mi billete, así que era fácil ver que hacía aquello únicamente por ver pasar las paginas y accionar aquel mecanismo. Algo que, a juzgar sus miradas, probablemente ellos no apreciaban del mismo modo que yo.

Me alejé del aparato hasta la puerta de entrada y me quedé observando, esperando a que el autobús de regreso a la ciudad apareciera a lo lejos antes de salir a su encuentro.

* * *

—Documentos, por favor —dijo el oficial de la *militsia* con un gesto altivo tras el que, sin embargo, no se intuía demasiado convencimiento.

Yo estaba sentado tranquilo en un banco solitario desde el que le había visto venir, y sabía bien que acabaría pidiéndome el pasaporte. Pasó por delante de las pocas personas que había esperando el tren, hizo incorporarse a un hombre visiblemente borracho que dormía tumbado a los pies de otro banco, y después vino hacía mí despacio, demorando el encuentro simplemente para darle algo más de trascendencia a aquella aburrida rutina.

Saqué mi pasaporte y se lo entregué. Miró con curiosidad la funda negra de letras rusas, quizás sorprendido pensando que dentro de él había un pasaporte ruso pese a que mi apariencia indicaba lo contrario. Cuando lo abrió y vio un pasaporte extranjero, esbozó un gesto de interés tras el que se advertía que aquello cuadraba mucho más con sus expectativas. Pasó algunas hojas despacio, aparentemente sin ningún propósito. Parecía algo perdido, como si no supiera bien lo que buscaba. Mientras él exploraba el pasaporte, le eché un rápido vistazo aprovechando que no me miraba. Tenía algo menos de cuarenta años, y era muy delgado, tanto que la

gorra del uniforme, grande de por sí, parecía una enorme pamela en su diminuta cabeza. Aunque su gesto era serio, daba la impresión de ser una persona con buen humor que tan solo representaba el papel que le correspondía.

Seguía pasando las hojas con parsimonia y aparentando estar poco o nada seguro de lo que le correspondía hacer, y por un momento pensé en indicarle dónde estaba aquello que debía revisar, pero pronto me di cuenta de que no era una buena idea. De cualquier modo, si le dejaba hacer, acabaría mirando todas las hojas y comprobaría que todo estaba en orden, así que era mejor esperar y no hacer nada que pudiera contrariarle.

—¿Y su pasaporte en ruso? —preguntó de pronto.

—¿Perdón?

—¿No habla ruso?

—Sí, sí, pero no entiendo lo que quiere decir —le repliqué sorprendido.

—Necesita un pasaporte en ruso, este no sirve—. Blandió el pasaporte con su mano izquierda mientras hablaba.

Me quedé un instante sorprendido y él me miró con un punto de apremio, como esperando que dijera algo rápidamente.

—No es cierto —respondí con energía pero sin levantar demasiado la voz.

—Sí lo es. Está usted en Rusia y necesita un pasaporte en ruso —repitió. Su voz sonaba tranquila.

Superé mi inicial sorpresa e intenté adivinar qué se escondía tras aquella petición inaudita. Estaba claro que no podía hablar en serio; no podía desconocer algo tan básico como que en otros países no expiden pasaportes escritos en ruso. Alguien como él, al servicio del gobierno más burocrático del planeta, no podía estar diciendo eso en serio, aunque lo cierto era que parecía completamente convencido de ello. Probablemente estaba aburrido a esas horas de la noche y aquello era un pasatiempo que, si tenía suerte y daba con algún turista inocente, podría reportarle algunos rublos extra además de algo de entretenimiento.

—No necesito un pasaporte en ruso. Me han parado muchas veces y sé que está todo en orden —mentí. Aquel viaje estaba siendo extrañamente tranquilo y no me habían parado todavía ninguna vez. Aún así, estaba seguro de tener todo en regla.

Me miró con gesto cansado y negó con la cabeza.

—Aquí está el registro —le dije mientras le mostraba el papel del registro, que estaba guardado en una solapa de la funda, y me alegré de al final haber registrado mi pasaporte antes de salir de Moscú.

Lo cogió y le echó un vistazo por encima con la misma indiferencia con la que había mirado antes el resto del pasaporte. No tenía mucho interés en comprobar nada, y tan solo perdió algo de tiempo para que no pareciera tan obvia su falta de atención. Me miró y yo le hice un gesto de du-

da esperando que me confirmara que aquello era suficiente. Pero volvió a negar con la cabeza.

—Necesita un pasaporte en ruso —fue lo único que dijo.

No era la primera vez que me topaba con un miembro de la *militsia* más pertinaz de lo deseable, aunque normalmente solían desistir rápido cuando veían que no era fácil sacar nada, y si insistían no era con estrategias tan inverosímiles como aquella. Tenían mejores formas de perder el tiempo y, si el lugar era turístico, era más eficaz abandonar y buscar otro turista que constituyera una presa más fácil. Pero aquel no tenía nada mejor que hacer y probablemente no hubiera otro extranjero a quien instigar en kilómetros a la redonda.

Discutimos durante algunos minutos, pero no parecía dispuesto a ceder. Yo le daba ejemplos para contradecir su postura, pero era obvio que no se trataba de un duelo de argumentos, sino de mera paciencia.

—Si usted viaja a España, ¿necesita un pasaporte en español? ¿Puede conseguir un pasaporte ruso en español?

—No es lo mismo. Ahora estamos en Rusia, y necesita un pasaporte en ruso. No basta con el visado —repitió una vez más.

La discusión era, cuando menos, curiosa. Yo seguía intentando dar razones, pero no me enojaba al ver que aquello no surtía efecto, y él se mantenía igualmente tranquilo. En ningún momento hizo amago de utilizar su posición de poder, ni probablemente lo haría porque sabía que estaba engañándome y que yo era consciente de ello, así que simplemente

intentaba cansarme. A veces, incluso se le escapaba alguna sonrisa, y acto seguido volvía a repetir las mismas frases, como si hubiera estado a punto de rendirse y claudicar, pero quisiera hacer un intento más por convencerme. Después de haber perdido el nerviosismo inicial, yo comprendía perfectamente la situación, y le seguía la corriente sabiendo que o bien se cansaría pronto, o bien conseguiría vencerme y me tocaría pagarle algunos rublos, probablemente no más que el equivalente a un par de cervezas.

Al final, acabó devolviéndome el pasaporte sin darme más explicaciones y me miró con una cara alegre, admitiendo deportivamente la derrota.

—Gracias —me limité a decir. Él no respondió.

Se alejó tan lentamente como había venido y desapareció por la escalera hacia el piso de abajo. Las demás personas de la sala miraban ahora en dirección a mí con cierta curiosidad. Todas esperaban mi mismo tren, que saldría en poco menos de una hora.

Era una estación peculiar, pensé. Saqué mi libreta y anoté los detalles de esta historia antes de que se me olvidasen.

10

¿En dónde empieza Rusia?[...]
Empieza Rusia en la pasión
por el trabajo,
por el paciente esfuerzo,
por la razón
y la bondad.
—Victor Bokov

En 1807, el Zar Alejandro I ordenó la creación en Izhevsk, a orillas del rió Izh, de una planta de producción de armamento que, con el paso del tiempo, se acabaría convirtiendo en la mayor de toda Rusia y jugando un papel decisivo en su historia. Durante la Segunda Guerra Mundial la fabrica produjo 11,5 millones de rifles, más que los 10,5 que se fabricaron en total en todas las plantas alemanas de entonces, dando a la ciudad de Izhevsk un papel decisivo y una posición ciertamente peculiar dentro del imperio soviético.

En 1947, Mijail Kalashnikov, sin duda el ciudadano más famoso en la historia de la ciudad, desarrolló en esa misma fabrica el diseño de su rifle de asalto AK–47, que se convirtió inmediatamente en la joya de la ingeniería rusa y no hizo sino

elevar más aún la importancia y el desarrollo industrial de un Izhevsk que seguía definiéndose en un particular lugar gracias a su valía estratégica.

Hoy la producción de armas no alcanza el ritmo frenético de aquellos tiempos de contienda, y la economía de la ciudad ha encontrado otros pilares en los que apoyarse. Kalashnikov es ahora un octogenario y respetable anciano que, junto con una suerte de puesto honorario en la empresa, se dedica a labores más prosaicas como la de promocionar fuera del país el vodka que lleva su nombre, en algo que no solo es una labor comercial, sino también un intento de lavar en cierto modo la imagen de su creación. E Izhevsk, con 700.000 habitantes, es la gran capital de toda una república y una ciudad suficientemente populosa como para aparecer en todos los mapas con letras grandes, pero no así en las mentes de los rusos, cuya practica totalidad la ignora e incluso pudiera ser que no supiera localizarla en un mapa ni decir nada al respecto. Ni siquiera añadiendo el nombre de Kalashnikov como pista.

Izhevsk es así una ciudad sin la cual probablemente parte de la Rusia actual no sería como la conocemos, pero siendo esa una deuda histórica que nadie conoce y, por supuesto, nadie paga, dejándola en una situación en la que parece haber desaparecido —o tal vez nunca estuvo ahí— de la conciencia de un país en el que no solo las enormes distancias son las que alejan unos lugares de otros.

De dudoso atractivo para el viajero, Izhevsk no parecía el lugar ideal para la última etapa de un viaje así, pero yo tenía dos razones que bastaban para justificar aquella visita y pasar algunos días: amigos y recuerdos. Los amigos me daban la oportunidad de acudir a una compañía conocida, además del placer nada desdeñable de un reencuentro después de años sin vernos. Los recuerdos, guardados desde una visita anterior en la que pasé un mes trabajando en una escuela de la ciudad, me servían para comparar y tener una imagen dinámica del lugar y sus gentes, la evolución de todo aquello como otra verdad más que sumar a este viaje.

Izhevsk no era la única ciudad de mi recorrido a la que yo regresaba y en la que podía comparar el antes y el ahora, pero en ese sentido se diferenciaba mucho de las otras, y sus cambios eran más reveladores. Moscú era visita fija por motivos prácticos, pero tenía su propio ritmo de cambio y se reinventaba tanto a sí misma que dejaba de resultar interesante. Su cambio era, además, solo eso, una modificación sin rumbo fijo, pero no una evolución desde los viejos tiempos soviéticos ahora que las circunstancias lo permitían.

Irkutsk tampoco me era desconocida, y ciertos cambios habían sido fáciles de advertir cuando estuve allí, incluso teniendo en cuenta que el invierno también aportaba su variación. Pero era un proceso más paulatino, nada apresurado, en una ciudad que podía permitírselo. Aun con una innegable huella soviética, Irkutsk arrancaba algunos pasos por delante en la dirección de avance habitual, donde el progreso

significaba acercarse a las ideas occidentales antes vetadas. Apodada no en vano el «París de Siberia», tenía más aire europeo que la mayoría de ciudades rusas y partía con una cierta ventaja, por lo que podía tomarse con más calma su modernización. Izhevsk, por el contrario, partía a la cola y arrastraba el lastre de su particular historia, que incluía haber sido una ciudad cerrada y vetada a extranjeros hasta hacía pocos años. Compensaba todo aquello avanzando rápido, demasiado rápido, propulsada por la prosperidad de esa misma industria a la que debía gran parte de su pasado.

A diferencia de lo que sucedía en lugares como Irkutsk, las viejas casas de madera no se mezclaban con las construcciones nuevas, y los barrios eran como compartimentos cerrados cuyas fronteras eran bruscas, sin transición alguna, parcheando un territorio extenso con colores en general apagados. Desde lo alto de un edificio, se distinguían perfectamente unos de otros.

La zona de casas antiguas tenía desde lejos un color marrón oscuro, y podían verse en muchos puntos calles cubiertas de nieve. Otros barrios nuevos, surgidos tal vez en alguna expansión de la ciudad, eran como bosques aislados de bloques casi todos de la misma altura y similar diseño. El centro era la parte más variada, aunque todos los edificios eran altos, y recogía la mayor parte de los cambios que yo podía advertir.

Pese al escaso turismo, había un nuevo y enorme hotel de una cadena extranjera a un lado de la plaza central, ador-

nando con su luminoso un lugar donde antes no recordaba hacer visto más que un espacio vacío. En un rincón de la plaza había brotado un espantoso café con forma de cúpula, metálico y acristalado, que desentonaba con el estilo de todo lo que había a su alrededor. En el exterior, tenía unos altavoces por los que sonaba a todas horas música *chill–out*, pretendiendo darle un aire de sofisticación aunque fuera la hora del desayuno y en lugar de jóvenes de fiesta hubiera hombres rudos tomando su segundo vaso de vodka de la mañana. No lejos, una nueva catedral destacaba entre otras más modestas a su alrededor. Sin ser demasiado ostentosa o falta de estilo, tenía ese aspecto vacío de las cosas que uno espera que contengan historia, pero cuya nueva factura indica que no guardan más que lo que se aprecia a simple vista.

Parecía que Izhevsk se modernizaba a pasos agigantados, pero aquel era un proceso que funcionaba no por sustitución, sino por adición. Un vistazo rápido alrededor de cualquiera de aquellos nuevos elementos bastaba para descubrir los mismos edificios decrépitos, las mismas aceras rotas, los viejos transportes. En lugar de renovar nada, se añadían piezas deslumbrantes que no encajaban en el puzle anterior, pero que tal vez sirvieran para desviar la atención lejos de todos aquellos símbolos ruinosos. En lugar de mudar su piel, el Izhevsk de hoy era un monstruo de dos cabezas, una de las cuales estaba destinada a comerse a la otra con el tiempo. Aunque, a la vista de los resultados, aquel quizás fuera un proceso largo.

Nadia y Serguei me recogieron en Agryz, a unos 40 kilómetros de Izhevsk. Era la estación más cercana sobre la línea del transiberiano, aunque nada en la ciudad parecía acusarlo. El tren pasaba por allí sin dejar en apariencia mucho salvo tal vez unos cuantos pasajeros más que, como yo, se detenían allí para enlazar con otros destinos dentro de la república de Udmurtia —de la que Izhevsk es capital— y no tenían nada que hacer en la ciudad. Llevaba más de tres años sin verles, pero no habían cambiado mucho. La ciudad parecía avanzar más rápido que sus gentes.

El barrio de Nadia y Serguei estaba a unos diez minutos del centro en coche, en una zona de bloques altos y calles mal iluminadas. La mayoría de edificios eran altos pero viejos, de colores grisáceos ensuciados por los años. Su apartamento estaba en el último piso de uno de aquellos. La entrada y la escalera estaban entre las más descorazonadoras que yo había visto nunca, sucias y con una luz sórdida que no invitaba a entrar. El ascensor llegaba solo hasta el penúltimo piso, y desde allí se subía por una escalera algo más pequeña pero igual de maltrecha. El interior del ascensor parecía recomendar subir a pie no solo ese último tramo, sino desde el primer piso. Sus paredes estaban parcialmente quemadas y llenas de marcas y pintadas, y faltaban una buena parte de los botones.

La casa tenía la típica doble puerta, por la que al abrirla asomó un gato blanco. Cerré rápidamente tras de mí al entrar para que no saliera.

—Tranquilo, no se escapa —dijo Nadia mientras se quitaba las botas—. No le gusta la escalera.

La ultima vez que había estado allí ellos aún no vivían en aquella casa, así que me la enseñaron de arriba abajo no sin cierto orgullo. Era pequeña pero acogedora, como la gran mayoría de pisos rusos. Demostraba cuidado y una buena dosis de ilusión.

—La vista no es gran cosa —dijo ella mirando por la ventana de la cocina, con un doble cristal imperfecto que distorsionaba al mirar desde un cierto ángulo.

La ciudad se extendía en la distancia, y podían verse también los bosques densos en su extremo. El perfil del horizonte tenía una forma curiosa, como trazada con lineas desordenadas.

—Antes la vista buena estaba en el otro lado —dijo mientras salía de la cocina y avanzaba hacia un dormitorio que hacía las veces de sala de estar.

La seguí hasta la otra habitación. Delante, a unos doscientos metros, un enorme y antiestético bloque nuevo de colores amarillo, rojo y azul ocupaba casi toda la vista.

—Aquí en el barrio la llamamos la «Casa Papagayo»—. Sonrió—. La han terminado de construir hace muy poco.

—¿Y qué había ahí antes? —pregunté.

—Nada. Se veía casi hasta el otro extremo de la ciudad.

Por adición, no por sustitución. Así funcionaba el desarrollo de aquel Izhevsk, desde el centro mismo hasta ese barrio alejado.

Comimos una sopa sencilla y después tomamos café y té con unos panecillos de jengibre y otros dulces. Fuera el día estaba nublado, pero la temperatura ya no era como la de los últimos días, y el termómetro en el exterior de la ventana marcaba tan solo 10 grados bajo cero. En la calle, la gente paseaba igual de abrigada, y la estampa tenía un encanto distinto pero también reconfortante.

Les conté algunas historias del resto de mi viaje y escucharon atentamente sin esconder su sorpresa por cosas que, aunque debieran resultarles más familiares, parecían ser para ellos como de un país distinto, completamente inesperadas. Me sentí bien descubriéndoles cosas de una tierra que era infinitamente más cercana, tanto en lo físico como en lo humano, para ellos que para mí, pero que en muchos aspectos yo conocía mejor. Su extrañeza me hizo recordar que ya no estaba en Siberia, en esa parte ahora lejana de Rusia tan distinta de aquello.

* * *

Existen dos clases de museos. Por un lado, los que guardan ejemplares únicos, obras grandiosas o elementos irrepetibles que solo allí pueden encontrarse, y que muestran la parte más sobresaliente de nuestra historia a través de algunos de sus hitos. En el otro extremo, los museos pequeños cuya misión no es preservar piezas relevantes, sino atesorar un conocimiento más básico y simple, al alcance de todos, y

que contienen la mayor parte de las veces colecciones de cosas relativamente poco valiosas. Museos que resultan como versiones vivas de un libro de ciencias o historia, donde un saber simple y poco pretencioso puede no solo leerse sino contemplarse, sentirse o incluso tocarse.

Rusia tiene algunos de los primeros y muchos de estos segundos, y en estos últimos puede en realidad descubrirse mucho más de lo que en principio están pensados para mostrar. Si uno visita el pequeño museo local de una ciudad rusa, encontrará algunas vitrinas con animales disecados, algunas máquinas viejas, fotografías y pinturas que muestren el cambio sufrido por sus calles y edificios, o recortes enmarcados de algún periódico que contengan noticias sobre algún personaje relevante nacido allí. Recorriendo unas pocas salas se conoce algo más sobre la verdad de la ciudad, se refrescan conocimientos básicos de cultura general, o se descubren datos curiosos pero normalmente irrelevantes como el número medio de días que el río más cercano está helado o cuántos rublos costaba un kilo de mantequilla a mitad del siglo pasado.

La parte más interesante de estos museos es siempre la dedicada a la industria de la región, donde historia y pensamiento ruso se unen de manera curiosa. Herencia directa de los tiempos soviéticos, los museos locales suelen tener una sala dedicada a mostrar la grandeza de la industria local y engrandecer la vital importancia de esta en el desarrollo no solo de la ciudad, sino del país entero. Por supuesto, con in-

dependencia de la verdadera relevancia que dicha industria pueda tener, como si hubiera de asumirse de antemano que, sin importar sus características, es el pilar fundamental de la vida en muchos kilómetros a la redonda.

Si no lejos de allí hay una fábrica de embutidos, el museo mostrará la tecnología utilizada, que puede ser actual o primitiva, pero que será presentada como un colosal avance científico, y contará las glorias de su producto como si la alimentación de toda la nación se fundamentara en él. A la vista de lo expuesto en la sala de un museo, algo tan simple como la panificadora local puede concebirse como un enclave estratégico del que depende mucho más de lo que uno puede imaginarse, y que al mismo tiempo ejemplifica la mejor forma de industria y desarrollo posible.

Todo esto suele adornarse con algunos carteles y banderas de la época soviética en las que se ensalzan de igual modo las bondades de esas industrias, y que con pocas palabras e imágenes sencillas buscan convencer y adoctrinar en esas mismas ideas. Y para quien necesite datos tangibles, nunca faltan las cifras, que inevitablemente son siempre crecientes, y que reflejan el aumento en el número de coches fabricados, de toneladas de pan repartidas o de camiones de grano empleados. Como escribía George Orwell en su clásica alegoría del poder soviético *Rebelión en la granja*:

> *Los domingos por la mañana Squealer, sujetando un papel largo con una pata, les leía largas*

listas de cifras, demostrando que la producción de toda clase de víveres había aumentado en un 200 por ciento, 300 por ciento, o 500 por ciento, según el caso. Los animales no vieron motivo para no creerle, especialmente porque no podían recordar con claridad cómo eran las cosas antes de la Rebelión. Aun así, preferían a veces tener menos cifras y más comida.

Las salas dedicadas a la industria de la zona han cambiado poco desde esos tiempos en que además de ser meras partes de museos eran un medio de instruir al pueblo y una particular herramienta política. A lo sumo, algunas cifras se han actualizado, siguiendo como era de esperar la tendencia al alza de todo el periodo soviético, y mostrando que en la mente rusa de hoy en día, aun sin aquella intención adoctrinante de entonces, sigue existiendo una pasión por los grandes números y una misma devoción por vanagloriar cosas irrelevantes.

Lo que sí ha cambiado es el significado de esas salas, que ahora siguen mostrando técnicas y resultados de una industria cualquiera, pero que además han pasado a contener historia, y esta es en cierto modo una historia aún viva que puede seguir experimentándose a día de hoy si uno lo desea. Porque lo más curioso es que, en la mayoría de casos, esas fábricas que arrojaban cifras y cifras para la galería siguen funcionando exactamente igual que entonces, con los mismos

medios y, lo que es más interesante, con la misma filosofía. Los métodos de trabajo originales conviven con un enfoque productivo que sigue pareciendo interesarse tan solo por los guarismos y no por la parte práctica de los resultados. Junto a trabajadores que operan en el nivel productivo con poco entusiasmo, los responsables de las fábricas de hoy demuestran una devoción y un convencimiento idénticos a los de antaño, y el mismo propósito de engrosar los números que definen su labor, por encima de objetivos como garantizar el futuro de la empresa o aumentar los márgenes de beneficios.

Para quienes las aves disecadas de las vitrinas no resultan suficientes, siempre queda buscar las reales en los bosques y contemplarlas en vuelo. Para quien no bastan los paneles con cifras y las maquetas de la maquinaria de una fábrica, siempre queda visitar la fábrica en sí y comprobar que esas mismas máquinas siguen ahí, funcionando, tratando de hacer pequeños los números de la última campaña.

A falta de atractivos turísticos más comunes, Izhevsk es un lugar ideal para acercarse a esa realidad industrial y transportarse por un instante a otro tiempo a través de alguna de sus muchas fábricas. A la orilla del lago Izhevsk, la metalurgia puede reconocerse desde lejos, con sus hileras de chimeneas siempre vomitando humo negro, y sus tuberías que arrojan al lago todos sus desechos y son responsables del turbio color verde de sus aguas. Afortunadamente, el invierno pone un velo de hielo y una capa de nieve limpia sobre este, haciendo que parezca un enclave tan prístino como el mismísimo Bai-

kal, incluso con cierto encanto si uno contempla el paisaje de pescadores extendiéndose hasta bien lejos de la orilla.

En un barrio apartado, lejos del centro, la fábrica de coches es una ciudad en sí misma, responsable de producir vehículos bajo la marca que lleva el nombre de la ciudad, *Izh*, y que abastece de clásicos utilitarios rusos a una extensa área alrededor de esta. Y, por supuesto, está la fábrica de armas, el orgullo histórico del lugar, acerca de la que pueden encontrarse al menos dos museos en la ciudad y que, con un papel estratégico en este caso verdaderamente importante, es probable que no solo merezca el papel vital que en estos se le adjudica, sino incluso más que eso.

Conseguí a través de Nadia una invitación para visitar la fábrica de coches, una agradable sorpresa cuando creía que la ciudad no tenía ya nada nuevo que ofrecerme y mi presencia allí solo la justificaba el reencuentro con viejos amigos. Aparentemente, la visita a la fábrica resultaba tan apasionante para quienes iban a mostrármela como para mí mismo, ya que me esperaban con gran interés dispuestos a relatarme orgullosos cada detalle del proceso, cada hito de la historia de la fábrica y, sin lugar a dudas, cada cifra acerca de esta, mejor si era de gran envergadura. De antemano yo solo sabía que de allí salían una buena parte de los vehículos de la ciudad, de corte poco moderno y formas rectilíneas, y con mecánica sencilla y motores de poca cilindrada. Coches de gama baja que se venían fabricando de igual modo desde hacía mucho tiempo, y cuyos destinatarios, sin embargo, habían cambia-

do mucho dentro de una sociedad que, especialmente en lo que a coches respecta, se ha transformado por completo desde que aquellos modelos comenzaron a fabricarse.

Yo había visto coches como aquellos no solo allí, sino en prácticamente todos los lugares de Rusia. Con pocos o quizás ningún cambio, esos mismos diseños se utilizan para producir automóviles en fábricas a lo largo y ancho de todo el país, cambiando el nombre de la marca y tal vez el del modelo, pero con un producto idéntico que acababa siendo casi una seña de identidad de la clase media rusa. Mientras las ventas de coches europeos o japoneses crecen, los coches rusos son la alternativa económica a estos, sin más pretensiones, en apariencia, que la de funcionar correctamente, y para un público que, aun pudiendo costearse quizás otras opciones, no guarda más ambiciones que tener sencillamente un vehículo cualquiera.

Igual que allí, en Izhevsk, las fábricas de coches como esta suelen llevar una marca que hace mención a la ciudad, en lo que probablemente sea una estrategia de antaño, donde se producen en todo el país idénticos modelos, pero cada lugar tiene su identidad propia.

Llegando en el tranvía, la fábrica se ve desde lejos, mucho antes de alcanzar la parada no lejos de la entrada. Ocupa todo un barrio completo, como una pequeña villa donde los edificios son solo partes de un largo proceso, cada uno dedicado a una tarea y formando un complejo gris mastodóntico de tintes muy antiguos.

Le dije al guarda de la entrada mi nombre y el de la mujer con quien debía encontrarme, en teoría una responsable de cierto grado dentro de aquel complejo. Ella apareció en unos segundos con paso ligero y un gesto alegre que parecía decir que me estaba esperando y estaba lista para empezar la visita. Debía tener poco más de cincuenta años e iba bien vestida, sobria pero con estilo. Un atuendo bastante acorde con el sitio, pensé.

Tenía las maneras de un guía de museo, con un discurso bien memorizado que por momentos sonaba a cantinela automatizada, en el que, sin embargo, ponía mucha más pasión que aquel. Me contó algunos datos sobre la historia de la fábrica antes de darme un par de normas básicas y empezar a recorrer el recinto de edificio en edificio.

—No se pueden hacer fotografías. Esto no es un museo, es una fábrica —dijo cambiando a un tono más serio—. Una fábrica de coches —remarcó.

Con aquello último pretendía darme a entender que, más allá de la producción de vehículos, aquel lugar representaba algo de mayor importancia estratégica, y que a tenor de aquello debía resultar obvio el porqué de esa prohibición. En otros tiempos, sin duda, la norma tenía su razón de ser, pero ahora no era más que una divertida reglamentación desfasada con respecto al mundo fuera de allí, que no parecía ser el mismo que dentro de aquellos edificios.

Al igual que aquel detalle, la seguridad del lugar era un conjunto de metodos toscos y anticuados. Parecía difícil que

alguien pudiera interesarse en robar una tecnología como aquella, que no solo carecía de valor sino que probablemente era más que conocida fuera de esas paredes desde hacía tiempo. Las medidas de seguridad, con un aire casi marcial, eran en su mayoría más una forma de control que un verdadero medio de seguridad. Y en el remoto caso de que alguien tuviera intereses poco nobles con respecto a aquella fábrica, probablemente no le resultase complicado burlar la anacrónica seguridad del lugar.

Recorrimos edificio tras edificio siguiendo el proceso completo de montaje, y se detenía en cada bloque a contarme algunos detalles de la fase concreta que allí tenía lugar. Al hablar, acompañaba su discurso de gestos vivos, mucho más de lo que resultaba habitual en un ruso, en un curioso contrapunto con el fondo donde los trabajadores transportaban y montaban desganadamente las piezas con movimientos pesados y operaban a un ritmo lento.

La colección de cifras que conocía era predeciblemente extensa, desde el número total de coches producidos en el último año hasta la cifra total de piezas distintas que cada modelo contenía, pasando por la longitud total que tendría la cadena de montaje al completo si fuese puesta en línea, o el tiempo que se tardaba en recorrerla. Las intercalaba entre las explicaciones de detalles constructivos y a veces se paraba a observar la colocación de una pieza en particular, resaltando su excelsa factura ante la mirada indiferente del trabajador correspondiente. Yo prestaba poca atención al discurso y

más a las peculiaridades del lugar, y observaba las sombras que arrojaban las luces amarillentas, escuchaba el sonido de las piezas o respiraba el olor sucio a grasa y humo. La escena, explorada con todos los sentidos, era digna de ser experimentada olvidando lo que había visto en los últimos días y lo que conocía acerca de la realidad de la Rusia actual, intentando estar solo allí y atender a cada detalle.

Pintadas con letras de molde sobre las paredes o en placas metálicas que colgaban directamente de la maquinaria, las máximas de otro tiempo salpicaban cada zona. Había perdido gran parte de su significado original y, a juzgar por la actitud de los trabajadores ante ellas, también la mayor parte de su efecto, pero valía la pena detenerse a leerlas e imaginar esas consignas en su contexto inicial.

Algunas eran inofensivas frases no sin un cierto toque de humor vistas hoy en día, que recordaban por ejemplo que beber vodka no es una actividad compatible con un buen rendimiento laboral. Otras tenían un tono más amenazante, como la escrita en una larga placa blanca con letras rojas, que colgaba en un extremo del primer edificio y advertía que aquellos que no trabajaran como se esperaba no recibirían su sueldo. Faltaba pintura en muchos de aquellos carteles, desconchados por el tiempo. A cambio, habían acumulado una gruesa capa de mugre, a imagen del resto de los rincones, víctimas de años y años de atención descuidada. La limpieza no parecía estar entre las prioridades del lugar, y la suciedad

crecía igual que las cifras de producción, aunque aquello no fuera motivo de tanto orgullo.

Los coches que salían de la cadena de montaje tenían el brillo y el aspecto de las cosas nuevas, pero a la vez parecían envejecidos, como si necesariamente hubieran de haberse fabricado tiempo atrás y no en aquel instante. Se probaban en un pequeño circuito con algunos baches, y después se aparcaban, listos para ser movidos a donde correspondiera. La prueba, no obstante, se hacía al modo ruso. El chico que los probaba dejó el último, de un color azul oscuro mate, no sin antes quemar un poco de rueda y hacer un par de trompos. Salió del coche sonriente, ignorando que su falta de disciplina tenía en aquella ocasión un testigo inesperado.

La mujer se quedó mirando sin decir nada después de haber oído los primeros ruidos que delataban el comportamiento indebido del muchacho, que debía tener no más de veinte años. Tenía un gesto seco, muy distinto al de hacía un instante, mientras cantaba la ultima colección de cifras sobre aquella parte de la fábrica. Me pidió que la disculpara un instante y se puso en marcha con un paso brusco y acelerado, en línea recta hacia el chico, que la esperaba después de haber descubierto para su desgracia que no había elegido el mejor momento para saltarse las normas de trabajo. La reprimenda duró apenas unos segundos, y después regresó hacia mí con unos andares igual de contundentes, recuperó de pronto la sonrisa de antes y reanudó el discurso exactamente en el punto en el que lo había dejado. El chico cogió el siguiente coche

y lo llevó a través del circuito a poca velocidad y con maniobras precisas, y luego lo aparcó cuidadosamente al lado de los otros. La mujer seguía entregada a sus explicaciones y sus números, pero miraba de reojo satisfaciendo su autoridad al ver cómo sus palabras parecían haber tenido efecto.

Me llevó a una habitación no lejos de su despacho, recorriendo de nuevo parte de la cadena de montaje, aunque esta vez en silencio y a paso más ligero. Era una sala no muy grande con algunos coches, carteles y piezas sueltas; una exposición reducida de algunos de los momentos más reseñables de la fábrica. No llegaba a tener ni la entidad de una sala de pequeño museo, y no era más que una muestra sencilla de cuanto aquello que yo acababa de visitar era capaz de producir y alcanzar. Supuse que era la visita rápida que hacían quienes venían a atender algún negocio y tenían suficiente con un par de curiosidades, sin necesidad de recorrer las entrañas de la fábrica.

Me detuve a leer algunos carteles mientras ella sacaba de un armario un par de folletos y me los entregaba como colofón de aquel recorrido. Su actitud después de aquello parecía decir que no había más que ofrecer, y que si necesitaba algo lo encontraría en aquellos folletos o bien en la información que me había proporcionado a lo largo de la visita, que como era de esperar yo ya había olvidado prácticamente por completo. Eché un vistazo a los folletos mientras me acompañaba de vuelta a su despacho a recoger mi abrigo. Uno de ellos era grande, de tamaño folio y con bastantes páginas de colores

azulados. No era más que un catálogo de los modelos de la marca impreso algunos años atrás, pero que probablemente reflejaba también la gama actual con pocas diferencias.

El otro folleto era bien distinto. Era un panfleto pequeño y con pocas hojas, de tonos ocres y un papel de tacto áspero. Según rezaba una inscripción en su contraportada, había sido impreso a mediados de los ochenta. No contenía datos sobre los vehículos ni cifra alguna, sino solo un texto en el que se narraba algo de historia de la fábrica y se contaba su excelencia, algo así como lo que podría encontrarse en el panel informativo al pie de un monumento. Leído con detalle, tenía sin embargo un enfoque bien diferente, y ensalzaba el lugar no por lo que allí pudiera verse, sino como ejemplificador de lo que la industria soviética de aquel entonces era o al menos pretendía ser. Había mucho más de panfleto político en ese folleto que de reclamo comercial, concebido para mostrar una imagen idílica de la proletaria industria rusa.

Una de las fotos mostraba las instalaciones adicionales dedicadas al bienestar de los trabajadores, como la *banya* dentro del propio recinto en el que felices operarios disfrutaban del final de su jornada tan sonrientes que parecían estar deseando volver a ponerse manos a la obra y contribuir al desarrollo del país desde sus puestos de trabajo. Aquellas instalaciones no entraban dentro de mi visita, y apostaría unos cuantos rublos a que la mayor parte de los que había

visto en la cadena de montaje montando piezas las conocían igual que yo. Es decir, en fotografía.

El estilo del folleto se comprendía fácilmente viendo la inscripción de la portada donde podía leerse «SSSR, Moskva», escrito en letras latinas con un afán claro de promulgar también allende las fronteras las bondades del sistema soviético por encima de las prestaciones de sus utilitarios. En el interior, los pies de foto estaban también traducidos en un inglés graciosamente adoctrinante. Eran claramente otros tiempos, y en aquella época, como bien se indicaba en la primera página, la ciudad tenía incluso un nombre distinto. Durante los últimos años del periodo soviético, Izhevsk pasó a llamarse Ustinov, en honor a Dmitri Ustinov, antiguo militar y ministro de defensa. Uno más de los tantos caprichos en una geografía también al servicio del poder político. Como había sucedido en tantas otras ciudades con la caída del régimen, el nombre se había perdido después en favor del antiguo, más apreciado, y sin que apenas hubiera tenido tiempo de calar en la población antes de que Gorbachov decidiera devolver por ley los viejos nombres a las ciudades que habían sido rebautizadas en honor a relevancias soviéticas recientes.

La mujer me vio hojeando los folletos y puso cara de satisfacción, sin seguramente intuir lo que estaba pensando. Lo más curioso de todo aquello era la forma en que me había entregado ese particular incunable soviético, ofreciéndomelo de la misma forma que un comercial entrega su catálogo y su

tarjeta de visita a un potencial cliente, como si ignorase que los tiempos habían cambiado y estuviera convencida de que los folletos acababan de salir de la imprenta, aún calientes, con los avances más recientes en sus páginas.

Me acompañó hasta la salida y me dedicó una ultima sonrisa. El vigilante se recostaba en una silla con gesto aburrido, y parecía aún más desganado y menos eficaz que antes, representando una seguridad que ahora me daba la sensación de ser todavía más fácil de burlar.

Cogí un trolebús de vuelta en lugar del tranvía. Poco antes de llegar a la parada, el brazo que lo unía al tendido se desenganchó y el vehículo se fue deteniendo lentamente. El conductor se puso un gorro y unos guantes gruesos de cuero y salió a enganchar de nuevo el brazo. Después avanzó hasta la parada donde yo era el único esperando. En la cabina donde se sentaba, había colgada una bandera bordada con la hoz y el martillo, tejida más o menos cuando aquel viejo folleto fue impreso. Sin duda, aquel era el barrio más nostálgico de Izhevsk. O quizás debiera decir de Ustinov.

* * *

Tatiana Makarovna no era una profesora cualquiera. Los mejores alumnos siempre estaban en sus clases, y eso era algo que sabían tanto los propios alumnos como el resto de profesores. Los niños que estaban a su cargo, desde los 8 a los 16 años, ya fueran aplicados o no, le profesaban todos

un respeto exquisito lleno de admiración, al tiempo que disfrutaban de sus lecciones de inglés, estrictas pero amenas.

En las escuelas rusas la gran mayoría de docentes son profesoras, uno más de esos trabajos copados por mujeres, pero en este caso por razones que no resultan difíciles de entender. Si en la universidad las condiciones del profesorado ya no son las que eran en cuanto al prestigio y la remuneración económica, en las escuelas no existe tal prestigio y la remuneración es ridícula o a veces incluso inexistente.

En 2004, los poco más de 100 dolares mensuales que constituyen el exiguo salario de profesores como Tatiana sencillamente dejaron de ser ingresados por el estado, que había decidido tomar la vía rápida para tratar de solventar sus problemas de liquidez. En octubre de ese año, miles de profesores y trabajadores de la salud pública —el salario de los médicos es equivalente al de un profesor de colegio— se declararon en huelga para exigir dos cosas: el pago de sus sueldos y el aumento de estos. El sueldo volvió a llegar, pero el aumento fue apenas perceptible. Llegar a fin de mes era una tarea imposible que tenía dos soluciones: tener un segundo empleo o contar con otro apoyo económico para mantenerse.

Para muchas de las profesoras como Tatiana Makarovna, esta segunda opción tiene forma de un marido que aporta un sueldo suficiente, y al que ellas no han de contribuir más que con su ridícula cantidad, sin que realmente el montante sea de importancia. En una romántica pero triste realidad,

muchas de las profesoras que dedican su tiempo a formar niños en escuelas rusas lo hacen prácticamente sin afán de lucro, por mero amor a la enseñanza, respaldadas por una segunda economía que les permite sobrevivir pese al ínfimo salario que perciben.

La de 2004 no había sido la primera huelga de los profesores. En noviembre de 1998, algunos profesores de la ciudad de Ulyanovsk comenzaron una huelga de hambre para protestar por unos sueldos insuficientes que desde hacía algunos meses ni siquiera cobraban. 11 días después de comenzar su protesta, Aleksandr Motorin, uno de aquellos profesores, moría a consecuencia de ello convirtiéndose en el mártir de una pequeña revolución que, a diferencia de las que el país vio en otros tiempos, no tuvo demasiada trascendencia. Su salario de entonces equivalía a unos ridículos 23 dolares mensuales.

Fui a visitar a Tatiana a media mañana y esperé fuera del aula hasta que la lección terminara. Los niños de las clases contiguas que salieron algo antes al descanso se paraban a mirarme sin mucho disimulo. Ella estaba igual que como la recordaba, y sonrió al verme. Me reconoció al instante. Las penurias del sistema educativo ruso parecían desvanecerse cuando uno hablaba con ella.

La última vez que la vi fue en una fiesta que las profesoras celebraron poco antes de que yo dejara la ciudad en mi primer viaje, hacía ya más de cuatro años, y a la que me invitaron esperando seguramente que mi presencia aportase

algo de color al evento. Fue en un comedor amplio en el bajo de un bloque cercano a la escuela, adaptado como modesta sala de fiestas con apenas luz natural y unas pocas mesas cubiertas con manteles de hule multicolores.

Me senté en una mesa llena de pequeños platos de ensaladilla y embutidos, salpicados entre el inevitable bosque transparente de botellas de vodka. Era el único hombre en un grupo estridente de mujeres, la mayoría rondando los 50 años, profesoras que no disfrutaban de muchos días como aquel a lo largo del año, y en el que probablemente se dejaban la mayor parte de su sueldo. Comí un poco de todo y bebí vasos y vasos de vodka, que una tras otra de ellas se ocupaban de llenar sin descanso. En apenas media hora, habían perdido el formalismo y la vergüenza, y acabaron apartando las mesas contra la pared antes de terminar la comida, para improvisar una pista de baile y un espacio desde el que cantar *karaoke* frente a un televisor en un armario con ruedas. Me tocó bailar con una buena parte de ellas e incluso cantar una canción que ni siquiera conocía, mientras ellas me miraban y aplaudían riéndose.

Cuando me fui, todavía algunas de ellas se quedaban a apurar el último trago. Me regalaron una *matrioshka* alargada en cuyo interior no había más muñecas, sino una pequeña botella de vodka. El rostro tenía supuestamente los ojos de una mujer udmurta, algo achinados según se encargaron de explicarme, aunque parecía interesarles mucho más mi reacción al ver su contenido que la atención que prestaba

a los detalles etnográficos. Tatiana Makarovna me dio un abrazo antes de separarnos, y yo guardé la muñeca en mi mochila aquella noche y la reservé para una ocasión especial. Ahora estaba de nuevo allí ante ella y la muñeca seguía en mi casa sin que esa ocasión hubiera llegado aún.

—Mi vida ha cambiado mucho —me dijo—. Ahora tengo dos nietos—. Puso un gesto de orgullo al decirlo.

—La mía también —dije—, aunque yo todavía no tengo nietos—. Se rió y volvió a sentarse en su silla, haciéndome un gesto para que me acercase.

Se agachó y sacó del cajón una bolsa llena de bombones y una tableta de chocolate, y me los dio.

—Este te va a gustar. Y coge bombones, son todos diferentes.

—Esto sí que no ha cambiado —bromeé, y ella negó con la cabeza.

Recordaba su particular afición por regalar todo tipo de chocolate en cuanto la ocasión lo merecía. Siempre guardaba algunas tabletas y bombones en el cajón de la mesa o en su bolso, y rara era la persona que habiendo tratado con ella no hubiera recibido en algún momento uno de aquellos dulces obsequios. Abrí mi tableta y le ofrecí unas onzas a los niños que empezaban a llegar a la siguiente clase, que no debían tener más de diez años. Las cogían y se sentaban en grupos a hablar en voz baja con los ojos muy abiertos.

Me quedé a ver la clase sentado en la última fila. Los niños se giraban de vez en cuando a echar una mirada indiscreta,

pero volvían rápidamente la vista a la pizarra. Ella me miraba de vez para comprobar que todo estaba en orden y me invitaba a participar con algunas palabras en su clase, para disfrute de los pequeños.

—¿Te apetece contarles cosas sobre España a los de quinto curso? —preguntó cuando la clase acabó y me acerqué hasta ella mientras los niños se despedían de mí con algarabía—. Te lo vas a pasar bien. Vente —dijo sin dejarme responder.

La seguí por el pasillo ante la mirada de más niños curiosos. La profesora del quinto curso estaba a la entrada del aula, y no fue difícil convencerla de que hiciera un cambio en sus planes y me dejara ocupar los cuarenta minutos de clase contando curiosidades a buen seguro muy lejos de lo que su programa docente dictaba. La idea parecía entusiasmar a los niños, que corrieron a ocupar sus asientos e informar del cambio de planes a sus compañeros que no se habían enterado.

Estuve hablando unos veinte minutos, contando cuantas curiosidades me venían a la mente. Mi discurso probablemente no me coronaría como un buen embajador de España en aquellos lares, pero hizo las delicias de los pequeños, que parecían encontrar apasionantes todos los datos, tanto más cuanto más distintos resultaban de lo que ellos conocían.

—¿Hay nieve? —preguntó de pronto uno de ellos cuando comencé a comentar algo sobre el clima.

—Donde yo vivo, seguro que no. Creo que ayer había unos 10 grados —dije, y todos empezaron a murmurar y reír. Era fácil y muy entretenido provocar reacciones así.

El resto del tiempo les dejé que me preguntaran y, salvo los más tímidos, todos parecían tener una lista enorme de curiosidades que consultarme. En lugar de levantar el brazo para pedir la palabra, levantaban el antebrazo en vertical y ponían la mano contraria bajo el codo. Para llamar más la atención, en lugar de alzarlo hacia lo alto, se agitaban y hacían ruido intentando que les mirara. Era un gesto divertido que ya había visto antes, pero que ahora, siendo yo el encargado de dar la palabra, se me hacía aún más curioso.

—¿Podemos ver tu pasaporte? —preguntó un chico de pelo rubio vestido con un uniforme negro que le venía algo grande.

—¡Sasha! —le espetó la profesora, mirándole con cara de enfado para regañarle por su pregunta.

El crío bajó el brazo y me miró con cara de pena. Saqué el pasaporte y se lo di.

—Con cuidado —le dije, y él volvió a sonreír y lo cogió suavemente, como si manejara un valioso pergamino.

Los otros niños a su alrededor se asomaban a atisbar, y pronto el pasaporte empezó a circular de pupitre en pupitre. Cuando dio la vuelta a toda la clase, el último niño se levantó y me lo trajo. Era curioso —y en cierto modo inquietante— ver cómo el amor ruso por los documentos parecía forjarse desde la infancia. Sin duda, serían un buen relevo para las

viejas generaciones de burócratas que todavía controlaban el ritmo del país

—¿En qué trabajas? —preguntó una niña muy rubia y delgada.

—Trabajo en la universidad. —respondí. No pareció sorprenderle demasiado—. Es un buen trabajo. Tengo tiempo para venir a Rusia en invierno —añadí con una sonrisa intentando que mi respuesta le resultase más convincente.

—¿Y cuánto ganas? —preguntó sin dar oportunidad a que los otros niños volvieran a reclamar su turno.

Miré a la profesora, que seguía sentada en la última fila. Aquella pregunta no parecía resultarle en absoluto indiscreta, y me miraba con el mismo gesto expectante que los niños, aguardando a que yo respondiera.

—¿Tengo que contestar?

—Sí, sí, claro. Para ellos es importante —contestó.

Pensé en inventarme una cifra, pero al final simplemente opté por lo más sencillo y dije la verdad, haciendo un rápido cálculo para pasar la cantidad a rublos, y redondeándola después algo a la baja. Al oírlo, los niños se revolucionaron y empezaron a comentar entre ellos en voz alta. La profesora miraba divertida.

—¿Sabes cuánto dinero gana aquí un profesor como yo? —preguntó.

—Más o menos —respondí tímidamente después de quedarme un instante en silencio sin saber muy bien qué decir.

Los niños comenzaron a reírse, y ella también se rió con ellos. Yo me sentí incómodo y esbocé una sonrisa entre dientes para disimular la extrañeza que me provocaba aquella situación.

Respondí algunas otras preguntas más antes del final de la lección, y la clase me obsequió un aplauso de despedida. Después, los niños salieron al pasillo a esperar el comienzo de la siguiente lección. La profesora me acompañó a la puerta y me agradeció el esfuerzo. Se perdió rápidamente por el pasillo mientras yo salía lento a través del revuelo de niños.

Cuando estaba llegando a la escalera, un muchacho alto y delgado al que le faltaba un diente vino corriendo hasta mí y me toco levemente por la espalda. Había estado sentado en la segunda fila de la clase, y no había participado mucho, pero tenía un gesto de interés sincero.

—Adiós —me dijo, y extendió el brazo hacia mí para que estrechara su mano.

Le di la mano y sonrió, mostrando sus sonrisa mellada. Después salió corriendo de vuelta al aula. Yo subí por la escalera a la búsqueda de Tatiana Makarovna, que probablemente me estuviera esperando con un nuevo puñado de bombones que obsequiarme.

II

No he aprendido nada nuevo,
tan solo percibido aquello que ya sabía.
—León Tolstói

Masha trabajaba en un nuevo cuadro cuando volví a su casa de Moscú. Era un retrato de un coche azul de principios de siglo, de ruedas finas y faros que parecían ojos saltones. Según ella, se trataba tan solo de «un encargo de trabajo, para sacar algo de dinero». No había barcos allí, ni barcos ni aguas relajadas, y el fondo no era el de un lugar que yo pudiera reconocer.

Le enseñé las fotografías de mi viaje, deteniéndome especialmente en las del Baikal. Yo nunca había sido un buen fotógrafo, y vistas ahora en grande mis instantáneas tenían incluso menos atractivo que en la pequeña pantalla de la cámara, más alejadas aún de la realidad de aquellos lugares. Pero sabía que, de cualquier modo, servían para despertar en ella recuerdos y deseos de regresar allí, y quizás también para encender alguna idea nueva para una de sus pinturas. Ella miraba con atención, buscando en su memoria para comparar aquellas estampas heladas con las de entonces, muy distintas,

y me preguntaba por las diferencias o las sensaciones vividas al revisitar aquel lugar.

Había varias fotos del gran barco negro que ella había pintado en infinidad de bocetos, y que ahora al verlo varado en mitad de la nieve le resultaba intrigante. Supe que guardaba de él los mismos recuerdos que yo: la playa de guijarros, el silencio de aquel momento, la extraña sensación de inmortalidad que desprendía ese casco negro pese a su decadencia.

—¿Sigue igual? —preguntó al cabo de un rato de observarlo.

—Idéntico —respondí. Su cara reflejaba una satisfacción agridulce.

Había fotos de Irkutsk por las que pasó algo más deprisa hasta llegar a una que le hizo esbozar una sonrisa.

—Este sitio lo conozco —dijo.

La foto no tenía nada de especial, recogía tan solo el ir y venir de gentes en un esquina cercana del mercado central donde los autobuses y *marshrutkas* formaban un agitado caos mientras dejaban y tomaban pasajeros. Pero aquel era el lugar donde nos habíamos separado la ultima vez después de haber viajado juntos. Ella siguió su viaje hacia la orilla este del Baikal. A mí no me quedaban ya apenas días y tomé rumbo de regreso a Moscú.

Volvió a pararse en otra fotografía. Era del busto de Gagarin en el bulevar que lleva su nombre, a orillas del Angará. Ella había hecho una igual después de separarnos, y se apre-

suró a buscar en el ordenador para mostrármela. Solo un poco de nieve graciosamente posada sobre la cabeza las hacía diferentes. La contemplamos juntos un instante.

—Poiéjali —dije mientras apretaba una tecla para pasar a la siguiente fotografía.

Ella se echó a reír.